

EL ALMA DEL ¿Qué es esta cuestión del cristianismo? CRISTIANISMO



ELMER L.
TOWNS

EL ALMA DEL ¿Qué es esta cuestión del cristianismo? CRISTIANISMO



ELMER L.
TOWNS

B&H
Español

NASHVILLE, TENNESSEE

El alma del cristianismo, edición digital
Basado en la edición impresa
El alma del cristianismo: ¿Que es esta cuestión del cristianismo?
Copyright © 2013 por Elmer L. Towns
Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente en inglés por AMG Publishers, Inc., con el título Core Christianity: What Christianity Is All About, © 2007 por Elmer L. Towns.

Traducción al español: Marcela Robaina

Diseño interior: A&W Publishing Electronic Services

A excepción de citas breves en reseñas impresas, ninguna parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma (por medio impreso, escrito, electrónico, ni por fotocopias, audio, etc.) sin el permiso previo de la editorial.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de la versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NVI se tomaron de la Nueva Versión Internacional, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NBLH se tomaron de la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy, © 2005 The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas DHH se tomaron de Dios Habla Hoy, Versión Popular, segunda edición © 1966, 1970, 1979, 1983 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4336-7915-5

Dedicado a la clase de estudio bíblico de la
Iglesia Bautista de Thomas Road
Lynchburg, Virginia.

Enseñé estas lecciones entre el 10 de abril y el 10 de julio de 2005.

RECONOCIMIENTOS

Mi más sincero aprecio a Linda Elliott y Louise Ebner por la asistencia en la edición, y un agradecimiento especial al Dr. Douglas Porter por su colaboración editorial y consulta en los capítulos tres, cinco, seis, siete, doce y trece.

ÍNDICE



Prólogo

Desde el principio, a los seguidores de Jesucristo se los llamó cristianos. No se los conoció por su doctrina ni por su oposición a ciertas cosas (esas características eran secundarias), sino por su relación con Jesucristo.

1. El cristianismo es una persona grandiosa: Jesucristo

El término «cristianismo» deriva de «Cristo», uno de los títulos que describen a Jesús. Jesucristo ha sido siempre el centro y la base del cristianismo. Sin Él, no hay cristianismo.

2. El cristianismo se basa en un libro que transforma vidas

La fe histórica del cristianismo se desarrolla a partir de una colección especial de 66 libros, escritos en el curso de 16 siglos. Dicha colección se conoce popularmente como la Biblia. Ella contiene la revelación de Dios, el mensaje de la salvación, y el propósito y el plan de Dios para la gente en esta tierra. La Biblia es inspirada por Dios, exenta de errores, inerrante en su contenido, precisa y confiable. Sin la Biblia, no hay cristianismo.

3. El cristianismo es la salvación

Jesús les declaró a Sus discípulos que Él era el único camino a Dios. La base del mensaje apostólico era el perdón de los pecados mediante la muerte de Cristo. Como no hay otra manera de redimir el pecado de la humanidad, Él murió por nosotros, fue sepultado y al tercer día resucitó. Jesús enseñó que solo mediante Él es posible tener una relación con Dios.

4. El cristianismo es una resurrección milagrosa

El cristianismo se caracteriza por una esperanza inquebrantable en Dios, que surge a partir de uno de los milagros más grandes de la historia: la resurrección de Cristo. Este milagro ha sido siempre una creencia básica de la fe cristiana porque demuestra quién fue Jesús y lo que puede hacer a favor de quienes confían en Él. Si Él no hubiera resucitado, no habría cristianismo.

5. El cristianismo es una experiencia transformadora

Quienes aceptan a Jesús como su Señor y Salvador son transformados mediante el proceso de la conversión: se vuelven de su pecado (arrepentimiento) y confían por completo en Cristo (la fe salvadora). La conversión implica un cambio en la vida personal que pronto se refleja en la conducta. Dios transforma al creyente que se convirtió a Cristo, le cambia su carácter exterior y su sistema interno de valores.

6. El cristianismo es una relación continua con Dios

La comunión que los cristianos tienen con Dios los fortalece para enfrentar los diversos desafíos de la vida. Hay varias formas de describir esta experiencia, entre otras, la vida de fe por haber sido llenos de Cristo o del Espíritu Santo. Este profundo aspecto de la vida cristiana les infunde poder para realizar tareas extraordinarias y les permite gozar una comunión más íntima con el Dios al que sirven.

7. El cristianismo es un estilo de vida disciplinado

En el Nuevo Testamento, los cristianos fueron conocidos primero por ser «discípulos». En esencia, el cristianismo es la práctica de disciplinas espirituales que promueven el crecimiento espiritual y la comunión con Dios. Estas disciplinas ayudan a los cristianos a entender las Escrituras, a orar, a cultivar relaciones saludables con los demás y a producir un impacto en el mundo en que viven por medio del mensaje del evangelio y su servicio a la comunidad.

8. El cristianismo es una cosmovisión singular

El cristianismo es más que una experiencia con Dios; también es una manera original de entender el mundo en que vivimos. El Nuevo Testamento describe esta cosmovisión como «la fe», y consiste en una serie de valores y creencias innegociables que constituyen la singular visión de la vida cristiana.

9. El cristianismo es una comunidad interactiva

Todos los cristianos han sido exhortados a ser miembros de una iglesia local, el cuerpo de Cristo. La palabra «iglesia» sugiere la idea de una comunidad dedicada a servir a Dios y a servirse unos a otros. La comunidad

terrenal es un anticipo de la comunidad celestial formada por todos los creyentes. En esta iglesia universal, todos los creyentes son uno con Jesucristo.

10. El cristianismo es una religión práctica

El cristianismo cambia radicalmente al seguidor de Cristo. Los valores esenciales que Jesús expresó en el Sermón del Monte cambiarán las actitudes, las conductas y el carácter de Sus seguidores. A medida que experimenten el amor de Dios y comprendan que Él quiere amar a través de ellos, sentirán un renovado anhelo de expresar su fe en la práctica.

11. El cristianismo es un movimiento que transforma la cultura

El cristianismo influye de manera significativa en la cultura, porque transforma positivamente a la gente. Los cristianos promueven la justicia social en su cultura porque han sido cambiados por las enseñanzas de Cristo. La abolición de la esclavitud, las reformas carcelarias, el cuidado de viudas y huérfanos, y la construcción de hospitales, orfanatos y escuelas son solo algunas de las reformas históricas con raíces en la fe cristiana.

12. El cristianismo es un mandato de alcance mundial

El cristianismo no es una tradición religiosa que se transmite de generación en generación por medio de la cultura. Cada persona que se convierte a Cristo tiene la obligación de llevar a cabo la Gran Comisión, que es el plan de Dios para la evangelización del mundo.

13. El cristianismo es una gran esperanza

Dios tiene un plan futuro para este mundo y la culminación de ese plan es la venida de Cristo con poder y gloria para establecer Su reino. Además, la Biblia describe el cielo nuevo y la tierra nueva, donde los creyentes resucitados vivirán con Dios por la eternidad. Esa esperanza permanece y es el principal motivador de la vida cristiana.

Notas

Bibliografía

PRÓLOGO



La palabra cristiano aparece solo tres veces en la Biblia (Hech. 11:26, Hech. 26:28 y 1 Ped. 4:16). En realidad, al principio, fue un sarcasmo para atacar a los creyentes: « . . . y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía» (Hech. 11:26). No se refería a la doctrina ni a las conductas de los cristianos, sino que se aplicaba a los creyentes, que eran conocidos por su relación con Jesucristo.

El poder del cristianismo reposa en que sus seguidores, desde sus orígenes, estaban absolutamente persuadidos de que el Señor había resucitado y vivía: ellos lo habían visto, tocado y habían comido con Él. Esa convicción impregnaba sus pensamientos y acciones. Plenamente convencidos de que Él vivía, ansiaban servirlo y aun morir por Su causa.

Pero la verdadera experiencia del cristianismo radicaba en que Jesús habitaba en sus corazones. Creían en Jesús, predicaban sobre Él y testificaban de Él dondequiera que fueran. La presencia de Cristo en la vida de los cristianos les infundió el poder para producir el fenómeno de la iglesia cristiana. Por lo tanto, el cristianismo no es cuestión de templos, credos ni cultos religiosos, sino que gira en torno a una persona grandiosa: Jesucristo.

El poder de la presencia de Cristo que moraba en aquella primera generación de creyentes también los motivó a proclamar el mensaje en un libro inmensamente influyente: el Nuevo Testamento. El Espíritu Santo los inspiró a escribir un libro sobrenatural, que ninguno de ellos hubiera podido escribir sin la motivación del Cristo resucitado que habitaba en ellos. El cristianismo, por lo tanto, es la base de este libro transformador de vidas.

La vida de Jesucristo palpita en el seno de este movimiento, desde el origen de la salvación hasta el fin de la vida. Los cristianos mueren victoriosamente porque esperan ver a Jesús después de su muerte: tienen la certeza de que vivirán con Él por la eternidad.

El alma del cristianismo está dirigido a quienes ya tienen algunas nociones sobre el cristianismo, pero quisieran saber más. Lo escribimos para aquellas mentes curiosas que desean saber en qué consiste el cristianismo.

Un número creciente de personas parece tener ideas erróneas sobre el cristianismo, ya sea a raíz de informes tendenciosos en los medios de comunicación o debido al mal testimonio de quienes, a pesar de llamarse cristianos, no viven en conformidad a lo que profesan ser. Otros se han formado una idea tergiversada del cristianismo por causa de los televangelistas que parecen más interesados en la sanidad, en recaudar dinero o en sensiblerías descabelladas que en Jesucristo. Este libro pretende desarrollar un argumento coherente y sistemático para que el lector entienda qué es el cristianismo. Ayudará al pueblo cristiano a comprender qué creer para vivir en conformidad a la exhortación de Pedro: « . . . santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad

siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros» (1 Ped. 3:15).

El alma del cristianismo comienza por lo más esencial: El cristianismo es una persona grandiosa: Jesucristo. Cada capítulo sigue construyendo sucesivamente sobre esa preciosa piedra fundamental hasta el último, El cristianismo es una gran esperanza.

Mi oración es que tu fe se fundamente en las Escrituras, que tu amor por Cristo se profundice y que puedas explicar a los demás en qué consiste el cristianismo.

Escrito desde mi hogar, al pie de las montañas
Blue Ridge, en los Apalaches.

Elmer L. Towns



EL CRISTIANISMO ES UNA PERSONA GRANDIOSA: JESUCRISTO

Nadie ha impactado la historia de nuestro mundo en general ni la civilización occidental en particular como Jesús de Nazaret. Aunque vivió gran parte de Su vida en el anonimato, produjo un impacto que continúa hasta el presente, a través de un movimiento religioso que lleva uno de Sus nombres. Despojado de la diversidad de expresiones culturales y ritos, el cristianismo es, en última instancia, la influencia de una persona: Jesucristo.

Algunas personas no comprenden el cristianismo y piensan que es fundamentalmente una doctrina. Para ellos, está definido por los credos, como el Credo Apostólico o las confesiones de fe de alguna u otra denominación conocida. En ocasiones, quienes definen el cristianismo en función de sus dogmas lo hacen por la negativa: lo que los cristianos no creen. Para ellos, un cristiano es aquella persona que no cree en la evolución, en el aborto ni en el matrimonio entre homosexuales.

Otros piensan que el cristianismo es un movimiento sujeto a reglas que definen y gobiernan la conducta moral, a saber, prohibiciones relacionadas al consumo de bebidas alcohólicas o drogas, a las relaciones sexuales antes del matrimonio o al uso en vano del nombre de Dios. Lo conciben como algo diseñado para hacer que la vida sea aburrida o para establecer límites que garanticen una vida satisfactoria.

Aun hay quienes describen el cristianismo en términos de una manera específica de celebrar los cultos: experiencias que pueden adoptar formas tan dispares como la cantidad de adoradores cristianos. Algunos lo describirán en función de un servicio religioso con una liturgia formal o la celebración de la eucaristía en una catedral europea. Otros negarán la validez de esa experiencia y lo describirán como una celebración carismática, con las manos alzadas, más afín a una expresión contemporánea de alabanza cristiana y música de adoración. Ambos grupos pueden ser verdaderos cristianos, pero se limitan solo a señalar los símbolos externos de algunas manifestaciones propias del cristianismo. Se quedan en lo superficial y no profundizan para revelar aquello que constituye la esencia vital del verdadero cristianismo.

Según las estimaciones, en la actualidad hay 100 000 000 de creyentes en Jesucristo en China. Debido a la persecución generalizada a la que están sometidos en esa nación, muchos de ellos se reúnen en hogares o en otros lugares seguros para adorar. Realizan los cultos sin las formalidades litúrgicas tradicionales; no tienen ninguna banda ni equipo de adoración para dirigir el canto. Muchos de los himnos vernáculos que cantan suenan

distintos a los que normalmente asociamos con los cultos en las iglesias occidentales. Sin embargo, su fe es vital, tal vez aún más que el cristianismo que encontramos en Occidente. ¿Por qué? Porque tienen a Jesucristo. Él es la esencia del cristianismo. Sin Jesucristo, no hay cristianismo.

Jesucristo anima a Sus seguidores a ser obedientes; por eso, cuando los gobiernos impíos exigen que los cristianos abjuren de su fe, ellos están dispuestos a convertirse en mártires. Los seguidores de Cristo se sacrifican para llevar el mensaje de Su gracia salvadora a tribus incivilizadas, países cerrados y otros pueblos. Por causa de su relación personal con Jesucristo llegan a sufrir, sacrificarse y renunciar a todo para llevar el mensaje del evangelio a otras personas.

El nombre de Jesús es uno de los más reconocidos en el mundo: los cristianos lo tratan con reverencia, los incrédulos lo pronuncian a la ligera. Sin embargo, Su fama no obedece a Sus antecedentes familiares ni a las circunstancias de Su nacimiento. Jesús nació en Belén, una aldea perdida y olvidada en el sur de Palestina, en el año 4 a.C., en el hogar de una familia modesta. Hoy, no obstante, un cuarto de la población mundial venera el nombre de Jesús mientras que, al mismo tiempo, muchas otras religiones odian Su nombre. Su nacimiento se ha convertido en el punto focal de la historia del mundo. Todos los acontecimientos históricos se fechan en función de si ocurrieron antes o después de Su nacimiento: a.C. o d.C.

Cuando Jesús nació, Su tierra estaba ocupada por soldados romanos. Nació en una minoría étnica odiada: los judíos. Cualquier interés en Su vida y ministerio debería haber sido eclipsado por el imperio militar más poderoso de aquella época, regido por las leyes romanas y unificado por el idioma y la civilización romana. A pesar del implacable poder romano que gobernaba el mundo, la influencia transformadora de Jesús hombre se propagó internamente en los corazones de los ciudadanos romanos, y llegó incluso a conquistar el imperio cuando Constantino convirtió el cristianismo en la religión oficial de Roma en el 313 d.C.

¿Quién fue Jesús?

Jesús fue un hombre real, conocido como «el carpintero» (Mar. 6:3). Muchos profesores de Biblia creen que Su padre terrenal murió cuando era relativamente joven y, entonces, Él pasó a ser el sostén económico de la familia y se hizo cargo de la carpintería.

Como hombre, se relacionaba libre y naturalmente con las personas de Su entorno, pero nadie se dio cuenta de Su grandeza mientras estuvo con ellos: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Juan 1:11). El ministerio de Jesús se extendió por unos tres años y medio, pero Sus predicaciones, milagros y obras solidarias se recuerdan aún hoy en todo el mundo.

La Biblia afirma que Jesús fue perfecto en todo, aunque sus allegados no lo notaron ni lo comentaron. Su personalidad y acciones estaban en maravilloso equilibrio. No sobresalió por ninguna fortaleza de carácter; no tenía ninguna debilidad ni defectos, y nunca tuvo que arrepentirse de algo que hubiera hecho o dicho.

Si prestamos atención a Sus discursos, estos fueron siempre apropiados. Nunca habló cuando debía guardar silencio, ni calló cuando debía hablar.

Considera las respuestas de Jesús a las diferentes situaciones que enfrentó en la vida. Siempre siguió la verdad en amor y motivó a Sus oyentes a una vida mejor y a grandes logros. Cuando con Sus palabras condenaba a alguien, lo hacía con amor y les ofrecía perdonarlos y aceptarlos.

La fuerza interior de Jesús nunca fue obstinada. Nadie podría tildarlo de «cabeza dura», ni a su altruismo de mera «sensiblería». Sentía genuina compasión por la gente.

Mientras que la mayoría de los hombres son famosos solo por una virtud (Moisés por su mansedumbre, Job por su paciencia y Elías por su valor), Jesús combinaba a la perfección todos los atributos. No podemos mejorarlo, redefinirlo, mitigar alguna extravagancia ni reajustar ningún rasgo menor. ¡Jesús fue perfecto!

No consta en ningún lugar que haya tenido que lamentar haber cometido un error; nunca confesó un pecado ni pidió perdón. Nunca tuvo que retirar lo dicho ni matizar o redefinir sus afirmaciones.

Hizo muchas preguntas a la gente, pero nunca pidió consejos. Él sabía quién era, para qué estaba en la tierra y a dónde iría cuando terminara su misión en este mundo. La gente no demoró en darse cuenta de que Él era diferente. Josefo, el historiador judío, fue contemporáneo de Cristo y escribió lo siguiente sobre Él:

Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilato lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado este y mil otros hechos maravillosos acerca de él. La tribu de los cristianos, llamados así por Él, no ha cesado de crecer hasta este día.^{[1](#)}

Jesús antes de Belén

Casi todos conocemos la historia de Navidad, el relato del nacimiento físico de Jesús en un establo de Belén. Lo que tal vez no recordemos es que Su vida no comenzó cuando nació en Belén. Uno de Sus discípulos comenzó la descripción de Su vida con estas palabras: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). La Biblia enseña que Jesús creó el mundo, junto con el Padre y el Espíritu Santo (Juan 1:3; Col. 1:16). Si no hubiera existido antes de nacer, no habría podido ser el Creador.

Su preexistencia no se borró de Su memoria mientras estuvo en la tierra, por cuanto afirmó: «Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre» (Juan 16:28). Y la noche antes de morir, Jesús oró pidiendo la misma gloria que había tenido con Su Padre antes de que el mundo existiera (Juan 17:5).

En varias ocasiones, en el Antiguo Testamento, Dios se apareció en forma física a la gente. La tradición bíblica describe estas manifestaciones como teofanías, que significa literalmente «apariciones de Dios». Más recientemente, se prefiere el término cristofanía porque estas manifestaciones de Dios en el Antiguo Testamento fueron apariciones de Cristo preencarnado.

Cuando Jesús informó a los líderes religiosos de Su tiempo que Él había visto a Abraham, ellos le respondieron: «Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?

Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy» (Juan 8:57-58). Los principales de los judíos tomaron piedras para matarlo porque entendieron que, con esta respuesta, Él se estaba llamando Dios. Sin embargo, no pudieron hacerle daño, porque Él atravesó por en medio de ellos y se fue.

Pablo también reafirmó la eternidad de Jesucristo: «Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Col. 1:17).

Hubo una vez una Navidad . . .

Para muchas personas, el nacimiento de Jesús es quizás el aspecto más conocido de Su vida. Durante la temporada navideña, muchas personas se toman algunos días libres para reflexionar sobre la aparición de los ángeles y la venida de los pastores a un establo de Belén. Se intercambian tarjetas con deseos de felicidad, imágenes de los magos y pesebres. Cuando asisten a los cultos tradicionales de Navidad, vuelven a recordar algunos de los detalles históricos que rodearon Su nacimiento. Sin embargo, su entendimiento rara vez va más allá de lo superficial y no comprenden los hechos más significativos que sucedieron en aquella primera Navidad.

Hay un anhelo universal en el corazón humano de ver a Dios y hacerlo tangible. Uno de los primeros líderes cristiano explicó a los filósofos atenienses de su tiempo: «Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros» (Hech. 17:26-27). Es otra manera de expresar que todos desearían ver cómo es Dios y, de ser posible, tocarlo para satisfacer su curiosidad. Hay quienes creen que este deseo se manifiesta en la costumbre generalizada de venerar a ídolos de madera, arcilla o piedra. Pablo sugirió que era lo mejor que sabían hacer quienes habían rechazado la verdad que Dios ya les había revelado (Rom. 1:21-23).

Debido a este deseo universal, «aquel Verbo [Jesús] fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1:14). Esta breve afirmación describe lo que los maestros de Biblia denominan la encarnación. El término alude a que Dios se convirtió en hombre y se hizo carne humana. El misterio de la encarnación implica varias doctrinas sobre Jesús. Primero, supone que Cristo existió antes de Su nacimiento. Segundo, sugiere que Dios se impuso algunas limitaciones voluntarias durante Su vida y ministerio como Cristo. Tercero, explica por qué Jesús nació necesariamente de una virgen y no por medios de reproducción biológica normal. Cuarto, constituye la base para entender la naturaleza humana y divina de Cristo.

¿Pero cómo pudo el Dios eterno hacerse carne? La respuesta se encuentra en lo que los eruditos bíblicos llaman «kenosis». Kenosis deriva de una palabra griega que significa «vaciar». El apóstol Pablo la usó cuando declaró que Jesús se despojó a sí mismo para hacerse hombre (Fil. 2:7). Jesús siguió siendo Dios, pero para vaciarse, ocultó Su gloria, aceptó las limitaciones propias de los humanos y suspendió voluntariamente el uso independiente de Sus atributos divinos. Aunque Juan vio la gloria de Jesús durante los años que pasó con su Maestro (Juan 1:14), fue una gloria velada. Luego, en la isla de

Patmos, el apóstol vio a Jesús resucitado en Su gloria y cayó «como muerto a sus pies» (Apoc. 1:17). Aunque Jesús realizó milagros, también estuvo sujeto a limitaciones humanas, como el hambre (Mat. 4:2) y la sed (Juan 4:6-7). Aun mientras obraba milagros, Él dependía del poder del Espíritu Santo para hacer la voluntad de Su Padre (Juan 5:19).

¿Por qué se vació Jesús y puso a un lado todo lo que le correspondía por derecho propio para hacerse hombre? Este acto voluntario podría haber sido motivado por diversas razones. Primero, el acto de sacrificio fue un gesto de amor (Juan 15:13). Jesús estaba preparado para convertirse en hombre y morir en la cruz porque amaba a la especie humana, aun cuando el mundo lo rechazara (Rom. 5:8). Segundo, era la mejor manera de revelarnos al Padre (Juan 1:14,18; 14:7-11). Tercero, era la única manera de proveer la salvación para contrarrestar los efectos del pecado de Adán (Rom. 5:12-21). «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Él también se humilló para dejarnos un ejemplo que seguir (Fil. 2:5).

Entender la deidad de Jesús, que Él es Dios, hace más fácil comprender Su concepción milagrosa en una virgen. El nacimiento virginal no significa que no nació como el resto del mundo. En realidad, fue un parto normal, como nacen todos los bebés. El milagro fue Su concepción por el Espíritu Santo en el útero de la virgen María. Esto implica que ella no había tenido relaciones sexuales con ningún hombre. Cuando la especie humana pecó, Dios ofreció la esperanza en «la simiente» de la mujer (Gén. 3:15). Más adelante, Isaías profetizó: «He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Isa. 7:14). En el Nuevo Testamento, Mateo, Lucas y Pablo describen el nacimiento virginal de Jesús (Mat. 1:25; Luc. 1:27; 3:23; Gál. 4:4).

Como resultado del nacimiento virginal, Jesús nació con la naturaleza humana de Su madre y con la naturaleza divina de Su Padre. No heredó la naturaleza pecaminosa que la especie humana recibe de sus progenitores porque Su Padre era Dios. Las Escrituras son claras: la vida de Jesús fue sin pecado. Cristo no conoció pecado (2 Cor. 5:21), fue sin pecado (Heb. 4:15), no pecó (1 Ped. 2:22) y no se halló pecado en Él (1 Juan 3:5).

Cuando los cristianos intentaron explicar la relación entre las naturalezas humana y divina de Jesús en el Concilio de Calcedonia, en 451 d.C., afirmaron que Jesús fue engendrado «en dos naturalezas, sin confusión, sin mutación, sin división, sin separación, y sin que desaparezca la diferencia de las naturalezas por razón de la unión». Cuando Jesús se hizo hombre, se convirtió en hombre, pero siguió siendo Dios. Sus naturalezas no se corrompieron ni alteraron en el proceso.

Algunos críticos del cristianismo afirman erróneamente que en el Concilio de Calcedonia, la Iglesia convirtió a Jesús en Dios. Dicha conclusión no condice ni con el contexto ni con las conclusiones del concilio. En aquella ocasión, se procuró aclarar un punto histórico de la doctrina cristiana, que se remontaba al primer siglo, porque algunos obispos rechazaban esta creencia histórica. Si lo que pretendían era simplemente convertir a Jesús en Dios, les hubiera sido más fácil emitir una afirmación en la que declaraban Su deidad y negaban Su humanidad. Pero no fue esto lo que hicieron, porque nunca fue su propósito.

La Biblia se pronuncia varias veces sobre esta peculiar unión de dos naturalezas. Jesús fue perfectamente humano y perfectamente divino. Esta unión de naturalezas no fue parcial, sino completa y permanente (Heb. 13:8). Por último, la unión de Sus naturalezas continuó más allá de Su resurrección. Hoy, «Jesucristo hombre» intercede como nuestro mediador ante Dios el Padre (1 Tim. 2:5).

La encarnación de Cristo tiene un significado y una relevancia especial para los cristianos. En Navidad, se celebra el momento en la historia humana en que «el Verbo se hizo carne» para confirmar las promesas de Dios (Rom. 15:8; Mat. 5:17), revelarnos al Padre (Juan 1:18), convertirse en el sumo sacerdote (Heb. 5:1; 7:25), vencer al pecado (Gén. 22:8; Juan 1:29), destruir las obras de Satanás (1 Juan 3:8) y dejarnos un ejemplo para seguir (1 Juan 2:6; 1 Ped. 2:21).

¿Cómo vivió Jesús?

Si alguna vez hubo un bebé perfecto, ese fue Jesús. Él maduró en cuatro áreas. «Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres» (Luc. 2:52). Primero, creció en sabiduría; tuvo que aprender a hablar, a coordinar los pensamientos y a crecer en entendimiento. Luego, creció en estatura. Tuvo que comer para estar saludable, fortalecer los músculos y Su fuerza física. En tercer lugar, gozó del favor de Dios, que es el desarrollo espiritual. Por último, Jesús creció socialmente y gozó del favor de los hombres.

Cuando tenía treinta años (Luc. 3:23), fue bautizado por Juan el Bautista. Aunque este no deseaba bautizarlo, Jesús le dijo: «Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia» (Mat. 3:15). Mediante ese acto Jesús se identificó con quienes decidieron seguirlo.

Al comienzo de Su ministerio, Satanás lo tentó en tres ocasiones para que pecara: « . . . fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Heb. 4:15). Después de cuarenta días de ayuno, Jesús seguramente tenía hambre y era vulnerable a la tentación. Sin embargo, se negó a convertir las piedras en pan; tampoco adoró a Satanás, cuando este le prometió todos los reinos del mundo, y no sucumbió a la ostentación de arrojarle de la cima del templo para que los ángeles lo rescataran. Jesús fue tentado en todos los aspectos de Su humanidad, pero no pecó.

Jesús es Dios

Jesús comenzó Su ministerio con mucha discreción, por los caminos polvorientos de la Tierra Santa; pero, al final, llegó a ser una de las personas más famosas de todos los tiempos, y aún hoy transita por las páginas de la historia. Si Jesús no fuera Dios, el cristianismo nunca habría llegado a ser la fuerza poderosa que es en el mundo. Lord Byron, el poeta inglés, declaró: «Si hubo un hombre que fue Dios, o un Dios que haya sido hombre, ese fue Jesús».²

Jesús afirmó que era Dios en varias ocasiones. Si no fue Dios, entonces, fue un blasfemo. A pesar de eso, algunos críticos piensan que Jesús fue solo un hombre bueno porque realizó muchas obras de caridad. Pero si no fue Dios, fue un blasfemo porque

afirmó que Él era Dios y, entonces, no podría ser bueno. Si no era Dios, entonces fue un impostor sinvergüenza. ¿Acaso no dijo que el que lo había visto había visto a Su Padre (Juan 14:9)? ¿Y no afirmó también: «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10:30)?

Quizás la afirmación más importante de todas sea que Jesús constantemente se identificó como el gran «YO SOY». La palabra Señor, o Jehová, es el nombre primario de la deidad en el Antiguo Testamento. Deriva del verbo ser, «YO SOY», repetido dos veces. Es innegable que Él afirmó: «Yo soy el pan de vida» (Juan 6:35), «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8:12), «Yo soy la puerta» (Juan 10:9), «Yo soy el buen pastor» (Juan 10:11), «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11:25) y «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14:6). Esto enfureció a los judíos que constantemente procuraron matarlo, porque para ellos, estas afirmaciones constituían blasfemias.

Todos estos nombres señalan la deidad de Jesús. Él no se llamó Jonás, ni Abel ni Enrique. En Él se cumplió la profecía del Antiguo Testamento: «Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros» (Mat. 1:23, anunciado en Isa. 7:14). El ángel le dijo a María que le pusiera por nombre Jesús, que significa: «Jehová salva». Otros nombres y títulos de Cristo son: Redentor, Salvador, Hijo de Dios, Rey, Piedra del Ángulo, el Alfa y la Omega y el Todopoderoso. Una fuente enumera más de 800 nombres, títulos, metáforas y símbolos representativos de Jesús.³ ¿Por qué tantos? Porque estos nombres describen Su carácter y Su obra a favor de toda la humanidad.

Los milagros de Jesús son señales de Su deidad. ¿Quién sino Dios mismo puede hacer las obras de Dios? Escucha el testimonio del ciego de nacimiento: « . . . habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Juan 9:25). Presta atención a la voz del leproso sanado que gritaba: «¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! [. . .] Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias» (Luc. 17:13-16). Recuerda a Lázaro, que hacía cuatro días que había muerto, pero que resucitó y salió vivo de la tumba (Juan 11:1-44). Pregunta a las cinco mil personas si disfrutaron de la cena milagrosamente provista con solo cinco panes y dos peces (Juan 6:1-14).

Finalmente, Jesús hizo algo que ningún humano en su sano juicio hubiera hecho: aceptó ser adorado. «Y he aquí vino un leproso y se postró ante él» (Mat. 8:2). El endemoniado gadareno también se presentó ante Jesús y lo adoró cuando quedó libre de los demonios (Mar. 5:6). Después de ver a Jesús caminar sobre las aguas y calmar la tempestad, los discípulos lo adoraron (Mat. 14:33). ¿Quién otro hubiera sido digno de adoración sino Dios?

Para pensar

Pregunta: Si Dios se convirtiera en un ser humano, ¿no les diría a todos que Él es Dios?

Respuesta: Jesús se identificó como «la luz del mundo», entonces, naturalmente esperamos que brille e ilumine todo a Su alrededor. Por eso les dijo a todos quién era y por qué había venido al mundo. Jesús es el Creador del mundo, la segunda persona de la Trinidad y el Salvador del mundo. Él es Jesucristo el Señor, la esencia del cristianismo. Sin Él, no hay cristianismo.



EL CRISTIANISMO SE BASA EN UN LIBRO QUE TRANSFORMA VIDAS

Todo lo que queramos saber sobre el cristianismo lo encontraremos en la Biblia. Si este libro no existiera, no habría ninguna religión transformadora de vidas llamada cristianismo.

El cristianismo es más que una creencia doctrinal, y la Biblia no es un simple libro teológico. El cristianismo no se limita a los Diez Mandamientos y a una serie de normas, y la Biblia es más que un conjunto de reglas. Su poder para transformar vidas surge de un libro con palabras de vida: la Biblia.

Bob, un amigo, cursó la secundaria en los cuarenta, en una gran ciudad de California. Me refirió cómo su padre odiaba todo lo que tuviera que ver con el cristianismo. Arrancaba las páginas de cualquier revista con artículos referidos al tema y sintonizaba otra estación de radio si escuchaba algo que fuera religioso.

En la universidad, Bob se inscribió en un curso introductorio de literatura universal. Estaba enfadado porque tenía que leer y escribir informes sobre el Evangelio de Juan (de la Biblia). Bob enfrentó a su profesor y le declaró que no leería nada de la Biblia porque era un libro lleno de mitos, errores y opiniones humanas.

El profesor le respondió que esos eran prejuicios y luego le indicó que también tendría que leer sobre mitos griegos y las mentiras de Adolfo Hitler en Mein Kampf. Le aconsejó: «Léelos para entender por qué estos libros cambiaron el curso de la historia, no para determinar si son buenos o malos ni tampoco porque concuerdes con lo que dicen».

«Ah», se limitó a responder Bob.

Bob enfrentó su prejuicio y se propuso leer el Evangelio de Juan para ver qué había dicho Jesús y por qué la Biblia cambió la marcha de la historia. Su compañero de habitación tenía un Nuevo Testamento de los gedeones. Para preservar su reputación de ateo, cerró la puerta con llave para que nadie lo viera leyendo una porción de la Biblia. Comenzó a leer y a tomar notas. Su mente vacía se llenó con las palabras transformadoras de Jesús, que nunca había oído. Llenó su cuaderno de apuntes con razones contundentes que explicaban por qué Jesús había cambiado el curso de la historia.

La mente académica de Bob se aplicó a la lectura y leyó todo el Evangelio de una vez. Luego, comenzó a leerlo otra vez, con el corazón. Jesús le parecía un individuo agradable, pero no entendía por qué no había evitado la cruz. Sin hacer una pausa, comenzó a leer el Evangelio por tercera vez; esta vez buscaba afanoso la respuesta.

Estaba teniendo una experiencia espiritual con Dios.

Finalmente, se arrodilló junto a la cama y levantó la mirada al cielo (no le habían dicho que cerrara los ojos para orar). No sabía cómo arrepentirse, ni cómo dirigirse a Dios ni cómo orar y confesar que era un pecador. Pero Bob se arrepintió de sus pecados y se salvó cuando dijo: «¡Creo!».

Continuó sus estudios, se graduó de un seminario teológico y se convirtió en ministro de Dios. Lo que la Escritura obró en la vida de Bob Hamilton ha transformado también la vida de millones de personas. ¿Por qué? Porque en la Biblia está la revelación de Dios a Su pueblo. No es un libro misterioso, con palabras ininteligibles, mantras rebuscados, acontecimientos inconcebibles y personas que se convierten en animales o caballos voladores. En sus páginas hay historias de personas de carne y hueso que hacían cosas reales y de manera normal. Es el relato de personas buenas y su deseo de conocer a Dios y de servirle. No obstante, tampoco omite las cosas malas que algunas de estas buenas personas hicieron. Describe su fe en Dios y enseña cómo la gente hoy también puede ejercitar el mismo tipo de fe para experimentar la presencia de Dios en su vida.

La Biblia relata cómo Dios interceptó la vida de las personas para salvarlas de la ruina y mostrarles una mejor manera de vivir. Quienes la leen recibirán la misma orientación en su vida. En sus páginas se explica cómo Dios envió a Sus siervos con un mensaje para Su pueblo. Fue un mensaje de salvación de pecado, una advertencia contra quienes quebrantarán Sus leyes, instrucciones sobre cómo deberían vivir y la manera en que debían adorarlo. Su lectura hoy brinda los mismos beneficios.

Sin embargo, es más que la historia de Dios. Cuando la lees, escuchas Su voz, porque la Biblia es la Palabra de Dios. Así como en el pasado algunos oyeron la voz audible de Dios, Él habla a nuestro corazón por medio de las Escrituras.

La Biblia se diferencia de otros libros religiosos, que fueron escritos por sus fundadores, en su afán por encontrar a Dios. Buscaban a Dios y recogieron sus pensamientos y conclusiones en diversos textos. Con sus escritos, pretenden que otros sigan su ejemplo para descubrir a Dios, y describen cómo los lectores deberían actuar o reaccionar. Pero la Biblia no es una búsqueda de un ser supremo: es el libro de Dios donde Él se revela a la especie humana.

La Biblia se compone de 66 libros o cartas recopilados en un solo tomo. Se escribió en el curso de 1600 años, intervinieron unos 40 escritores de diversas ocupaciones, dispersos entre dos continentes y en más de una docena de países, algunos tan alejados como 3500 km (2200 millas); y, sin embargo, la Biblia tiene un único tema. Sea cual sea el pasaje del que se trate, el lector encontrará la autoridad de Dios. En varias ocasiones, declara: «Así dijo Jehová» o «Vino a mí palabra de Jehová». La Biblia es la palabra de Dios que habla personalmente a cada individuo.

Sin embargo, a pesar de los aproximadamente 40 escritores de diversos orígenes que intervinieron en su redacción, tiene un propósito único innegable: « . . . hombres inspirados por el Espíritu Santo hablaron de parte de Dios» (2 Ped. 1:21, NBLH).

Por eso, cuando la leemos, quedamos con la impresión de que fue escrita por una sola persona. ¿Cómo es posible?

La Biblia tiene una autoría dual. Esto significa que Dios y el hombre la escribieron al

mismo tiempo. Cuando afirma: «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Tim. 3:16), la palabra «inspiración» deriva de *theo*, que significa «Dios», y *pneuma*, que significa «respirar». Dios inspiraba las palabras y el mensaje a la vida de los autores mientras escribían la Biblia. Cada uno eligió las palabras y escribió las oraciones que expresaban sus ideas, pero cada palabra y cada idea plasmada en el papel era palabra de Dios.

Cuando el médico Lucas escribió el libro de Hechos, entrevistó a Pablo y a otros discípulos para referir cómo fue el proceso de establecer nuevas iglesias; en otras ocasiones, Lucas fue testigo ocular y escribió lo que él mismo vio. Sin embargo, sea cuales hayan sido sus fuentes, el Espíritu Santo le inspiró las palabras y los mensajes, para que escribiera lo que Dios quería que escribiera (Luc. 1:1-4).

Como Dios no miente ni engaña a nadie, la Biblia tampoco puede mentir ni engañar a nadie. No obstante, como a veces registra las mentiras que dijeron algunos individuos, los lectores necesitan saber que estas mentiras no deben creerse. La Biblia se ajusta a los hechos porque Dios es verdad y no comete errores. La Biblia declara de sí misma: «Los escritos del Señor son verdaderos y justos» (Sal. 19:9, paráfrasis del autor).

El enfoque de la Biblia es sobrenatural. Sea cual fuere el lugar desde donde se la lea, apunta a Jesucristo. Todo el Antiguo Testamento anuncia la venida de Jesucristo, en quien se cumplieron las promesas que Dios había hecho a Sus siervos. «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo» (Heb. 1:1-2).

A. M. Hodgkin, en su libro, *Christ in All the Scriptures* [Cristo en todas las Escrituras], muestra cómo todos los versículos de la Biblia señalan a Jesucristo.⁴ Ya sea por referencia directa, por predicciones, figuras, símbolos o metáforas, Cristo está presente a lo largo de todas las Escrituras. ¿Cómo es posible? Porque Dios la escribió sobrenaturalmente para revelarse a la especie humana.

Técnicamente, la palabra Biblia no aparece en el texto propiamente dicho de las Escrituras, sino solo en la tapa y en el título. Cuando se escribió el Antiguo Testamento, los hombres de Dios escribieron el mensaje sobre láminas de cuero (vitela o pergaminos). Las pieles de gran calidad de ternero u ovejas se trataban, y luego se cosían y se enrollaban.

En la época de Jesús, es probable que en la sinagoga hubiera tres rollos, guardados en una gran caja de madera o vasija cerca del podio. El primer rollo contenía las palabras de Moisés y recogía los cinco libros escritos por él. El segundo eran las palabras de los Profetas y contenía los libros de los profetas mayores. El tercero se conocía como los Salmos porque este rollo comenzaba con los salmos, aunque también incluía los libros históricos y algunos profetas menores. Jesús se refirió a esta división del Antiguo Testamento cuando les recordó a los discípulos reunidos en el aposento alto: «Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos» (Luc. 24:44).

Algunos libros del Nuevo Testamento se escribieron sobre pergaminos y se recopilaron en rollos. Sin embargo, la iglesia pronto comenzó a usar papel elaborado a partir de

juncos de papiro, una planta que crecía en zonas pantanosas. Las varas se golpeaban sobre unas piedras para aplanar su núcleo blando y lechoso, y luego se alisaban y se secaban en láminas. Como las hojas no podían enrollarse porque se quebraban, los papiros se apilaban y cosían a lo largo de uno de los bordes: como si fuera un libro encuadernado por el lomo. Fueron los primeros libros, aunque el nombre técnico es códices.

En la cubierta exterior de estos códices, se escribió la biblia, que significa simplemente «el libro». Para la iglesia primitiva, los 66 libros eran sencillamente «el Libro», el libro de Dios o el libro de la salvación. El título en latín la biblia dio origen a Biblia en español. Más adelante, se le agregó la palabra santa y de ahí el título que hoy figura en las tapas: Santa Biblia. Como el adjetivo «santo» significa apartado para Dios, la Santa Biblia es un libro de Dios, dedicado a Su servicio.

Algunas personas también la llaman las Escrituras. Este término deriva de scriptus, que es la acción de escribir; es decir, la Biblia es la escritura de Dios.

Otros la llaman la Palabra de Dios, porque allí están las palabras de Dios y las palabras sobre Él. Cuando Jesús regrese al final de los tiempos, la frase «el Verbo (la Palabra) de Dios» estará bordada sobre su manto, señal de la importancia que Dios asigna a las palabras de la Escritura (Apoc. 19:13, NBLH).

La Biblia infunde vida

La Biblia es mucho más que un libro de texto sin errores que relata la historia del pueblo de Dios en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Como se ajusta a la verdad, podemos confiar en su mensaje; pero tiene otro aspecto sobrenatural. Cuando Dios inspiró Su Palabra a los autores, ellos escribieron palabras con el «soplo de Dios» en ellas.

Como Dios es eterno, cuando leemos y creemos las palabras de la Biblia, recibimos la eternidad en nuestro corazón. Por eso Pedro pudo confesarle a Jesús: «Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan 6:68). Dios es vida y cuando leemos y creemos Sus palabras recibimos la vida de Dios en nuestra alma. Jesús declaró: « . . . las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63).

Recuerda que a Jesús se lo llama Palabra: «En el principio ya existía el Verbo (la Palabra), y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1, NBLH). Aunque empleamos el vocablo Palabra para referirnos tanto a Jesús como a la Biblia, hay una diferencia. Jesús es la Palabra encarnada de Dios, que se revistió de carne y sangre para que la especie humana viera cómo es Él. La Biblia es la Palabra inspirada de Dios, escrita sobre páginas para enseñar a la humanidad cómo es Él. Sí, ambos son la Palabra. La Palabra convence de pecado, expone el error, invita a volverse a Dios, anuncia la salvación, ofrece la vida eterna y da seguridad al creyente de su relación con Dios.

Como la Biblia es sobrenatural, puede transformar a los lectores. Pedro señaló que las personas se convierten por medio de la Biblia, «siendo renacidos [. . .] por la palabra de Dios» (1 Ped. 1:23). Por lo tanto, no te limites a leer las Escrituras para aprender la verdad sobre lo que Jesús hizo en la tierra ni la estudies solo para conocer el contenido de la doctrina cristiana. Conforme leas la Palabra, intégrala a tu vida. Cristo entra a tu vida a través de Su Palabra para que puedas nacer de nuevo y recibir la vida de Dios.

La Biblia es el libro más influyente de la historia

Si bien la Biblia ha sido traducida a todos los idiomas del mundo civilizado, todavía resta por ser traducida a aproximadamente 9000 lenguas de culturas menos desarrolladas. Cuando la Biblia fue traducida a las lenguas de tribus no civilizadas, los individuos se convirtieron al cristianismo y las tribus comenzaron lentamente el proceso de civilización. Misioneros de organizaciones como Wycliffe Bible Translators han viajado a territorios de tribus paganas, aprendido sus idiomas y plasmado esas lenguas en letras, palabras y oraciones. Luego tradujeron la Biblia a esos idiomas y les enseñaron a estos pueblos a leer las Escrituras.⁵ A medida que uno tras otro de los integrantes de una tribu pagana escuchan el mensaje de la Biblia y lo incorporan a su vida, desean una vida mejor. Técnicamente, este proceso se llama redención y progreso. Dios redime a Su pueblo, y las personas ascienden a una mayor civilización. En suma, la Biblia transforma a la tribu para que todos vivan mejor que antes. Dondequiera que llegue la Biblia, la cultura y la civilización no tardan en llegar.

La Biblia ha influido en algunos de los líderes más grandes del mundo. John Adams (el segundo presidente de Estados Unidos, considerado como uno de los fundadores del país) escribió en su diario el 22 de febrero de 1756:

Supongamos que una nación en alguna región distante tuviera a la Biblia como su único código de leyes, y que todos sus habitantes rigieran su conducta por los preceptos contenidos en ella. La conciencia de todos los obligaría a la abstinencia de bebidas alcohólicas, la frugalidad y el trabajo; a la justicia, la bondad y la caridad hacia su prójimo: y a la piedad, el amor y la reverencia hacia el Dios Todopoderoso . . . ¡Qué utopía! ¡Qué paraíso sería esa región!⁶

La Biblia ha sido una importante motivación en aquellas personas que creen en su contenido. Los líderes cristianos han vivido conforme a la Biblia, la han enseñado y han dedicado su vida a su estudio. Ninguna otra religión ha producido tantos libros para explicarse, ni bellas pinturas y expresiones artísticas para exponer su mensaje, ni esculturas para reflejar a sus personajes, ni música para transmitir sus emociones y mensaje.

La grandeza de la Biblia

La Biblia es un libro grandioso porque revela la verdad sobre el pecado de la especie humana. Enseña que por más bueno que sea aparentemente un individuo, es un pecador y está lejos de cumplir las normas de Dios. Hacia el final de su vida, Pablo testificó: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Tim. 1:15).

La Biblia no vacila nunca cuando debe dar malas noticias sobre hombres buenos. Relata cómo Abraham, un hombre de fe, no pudo confiar en Dios y mintió; o cómo David, un hombre conforme al corazón de Dios, cometió adulterio con Betsabé. Pedro, el valiente pescador, negó tres veces a Jesús. La lista podría continuar porque la Biblia relata la verdad sobre los defectos de los escogidos de Dios. Sin embargo, el lector normal no lee sobre el pecado de Noé cuando se emborrachó y luego lo imita. Tampoco

sigue el ejemplo de Salomón que tuvo muchas esposas. De ningún modo. La Biblia es un libro veraz, pero su verdad es más profunda que los pecados de sus protagonistas.

Tal vez la influencia mayor de la Biblia sea su poder de convicción, persuasión y conversión en todos quienes aceptan sinceramente su mensaje y creen en Jesucristo. Cuando era estudiante de secundario, era tan boca sucia como los demás. Tampoco tenía dificultad para mentir con tal de no meterme en problemas: «Sí, profesora, hice los deberes, pero me los olvidé en casa». En mi corazón sabía que mentía, porque la gente normal no se engaña a sí misma. Tenía pensamientos inmorales y un mal genio. Sin embargo, la Biblia me convenció de mi pecado, me persuadió de que buscara a Jesucristo como mi Salvador y me convirtió cuando recibí a Jesús en mi corazón.

¿Cuál fue el resultado de mi conversión? Dios transformó mis labios; dejé de decir groserías. Comencé a memorizar las Escrituras para cambiar mis deseos de pecar, y tenía un extraordinario deseo de servir a Dios.

Por último, la Biblia es una historia de esperanza presente para quienes están desanimados, apesadumbrados o no encuentran un propósito en la vida. La Biblia afirma que Dios ama a todos los seres humanos y que tiene un maravilloso plan para cada individuo. Es una historia del futuro, cuando Cristo regrese para llevar a Su pueblo a vivir con Él. Los creyentes que han muerto resucitarán y vivirán con Dios por la eternidad.

El cristianismo no es posible sin una persona: Jesucristo. Y no es posible ser cristiano sin este libro: la Biblia.

Para pensar

Pregunta: ¿Cómo podemos saber que la Biblia es la Palabra de Dios?

Respuesta: La razón por sí sola no convencerá a nadie de que la Biblia es el libro de Dios. La salvación implica todos los aspectos de una personalidad. Debes reconocer (con tu mente) tu condición de perdido y aceptar que Jesús murió por ti. Segundo, debes sentir (con tus emociones) tristeza por haber pecado contra Dios, así como amor por Él por lo que Cristo hizo por ti. Tercero, debes decidir (con tu voluntad) confiar en Cristo para que te salve de tu pecado.

Aceptar que la Biblia es la Palabra de Dios implica también estos tres pasos de decisión. Primero, debes examinar sinceramente los hechos respecto a la Biblia. Luego, debes considerar tus emociones. ¿La Biblia te conmueve a amar a Dios? Por último, debes decidir si creerás o no.

La mejor manera de demostrar que la Biblia es la Palabra de Dios es poner a prueba las promesas de Dios. Así como sabemos que un plato de comida es bueno cuando lo saboreamos, sabremos que Dios es real cuando experimentemos los beneficios de Su Palabra. Así como sigues una ruta para llegar a un destino, debes seguir la dirección de la Biblia en tu vida. Jesús prometió que no echará fuera a la persona que venga a Él (Juan 6:37). Si aplicas la Biblia a tu vida, cosecharás los beneficios que promete.



EL CRISTIANISMO ES LA SALVACIÓN

¿Qué tiene de extraordinario que haya muerto Jesús? Buda murió en el 480 a.C., Confucio en el 479 a.C. y Mahoma en el 632 d.C. Para los seres humanos, la muerte es inevitable. Las Escrituras también lo enseñan, «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (Heb. 9:27).

Pero la muerte de Jesucristo fue distinta a la de otros líderes religiosos. Jesús murió por los pecados del mundo; ahora, todos podemos invocar al Señor para que perdone nuestra rebelión contra Él. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Cuando una persona se convierte a Cristo, toda su vida se transforma.

Yo era un típico estudiante de secundaria en Savannah, Georgia, y trabajaba repartiendo diarios para ganar algo de dinero para mis gastos. Asistía a la escuela dominical y sabía sobre Dios. Incluso me hice miembro de la iglesia y todos pensaban que iría al cielo. Pero en mi corazón, yo sabía que estaba perdido.

En la primavera de 1944, era uno de los doce jóvenes en la clase de catecismo, en preparación para hacernos miembros de la iglesia. El predicador iba uno por uno preguntándonos si creíamos una doctrina en particular. Luego preguntaba al resto de nosotros si estábamos de acuerdo. Yo asentía con la cabeza. Sí, creía las doctrinas del cristianismo.

Cuando me preguntó si creía en el nacimiento virginal de Cristo, no sabía bien qué era una virgen, pero sabía que la Biblia lo enseñaba y, entonces, respondí que sí.

La última pregunta concernía sobre la segunda venida de Jesucristo. Cuando el predicador preguntó a la clase si creíamos que Jesús volvería, nuevamente respondí que sí. Sin embargo, en mi corazón sabía que no estaba pronto para encontrarme con el Señor. Muchas veces, mientras repartía los diarios en la bicicleta, le rogaba: «Señor, sálvame». Pero ninguna vez me sentí salvo.

En julio de 1950, fui a una reunión de avivamiento en la iglesia presbiteriana Bonna Bella, un anexo misionero de mi iglesia. Dios estaba obrando en muchos corazones de aquella comunidad, y yo lo podía sentir. Todas las noches se salvaban entre cinco y doce personas, y el avivamiento se extendió por otra semana.

El jueves de noche, 25 de julio, no pasó nadie al frente para entregar su vida al Señor. El pastor vino al frente del auditorio, miró al público a los ojos, y dijo: «Alguien aquí está negándose a pasar al frente y rompiendo el impulso del avivamiento». Sabía que me hablaba a mí. Dio unas instrucciones simples: «Ve a tu casa, arrodíllate junto a tu cama, eleva tu mirada al Dios del cielo y ora: "Señor Jesús, nunca lo he hecho; estoy perdido.

Ven a mi corazón y sálvame”».

Fui a casa y me arrodillé junto a la cama, pero no deseaba hacer esa oración porque yo ya era miembro de la iglesia. Pensaba que era suficientemente bueno. Entonces, oré el Padrenuestro y me acosté. Pero la convicción de saberme pecador no me permitía conciliar el sueño. Me levanté y volví a arrodillarme; pero tampoco podía orar como lo aconsejó el pastor. Entonces oré: «En paz me acostaré y así mismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me harás estar confiado».

Regresé a la cama, pero no podía dejar de dar vueltas, agobiado por la intensa convicción de pecado. Entonces, me levanté, miré al cielo a través de mi ventana y oré: «Señor Jesús, nunca he orado así; estoy perdido . . . ». Cuando pronuncié aquellas palabras, sentí los horrores del infierno. Me sentí como si ya estuviera allí. Fueron unos breves segundos de agonía antes de que me apresurara a clamar: «Señor Jesús, ven a mi corazón y sálvame». Él lo hizo, y yo lo supe. Supe que me salvé, como el ciego que supo que había recibido la vista. El ciego dijo: «Antes estaba ciego, pero ahora puedo ver». Y yo podía afirmar: «Antes estaba perdido, pero ahora he sido salvado».

Una salvación extraordinaria

Las personas que creen en Jesucristo afirman categóricamente que Su muerte proveyó el único medio de salvación, y recuerdan que Él declaró: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:6). Jesús murió como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). En realidad, el cristianismo no existiría si Jesús no hubiera muerto de esta manera y para este propósito específico.

La muerte prematura de Jesús en la cruz no fue una desgracia. Con la palabra desgracia expresamos simpatía con el que sufre una injusticia. La muerte de Jesús fue victoriosa. La Biblia pregunta: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Cor. 15:55). ¿Qué obtuvimos con la muerte de Cristo? «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor. 15:57).

Algunos creen que al morir a los 33 años, Jesús era demasiado joven, y no pudo desarrollar una vida adulta normal. Sin embargo, Su muerte no fue un infortunio. El Antiguo Testamento predijo Su muerte y los acontecimientos que se sucedieron en torno a ella: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo [. . .] para que redimiese a los que estaban bajo la ley» (Gál. 4:4-5).

La muerte de Jesús no fue una decepción. Por supuesto, las mujeres lloraron mientras observaban la crucifixión desde la distancia. ¿Acaso la muerte no es siempre una separación dolorosa? Las personas que amaban a Jesús estaban aparentemente entristecidas. No comprendían que con Su muerte, Él infundiría vida al mundo.

La muerte de Jesús en la cruz había sido anunciada en el Antiguo Testamento. Mil cuatrocientos años antes de que Roma impusiera la crucifixión como medio de pena capital, la Biblia predijo que sería colgado «en un madero». A continuación, explicó que «maldito por Dios es el colgado» (Deut. 21:23). El Nuevo Testamento confirma que este pasaje era una referencia a la muerte de Jesús: «Cristo [. . .] hecho por nosotros maldición» (Gál. 3:13).

El secreto de la muerte de Cristo es que Él fue hecho maldición por toda la humanidad, y por eso Su crucifixión conmovió al mundo. Él fue el sustituto que murió en lugar de cada persona. Esta muerte sustitutiva fue profetizada en Isaías 53: «Mas él herido fue por nuestras rebeliones» (Isa. 53:5).

La cruz no fue un descuido, un imprevisto. Jesús sabía que le esperaba un terrible sufrimiento, por eso le pidió al Padre: « . . . pase de mí esta copa» (Mat. 26:39). Sabía que sería sometido a una tortura atroz y un largo suplicio físico, y que los soldados romanos lo golpearían espantosamente: « . . . tomó Pilato a Jesús, y le azotó» (Juan 19:1). Para el azotamiento se usaban varas que dejaban profundas laceraciones en el cuerpo o látigos con varias correas de cuero con piezas de hueso o metal en las puntas que desgarraban la piel. Jesús soportó ambos tipos de azote.

Pero si Jesús era Dios y conocía todas las cosas que le sucederían (Juan 13:1), ¿por qué no hizo algo para evitar Su crucifixión? ¿Por qué no usó Su poder para detener Su sufrimiento? Jesús le dijo a Pilato, Su juez: «¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?» (Mat. 26:53). Cristo no impidió Su muerte porque amaba a las personas por las que moría. Primero, amaba a Sus discípulos, «como había amado a los suyos [. . .], los amó hasta el fin» (Juan 13:1). Y lo hizo todo «porque él nos amó primero» (1 Jn. 4:19).

Ese es el secreto de la muerte de Cristo: Él murió en lugar de cada individuo.

Técnicamente, la muerte de Jesús era la pena capital que imponía Roma para determinados delitos. Así como en Estados Unidos se emplea la inyección letal o en la Revolución Francesa se usó la guillotina, los romanos reservaban la cruz para castigar la traición al estado. Sometían al reo a un sufrimiento espantoso con el ánimo de aterrorizar a las masas para que obedecieran sus leyes.

Sin embargo, el juicio de Jesucristo estuvo plagado de contradicciones. Los testimonios no concordaban, las acusaciones contra Él se cambiaron en medio del proceso y el juez concluyó que era inocente. A pesar de todo, Jesús fue crucificado. En la actualidad, en Estados Unidos, basta la más mínima improcedencia legal para librar a un reo de la pena de muerte, pero en el caso de Jesucristo, no hubo ninguna excepción. Aun el juez, Pilato, después de escuchar todas las pruebas, concluyó que no hallaba delito en Él (Juan 19:6). ¿Pero lo dejó libre? ¡No! Cedió a las presiones de los acusadores y autorizó la ejecución: «Tomadle vosotros, y crucificadle» (Juan 19:6). Lo que para los hombres parecería una brutal barbaridad era parte del plan divino. «Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí» (Luc. 23:33).

Sucesos que acompañaron la muerte de Jesucristo

Jesús fue crucificado en una pequeña colina en las afueras de Jerusalén, en un lugar «llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota» (Juan 19:17). Fue una ejecución pública, una forma de intimidación romana para obligar a la población a obedecer sus leyes. Jesús fue crucificado en la mañana del viernes, antes de la pascua judía: «Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron» (Marcos 15:25, NVI).

Así como Jesús había sido el centro de atracción cuando enseñaba y sanaba, se convirtió en foco de atención en Su crucifixión: «Y cuando llegaron al lugar llamado de la

Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda» (Luc. 23:33).

Los judíos acusaron a Jesús de blasfemar, «porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios» (Juan 19:7). Pilato no aceptaba esta acusación porque se basaba en un argumento religioso y no violaba ninguna ley romana. Entonces, contrariamente a la ley, en la mitad del juicio, los judíos lo acusaron de traición: « . . . todo el que se hace rey, a César se opone» (Juan 19:12).

La costumbre era que, cuando se crucificaba a un reo, se escribiera la acusación sobre un pequeño tablón que se clavaba en la cruz sobre su cabeza. Pilato ordenó que pusieran el siguiente título: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS (Juan 19:19). Cuando los judíos lo leyeron, se escandalizaron. Intentaron persuadirlo para que lo cambiara: «Él dijo ser el rey de los judíos» pero Pilato se negó a cambiarlo con su famosa respuesta: «Lo que he escrito, he escrito» (Juan 19:22). Providencialmente, Dios anunció al mundo que Su Hijo era el rey de los judíos, mientras que también señalaba la paradoja de que los judíos estuvieran crucificando a su rey.

Mientras Jesús estaba en la cruz, la naturaleza erupcionó. «Desde el mediodía y hasta la media tarde toda la tierra quedó sumida en la oscuridad» (Luc. 23:44, NVI). Era como si Dios desde el cielo no quisiera mirar la brutal parodia que se desarrollaba en el Gólgota. Dios abandonó a Su Hijo, y Jesucristo exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mat. 27:46). Así como el viento se levanta al anochecer, las túnicas de quienes crucificaron a Jesús ondearon en la brisa mientras el viento de la muerte azotaba el monte Calvario.

Hubo también otros fenómenos. «Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron» (Mat. 27:51). El velo del templo era una barrera simbólica entre Dios y los hombres, que impedía que la gente observara la presencia de Dios en el lugar santísimo. La muerte de Jesús quitó la separación entre Dios y los seres humanos, «derribando la pared intermedia de separación» (Ef. 2:14).

Su muerte tuvo un profundo impacto en los espectadores. Uno de los ladrones crucificado a su lado, maldijo a Jesús y a Dios. Murió en sus pecados. El otro ladrón se arrepintió y clamó: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Luc. 23:42). Sabemos que su arrepentimiento fue auténtico, porque Jesús le respondió: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Luc. 23:43). Esta afirmación refleja que Jesús sabía que Él moriría y que ese día estaría en el paraíso, por eso pudo prometerle al ladrón que se reunirían allí.

El centurión que supervisaba a los soldados que crucificaron a Jesús también comprendió que se había cometido una injusticia. Después de observar todo lo que había sucedido, cayó de rodillas y exclamó: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mat. 27:54).

Dos hombres que creían en Jesús pero no lo admitían públicamente se presentaron ante Pilato para pedir el cuerpo. El primero, José de Arimatea, era un hombre rico de Jerusalén, y vino acompañado por Nicodemo, un líder religioso de los judíos. Pilato se sorprendió de la solicitud y envió un soldado para verificar que Jesús había muerto. Los soldados solían tomar un gran mazo, que usaban para martillar los clavos, y quebrarles

las rodillas y las piernas a las víctimas, para acabar rápidamente con el suplicio; así se aseguraban de que el reo hubiera muerto y podían regresar a su cuartel. Sin embargo, cuando llegaron a Jesús, vieron que ya estaba muerto y, entonces, no le quebraron las piernas. Esto es importante porque se cumplió así otra profecía del Antiguo Testamento. «Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: No será quebrado hueso suyo» (Juan 19:36). (Ver Ex. 12:46, Núm. 9:12, Sal. 34:20).

Sin embargo, uno de los soldados, para asegurarse de que estuviera efectivamente muerto, clavó su lanza en Su costado y le traspasó el pericardio, la envoltura del corazón. Algo pasó dentro del cuerpo de Jesús, porque «al instante salió sangre y agua» (Juan 19:34). Los médicos han señalado que en el momento de la muerte, la sangre y el agua en el pericardio se separan, de modo que si el cuerpo se traspasa, los líquidos salen por separado.

José y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús y lo enterraron. «Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas» (Juan 19:40). José de Arimatea, por ser un hombre rico, había hecho labrar un sepulcro para su sepultura, pero en vez de reservarlo para sí, colocó a Jesús en su tumba en un huerto cerca del Gólgota: «Allí, [. . .] pusieron a Jesús» (Juan 19:42).

- un sepulcro nuevo (Juan 19:41)
- un sepulcro prestado, de José (Mat. 27:59-60)
- que nunca se había usado (Luc. 23:53)

Un grupo de mujeres habían seguido a Jesús porque lo amaban y creían en Su mensaje. Sin embargo, estas mujeres no lo acompañaron hasta el Gólgota, quizás por su natural temor a los soldados. Fueron testigos oculares, porque observaron la tumba y sabían que habían puesto allí Su cuerpo (Luc. 23:55). Conocemos la identidad de dos de ellas: «Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían» (Mar. 15:47).

Como entre los judíos el sábado comenzaba con la puesta de sol del viernes, las mujeres respetaron la ley y no fueron a ungir el cuerpo de Jesús hasta pasado el descanso sabático. Esperaron hasta la mañana del domingo para regresar al sepulcro (Mar. 16:1). Solo nos cabe imaginar la angustia que pasaron aquel trágico fin de semana, mientras pensaban en su Salvador muerto y enterrado en una fría tumba. Sin embargo, como tantas otras personas, su perspectiva limitada les impidió comprender el propósito completo de Su muerte y entender las posibilidades transformadoras de la resurrección de la que serían testigos en la mañana de domingo.

Los deshonestos líderes judíos, que habían hecho todo lo posible para que Jesús fuera crucificado, ahora deseaban asegurarse de que el cuerpo permaneciera en la tumba. Temían que los discípulos robaran el cuerpo para poder alegar que su maestro había resucitado (Mat. 27:62,64). Entonces, le pidieron a Pilato que garantizara la seguridad del sepulcro. Primero, colocaron un sello oficial sobre la piedra que cubría la entrada (Mat. 27:66). El sello no era un candado que impedía la entrada, sino más semejante a las cintas de color que la policía usa hoy para precintar la escena de un crimen. Quienes

rompían el sello podían ser denunciados y castigados por la ley romana.

Pero insatisfechos con sellar la tumba, mandaron poner también una guardia (Mat. 27:66), para que los soldados vigilaran la tumba y no permitieran acercarse a nadie. Aunque los incrédulos hicieron todo lo posible para asegurar el cuerpo de Jesús, no previeron el poder de Dios, «porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella» (Mat. 28:2).

En este capítulo, consideramos solo los beneficios de la muerte de Cristo; en el próximo, analizaremos los beneficios sobrenaturales de Su resurrección.

Algunos comparan la muerte de Jesús con la de Davy Crockett, que murió luchando en la batalla de El Álamo por una causa justa y que inspiró a los tejanos a una victoria futura sobre el ejército invasor mexicano de Santa Ana. Pero la muerte de Jesús no fue solo la de un mártir que entregó Su vida por la causa que defendió y promovió. ¡No! Su muerte fue mucho más que un ejemplo inspirador para Sus seguidores.

En el caso de Jesús, fue una muerte vicaria. En otras palabras, ocupó el lugar de quienes debían haber muerto. Como «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3:23), todos deberían ser castigados por quebrantar la ley de Dios. Sin embargo, Jesús llevó el castigo de todos. Nota la naturaleza de Su muerte, que alcanza a todos: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29).

A pesar de ello, no todos se salvan, ni todos irán al cielo gracias al sacrificio de Jesús. Algunos dicen que la muerte de Jesús es suficiente para todos, pero eficaz solo para quienes creen en Él. Por lo tanto, Jesús es el sustituto efectivo de quienes creen en Él. «Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (Ef. 5:25). Para asegurarse de que la gente entendiera la aplicación de la muerte de Cristo a su vida, Pablo explicó: « . . . el Hijo de Dios [. . .] se entregó a sí mismo por mí» (Gál. 2:20).

En segundo lugar, la muerte de Jesús fue redentora. La palabra redimir significa «comprar de nuevo». En algunas ciudades hay casas de empeño donde quienes necesitan dinero pueden dejar un artículo en prenda. Luego, cuando tienen dinero, «recompran» el objeto que empeñaron. O sea, redimen su pertenencia. Cuando Jesús murió, él redimió a Su pueblo. Originalmente, todos los seres humanos le pertenecían. ¿Acaso Dios no los creó a Su imagen y no pertenecían todos a Él antes de pecar? Cuando los seres humanos se rebelaron contra Dios, cayeron bajo el juicio de la ley. Con la muerte de Jesús, «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición» (Gál. 3:13).

La redención fue posible porque la muerte de Cristo satisfizo la Ley que nos condenaba. Dios debía castigar a todos los que pecan contra Él, pero Cristo murió para satisfacer el castigo. Se asemeja a una multa por exceso de velocidad. Cuando un conductor trasgrede una norma por exceso de velocidad, debe pagar una multa para saldar el cargo contra él. La buena nueva es que Jesús pagó tu multa. En la Biblia, este proceso se denomina propiciación, que significa «satisfacer». «Dios [. . .] envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Jn. 2:2; 4:10).

Por último, fue una muerte reconciliadora. Cuando un esposo y su esposa discuten y la situación se torna insostenible, recurren a un consejero para facilitar la reconciliación y restaurar la unión. Cuando Adán y Eva pecaron, le dieron la espalda a Dios y por causa de su pecado, el Señor tuvo que castigar a la humanidad. Sin embargo, la muerte de

Jesús reconcilió a Dios con los hombres. «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Cor. 5:19).

Para pensar

Pregunta: ¿Qué sabes sobre la muerte de algunas personas famosas? ¿Qué muerte influyó en el mundo más que la muerte de Jesucristo? Además de la redención, ¿qué beneficios produjo la muerte de Cristo en la humanidad?

Respuesta: Aquellas personas cuyas vidas han sido transformadas por la muerte de Cristo se sienten motivadas a testificar a los demás para que todos sepan que también pueden experimentar los beneficios de Su muerte. Más aún, sacrifican su tiempo y sus placeres para anunciar a todos: «Cristo murió por ti y tiene un maravilloso plan para tu vida».



EL CRISTIANISMO ES UNA RESURRECCIÓN MILAGROSA

Hay muchas religiones en el mundo, pero solo el cristianismo afirma que su fundador se levantó de entre los muertos. Buda, el monje que originó el budismo, vivió, murió y dejó una religión de entre 300 y 400 millones de seguidores en el mundo. Pero su cuerpo todavía está en la tumba. En ninguna parte de sus escritos ni entre sus seguidores se afirma que haya resucitado. Lo mismo podría decirse de Confucio, Mahoma y de muchos otros fundadores de religiones. Todos murieron y están enterrados.

El cristianismo es la única religión que postula que su fundador murió, pero que resucitó corporalmente. El domingo de Pascua, cuando las mujeres llegaron a la tumba, un ángel las recibió con la noticia: « . . . yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos» (Mat. 28:5-7).

La posibilidad de la vida después de la muerte es un interrogante de larga data. Job se preguntó: «Si el hombre muere, ¿volverá a vivir?» (Job 14:14).

Los opositores del cristianismo casi siempre concentran sus ataques en la resurrección porque si pudieran invalidarla, todos los demás postulados del cristianismo caerían. Sin resurrección, no hay cristianismo.

Dada la vida perfecta de Jesucristo, sería factible esperar algo extraordinario respecto a Su muerte. Jesús no fue un mero hombre, Él era Dios hombre. Les explicó a sus seguidores: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9), y «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10:30). Los judíos sin duda entendieron bien que estaba afirmando ser Dios, de ahí su acusación: « . . . debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios» (Juan 19:7). ¿Pero cómo mantener a Dios en una tumba?

La vida perfecta de Jesús, Su carácter divino, Sus portentosos milagros y Sus inspiradores sermones serían decepcionantes si después de Su muerte no hubiera continuidad y ese hubiera sido el fin de Su vida.

Por lo tanto, si se considera todo lo que Jesús fue, sería esperable que resucitara después de morir. Pero Jesús fue más que un hombre ordinario: Él es Dios. Como la vida es una de las características de Dios, Él no podría permanecer en la tumba. Además, había dicho: «Yo soy la resurrección» (Juan 11:25), y Su resurrección fue el cumplimiento de Su afirmación.

Sin resurrección, los Hechos de los Apóstoles nunca hubieran tenido lugar. Los

individuos pueden seguir los pasos de un gran líder que murió, siempre y cuando perdure su memoria. Sin embargo, con el tiempo, la dedicación al líder muerto disminuye. Con los años, la gente tiende a olvidarlo por completo. Sin embargo, la resurrección está corroborada no solo porque los cristianos recuerdan a Jesús, sino porque acometen con valor su ministerio y prosperan basados en el poder del Cristo resucitado que mora en ellos.

Jesús enseñó que el bien triunfaría sobre el mal; si Él no resucitó, eso significaría que prevaleció la maldad de los judíos y los soldados romanos.

Pruebas de la resurrección

El fenómeno de la tumba vacía probó que había tenido lugar la resurrección. Un observador mínimamente atento se habría percatado de un suceso sobrenatural en la tumba. Los líderes judíos que manipularon a los romanos para crucificar a Jesús se acordaron de que Él había dicho que resucitaría. Entonces, se presentaron ante Pilato para que este asignara una guardia de soldados romanos para vigilar la tumba. No deseaban que los seguidores de Jesús robaran el cuerpo y luego dijeran que Él había resucitado de entre los muertos. Cuando el ángel hizo rodar la piedra de la entrada de la tumba, los soldados huyeron.

El domingo de mañana, un grupo de mujeres vino temprano a la tumba y un ángel las invitó a mirar dentro del sepulcro vacío. «No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor» (Mat. 28:6). Aquella mañana, un poco más tarde, Juan y Pedro fueron a la tumba y vieron «los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte» (Juan 20:6-7). No vieron ningún cuerpo.

Cuando María Magdalena visitó aquella mañana la tumba vacía, se encontró con un hombre, pero no lo reconoció. Cuando le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras?» (Juan 20:15), María lo confundió con el hortelano y le pidió: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré» (Juan 20:15). No supo que hablaba con el Cristo resucitado hasta que Él la llamó por su nombre: «María». Entonces, lo único que pudo responder fue: «¡Raboni!».

José de Arimatea y Nicodemo trajeron aproximadamente 50 kilos (100 libras) de mirra y áloe (Juan 19:39). Sería equivalente a un gran bote de loción, similar a una crema de manos. «Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas» (Juan 19:40). Mientras envolvían el cuerpo de Jesús en largas tiras de lienzo, empapaban la tela con la loción, para formar un caparazón, como si estuvieran enyesando una pierna fracturada. Cuando la pasta se secaba, la tela se endurecía y era imposible de desenvolver sin destruir el molde. Cuando Juan vio los lienzos y el sudario en un lugar aparte, «vio, y creyó» (Juan 20:8). Fue el primer discípulo en creer en la resurrección física de Jesucristo.

La súbita transformación de discípulos temerosos en valientes predicadores de la resurrección es otra prueba de que Jesús resucitó. Salvo Juan, los demás discípulos huyeron y se escondieron cuando Jesús fue arrestado y crucificado. Sin embargo, los miedosos discípulos se transformaron cuando vieron a Jesucristo porque Él «les mostró

las manos y el costado» (Juan 20:20). O como lo expresó un escritor del siglo XIX:

Es increíble que unos pocos hombres humildes y sin educación pudieran haber sido capaces de idear y ejecutar un plan que, por espacio de 800 años, ha sido imposible de explicar y ha sido reconocido tanto por sabios y entendidos como por el vulgo.²

La resurrección queda probada por el rápido surgimiento de la iglesia, que es una comunidad de creyentes que se reconocen como el cuerpo de Cristo, porque Él vivió en medio de ellos y les infundió poder para la devoción y el servicio. Si Jesús no hubiera resucitado, ¿cómo explicar la influencia mundial de este grupo? Fíjate, además, en lo que sus enemigos decían sobre la iglesia primitiva: «Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá» (Hech. 17:6).

La resurrección de Cristo queda también verificada por el testimonio de varios individuos y grupos de personas que testificaron haber hablado con Él y haber tenido comunión con el Cristo resucitado. Primero, un grupo de mujeres que cuando se alejaban del sepulcro se encontraron con Jesús y lo adoraron (Mat. 28:9-10). Segundo, María Magdalena se encontró con Él junto a la tumba: «Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas» (Juan 20:18). Luego, en la tarde de ese mismo domingo, Jesús se apareció a diez discípulos en el aposento alto (Juan 20:19-23) y, una semana después, se apareció a once discípulos en el mismo lugar (Mar. 16:14). En esa segunda ocasión, le dijo a Tomás: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, créiste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron» (Juan 20:27-29). También se apareció en privado a Pedro y a Jacobo (Su medio hermano), y luego a 500 personas. Las varias apariciones de Jesús coinciden con la credibilidad del testimonio requerido en un juicio; a saber, que no haya contradicciones, que sea confiable y que sea afirmado por varios testigos.

La resurrección física fue demostrada por Pablo, que de odiar a Cristo y perseguir a los cristianos se convirtió en ferviente predicador del evangelio. Cuando se dirigía a Damasco para arrestar a los cristianos, se encontró con Jesucristo cerca de la puerta de la ciudad (Hech. 9). Ese encuentro le transformó la vida y lo convirtió en un valiente testigo a los gentiles a lo largo y ancho del mundo mediterráneo.

La resurrección de Jesucristo está confirmada por el testimonio de los creyentes en quienes Cristo habita. Quizás el mayor testimonio sea el de Pablo cuando escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gál. 2:20). Muchas personas se han convertido porque pusieron su confianza en Él. En ese momento, Cristo viene a morar en sus vidas (Col. 1:28) y la presencia de Jesucristo que habita en ellos se convierte en el poder transformador que anima a cada creyente.

La resurrección está demostrada por el Nuevo Testamento, que explica cabal e históricamente la doctrina de la resurrección de Jesucristo. Los 27 libros que componen el Nuevo Testamento se basan en la resurrección física del Señor. Si Cristo no resucitó de los muertos, la verdad histórica de los libros del Nuevo Testamento puede ser cuestionada. Todos los autores escribieron de manera independiente y, no obstante, no

se contradicen en nada respecto a la resurrección. Es otra prueba más de que Jesús efectivamente resucitó.

Otra prueba de la resurrección fue que los líderes judíos no pudieron probar que Jesús no había resucitado, en la misma ciudad donde murió y lo sepultaron. Como ya hemos dicho, los principales de los judíos sabían que Él había dicho que resucitaría e hicieron, entonces, todo lo posible para asegurarse de que nadie robara Su cuerpo. Cuando el ángel apareció e hizo rodar la piedra, «de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos» (Mat. 28:4).

¿Qué hicieron los guardias? « . . . unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo» (Mat. 28:11-14).

La resurrección física está corroborada por el cambio en el día de adoración, de sábado a domingo. Fue un cambio radical de actitud. Durante 1400 años, desde el momento en que recibieron los Diez Mandamientos, los judíos habían adorado el sábado, el último día de la semana. Guardar el día de reposo era tan importante para los judíos que quisieron matar a Jesús cuando Él quebrantó las normas humanas asociadas a ese día. Pero cuando miles de judíos se convirtieron en seguidores de Jesús, quisieron adorarlo en el primer día de la semana, el día en que Cristo resucitó de los muertos. El domingo se convirtió universalmente en el día de adoración. Un nuevo decreto o mandamiento elaborado por líderes terrenales no hubiera podido cambiar la disposición de la gente de adorar en otro día que no fuera sábado. Sin embargo, cuando Jesús entró en los corazones de los creyentes, quisieron adorarlo en el día más importante del cristianismo: el día en que resucitó.

La resurrección está comprobada por la conversión de Jacobo, el medio hermano de Cristo. Pablo menciona que después de la resurrección, «[Jesús se] apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles» (1 Cor. 15:7). ¿Acaso un hermano no reconocería un embuste? Al parecer, Jacobo fue incrédulo hasta que vio a Jesús resucitado (Juan 7:5).

Ignacio de Antioquía, nacido alrededor del 30 d.C., también aporta otra prueba de la resurrección de Jesús. Ignacio murió luego como mártir, cuando el emperador Trajano (97-117 d.C.) lo echó a las bestias en el anfiteatro flaviano de Roma. Ignacio escribió:

Porque sé y creo que Él estaba en la carne incluso después de la resurrección; y cuando Él se presentó a Pedro y su compañía, les dijo: Poned las manos sobre mí y palpadme, y ved que no soy un demonio sin cuerpo. Y al punto ellos le tocaron, y creyeron, habiéndose unido a su carne y su sangre. Por lo cual ellos despreciaron la muerte, es más, fueron hallados superiores a la muerte. Y después de su resurrección Él comió y bebió con ellos como uno que está en la carne, aunque espiritualmente estaba unido con el Padre (San Ignacio, Carta a los Esmirneanos, Arquidiócesis de Argentina, Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa de Antioquía,

www.acoantioquena.com).⁸

La esencia de la resurrección

Con Su resurrección, Jesús certificó lo que había logrado con Su muerte. Pablo escribió

que Cristo «fue entregado a la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación» (Rom. 4:25, NVI), porque mientras Su muerte fue para perdón de nuestros pecados, Su resurrección fue para impartirnos nueva vida y reconciliarnos con Dios.

Su resurrección también cumplió lo que el Señor había predicho. En una ocasión, cuando se enfrentó a los judíos, Él les había dicho: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19). Los judíos pensaron que se refería al templo de Herodes, pero era una alusión al templo de Su cuerpo. «Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho» (Juan 2:22).

Si Jesús hubiera permanecido en la tumba, habría negado Su afirmación: «Yo soy la resurrección» (Juan 11:25). En cambio, Su resurrección física validó Su descripción de sí mismo como la resurrección y la vida.

La resurrección fue más que un acontecimiento entre muchos para la iglesia primitiva: se constituyó en el punto esencial de su predicación. Una de las condiciones para elegir al apóstol que ocuparía el lugar de Judas era que hubiera sido «testigo de la resurrección» (Hech. 1:22, NVI). El mensaje de la resurrección infundía autoridad a la predicación de los apóstoles: «Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús» (Hech. 4:33).

Fuente de transformación espiritual

Jesús no estaba solo cuando salió de la tumba. La Biblia enseña que los creyentes estaban en Cristo cuando el Salvador murió, y que también estaban en Él cuando resucitó. Pablo declaró: «Pero Dios [. . .] juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef. 2:4-6). La verdad transformadora de este pasaje es que todos los creyentes están «con Cristo Jesús». Jesús había prometido esta identidad singular la noche antes de morir, cuando prometió que nosotros estábamos en Él, y Él en nosotros (Juan 14:20).

Por eso, los creyentes recibirán también todo lo que Jesús recibió en la resurrección. El cuerpo muerto de Jesús recibió nueva vida, y en Jesucristo, los creyentes reciben vida nueva. Gracias a la resurrección de Jesús, Él ascendió al cielo; los creyentes también están en Jesús en la ascensión y en Su lugar glorificado en el cielo.

Técnicamente, el creyente vive en dos mundos. Vive en «los lugares celestiales» (Ef. 1:3): es la posición nueva que el cristiano tiene «en Cristo». Y también vive en esta tierra, con todas sus limitaciones, tentaciones y corrupción. Por lo tanto, el creyente, que vive «en Cristo» en los lugares celestiales, tiene una nueva autoridad para vencer las tentaciones de esta vida.

Al estar «en Cristo», los creyentes están dotados de nuevo poder para vivir victoriosamente para Dios, «a fin de conocerle, y el poder de su resurrección» (Fil. 3:10), como afirmó Pablo. El poder con que Cristo venció la muerte es el mismo poder que los cristianos tienen para triunfar sobre el pecado y los problemas de este mundo.

La resurrección es la base para la seguridad de la salvación de todos los creyentes. Los cristianos saben que tienen vida eterna porque Cristo resucitó de los muertos para dársela. «Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también

vuestra fe» (1 Cor. 15:14). ¿Qué significa esto? Significa que sin resurrección, no hay perdón de pecados.

Si no hubo resurrección, ¿dónde están todos los cristianos que creyeron en la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo Jesús y que, sin embargo, murieron? ¿Dónde están hoy? «Y si Cristo no resucitó [. . .]. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron» (1 Cor. 15:17-18).

Para pensar

Pregunta: ¿Cuál es la prueba más determinante de la resurrección?

Respuesta: En este capítulo se presentan varias pruebas de la resurrección, cada una lo suficientemente sólida para valer por sí sola. Sin embargo, la prueba más importante es la presencia de Cristo que mora en tu corazón. Tú no puedes engañarte a ti mismo, y solo tú conoces cabalmente tu propia experiencia interior. La presencia de Jesucristo que mora en ti es tu más absoluta seguridad de que Él resucitó de la tumba.



EL CRISTIANISMO ES UNA EXPERIENCIA TRANSFORMADORA

Antes de ser salvo, tenía la costumbre de decir groserías. Cuando tenía unos nueve años, iba a los grupos de jóvenes de nuestra iglesia presbiteriana. Una tarde, en una de nuestras reuniones, habían colocado una vela sobre una mesa y un pequeño tazón. Nos entregaron papel y lápiz, y nos pidieron que escribiéramos nuestros pecados en la pequeña hoja. Escribí la palabra «groserías», hice una pelota con el papel y la puse en el tazón. Luego el líder tomó la vela y prendió fuego a todas las pelotas de papel; yo pensé: «Dios, por fin me libré de decir groserías». Pero, reincidí.

Aproximadamente unos dos meses después, repetimos la ceremonia. Solo que esta vez no escribí la palabra groserías en mi hoja. Escribí varias de las palabras que efectivamente decía. Pensé que realmente me arrepentía. Cuando se quemaron, nuevamente me dije: «Dios, por fin me libré de decir groserías». Pero regresaron.

En la secundaria fui a un campamento presbiteriano y en la última noche, en el fogón, varios jóvenes pasaron al frente, tomaron un pequeño leño, dieron su testimonio y lanzaron la madera al fuego. Yo estaba tan emocionado que tomé una astilla muy sucia. La levanté en alto para que todos la vieran: «Esta madera representa mi boca sucia». Luego me arrepentí públicamente: «No volveré a decir groserías». Mientras lanzaba mi astilla al fuego, tenía el profundo compromiso de mantener puro mi vocabulario.

Fui fiel a mi promesa por unas dos semanas, hasta que me sucedió algo imprevisto. Los diarios que tenía que repartir aquella tarde venían atados con alambre. Mientras movía el alambre hacia un lado y otro para romperlo, uno de los extremos se soltó y me cortó los nudillos. Me sangraba la mano y me desahugué diciendo groserías contra el diario. Art Winn, mi buen amigo, me recordó que había prometido no volver a decir groserías; entonces, lo insulté. Concluí que nunca podría librarme de mi pecado y nunca más intenté dejar de decir groserías.

El 25 de julio de 1950 conocí a Jesucristo. En esa ocasión, no me arrepentí solo de decir groserías. Confesé todos mis pecados y le pedí a Jesús que viniera a mi vida. Él lo hizo y me transformó, incluso transformó mi vocabulario. Después de aquella experiencia, no he vuelto a decir groserías.

Nadie se convierte en cristiano solo por nacer en una familia de creyentes. Es necesario tomar la decisión de seguir a Jesucristo. Quienes aceptan a Cristo como su Señor y Salvador son transformados mediante un proceso que se denomina conversión. Significa que deciden alejarse del pecado (arrepentimiento) y confían por entero (fe) en

Cristo para que Él los salve.

La conversión es uno de los conceptos religiosos más malentendidos. Algunos piensan que es una acción humana, algo que la gente hace. Años atrás, para casarse con Eddi Fisher, un judío, Elizabeth Taylor se convirtió a la religión judía. Cassius Clay era campeón mundial de peso pesado cuando se convirtió en musulmán. Según el diccionario, la conversión es ser transformado en algo distinto de lo que se era.⁹

En el fútbol, convertir es hacer un gol. En matemáticas, convertir es transformar fracciones en su expresión decimal. Una conversión religiosa es decidir profesar una religión. En esencia, se entiende que quienes adoptan una religión se convierten a esa religión, ya sea budismo, confucionismo o bahaí.

Según la Biblia, la conversión es un cambio deliberado de mente, emociones y voluntad de parte del pecador, conforme la persona deja el pecado y se vuelve a Cristo como su Salvador. En resumidas cuentas, la conversión es lo que una persona hace cuando se vuelve a Cristo.

Una puerta: dos lados

Pensemos en la conversión como una puerta con dos lados. En uno de los lados, figura el término actividad humana, y del otro lado, actividad divina. La persona toma la decisión de convertirse, entonces, empuja la puerta para abrirla al cielo. Del otro lado de la puerta está la acción de Dios: la regeneración. La persona convertida nace de nuevo, o recibe vida nueva. Quienes reúnen las condiciones de Dios para convertirse, reciben la vida eterna y una nueva naturaleza. Se convierten en hijos de Dios.

La experiencia de la conversión implica tres elementos. Primero, está el intelecto. El individuo debe reconocer que es pecador, «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3:23). Esto significa que sabe que ha sido condenado por Dios por causa de su pecado: «Porque la paga del pecado es muerte» (Rom. 6:23). Luego, la persona debe comprender que Cristo se sacrificó por sus pecados. «Cristo murió por nosotros» (Rom. 5:8). Saber estas verdades no salva a nadie; no abre ninguna puerta al cielo. Jesús afirmó: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mat. 7:21). Ningún individuo se convierte en cristiano solo por aprender verdades sobre Cristo ni por seguir una serie de reglas.

El segundo elemento de la conversión son las emociones. Pablo describe la angustia emocional de los corintios, que fueron «contristados para arrepentimiento» (2 Cor. 7:9). Son emociones que reflejan un corazón que desea convertirse. El apóstol continuó describiendo su conversión: «Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación» (2 Cor. 7:10). Sin embargo, el llanto por sí solo no significa que esa persona haya entregado su vida a Cristo, porque, como explica Pablo, también «la tristeza del mundo produce muerte» (2 Cor. 7:10).

El tercer elemento de la conversión es la decisión personal de elegir a Dios. Uno de los aspectos de esta decisión es el arrepentimiento. Pablo exhortó: «... arrepíentanse y conviértanse» (Hech. 3:19, NBLH). Es un acto de voluntad: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Luc. 9:23).

¿Qué significan estas tres funciones de la personalidad? El conocimiento, las emociones o la decisión no bastan para salvar a nadie. En realidad, la conversión se basa en un correcto conocimiento de la Palabra de Dios, de que Jesús murió por los pecados propios y que resucitó para darnos nueva vida (intelecto). Luego, el corazón humano debe experimentar la convicción de pecado y sentir un sobrecogedor amor por Dios (emociones). Por último, basado en un correcto conocimiento y sentimientos, la persona debe decidir aceptar a Jesucristo como su Salvador (voluntad).

Como señalé anteriormente, simplemente saber cosas sobre Jesucristo no salva a nadie. El remordimiento tampoco salva a nadie, ni el cumplir las ordenanzas de una iglesia.

Para convertirse en cristiano, Jesucristo debe venir a ser parte íntima de tu vida.

La experiencia de fe

La conversión es la explicación psicológica de lo que una persona hace cuando deposita su fe en Dios. La fe es un imperativo absoluto para la salvación: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Ef. 2:8).

Es algo simple, y a su vez complejo. Es simple y rápido como el manotazo del que se está ahogando y procura alcanzar una cuerda. Cuando el ladrón en la cruz al lado de Jesús le pidió: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Luc. 23:42), su fe lo salvó inmediatamente. Jesús le aseguró: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Luc. 23:43).

Sin embargo, la fe es tan compleja como el alma de cada persona, que usa todas sus facultades para venir a Dios. Así como la conversión implica toda la personalidad, la fe conlleva que la persona confíe en Dios con todo su ser interior.

La fe es más que saber cosas sobre Dios. Si bastara con entender quién es Dios, los demonios podrían ser salvos, pero no lo son. «También los demonios creen, y tiemblan» (Sant. 2:19).

La fe no es hacer algo para Dios. Jesús explicó: «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre [. . .], y en tu nombre hicimos muchos milagros?» (Mat. 7:22). Sin embargo, Él les responderá: «Nunca os conocí» (Mat. 7:23).

No compliquemos la fe. Pablo fue castigado por un delito que no había cometido y estaba preso en medio de la noche. Dios envió un terremoto que abrió las puertas de la cárcel y soltó los cepos que sujetaban a los prisioneros. El carcelero de Filipos estaba dispuesto a matarse cuando vio lo sucedido y creyó que sus presos habían huido. Pero Pablo lo detuvo. Entonces, el carcelero hizo la pregunta de todos los tiempos: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» (Hech. 16:30). La respuesta fue muy simple: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hech. 16:31).

El carcelero de Filipos no se suicidó porque Pablo lo detuvo. El apóstol no tuvo necesidad de decirle que se arrepintiera; tampoco le dijo que debía confiar en Dios con todo su corazón. El carcelero ya lo había hecho. Solo le dijo que debía creer. ¡Nada más!

Experimentas una fe salvadora cuando crees con todo el ser que Jesús murió por ti. Cuando el eunuco etíope pidió ser bautizado, Felipe planteó solo una condición para el bautismo: «Si crees de todo corazón» (Hech. 8:37). Evidentemente, creer «de todo

corazón» significaba con todo su ser.

La Biblia es una fuente para la fe. Como es la Palabra de Dios, Dios entra al corazón del ser humano por medio de las Escrituras. Dios lo convence de pecado y de que Jesús murió por su pecado. «Así que la fe es [. . .] por la palabra de Dios» (Rom. 10:17). Como la Biblia es sobrenatural, cuando una persona la lee y cree en ella, la fe comienza a crecer en su corazón. La Biblia promete vida eterna, y la persona que la lea y crea en sus palabras, procederá conforme a las promesas de vida eterna.

La experiencia de nacer de nuevo (la regeneración)

Recuerda la metáfora de la puerta que mencionamos. El lado humano de la puerta se denomina conversión, y el lado divino, regeneración. El individuo regenerado es una persona que nació de nuevo. Regeneración y nuevo nacimiento son dos términos intercambiables.

Nicodemo, un maestro religioso y un hombre rico, se encontró con Jesús de noche. Jesús le dijo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). Nicodemo había recibido una de las mejores educaciones en Jerusalén, pero no era suficiente. Aunque era un líder religioso que servía a Dios, eso no era suficiente. Aparentemente, llevaba una vida santa, pero tampoco era suficiente. Nicodemo debía nacer de nuevo. La regeneración, o el nuevo nacimiento, es un cambio de corazón, obrado por el Espíritu Santo, que da vida eterna a la persona y la predispone a hacer la voluntad de Dios.

Si la conversión es lo que hace la persona, la regeneración es lo que hace Dios. El Señor regenera a la persona mediante el Espíritu Santo cuando el hombre o la mujer «nace del Espíritu» (Juan 3:6, NVI).

¿Cómo experimentamos el nuevo nacimiento? Es muy simple: «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios» (1 Jn. 5:1). Nacemos de nuevo cuando creemos y aceptamos a Cristo como nuestro Salvador. «Mas a cuantos lo recibieron [a Cristo], a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Estos [. . .] nacen de Dios.» (Juan 1:12-13, NVI).

Cuando una persona nace de nuevo, recibe una nueva naturaleza que quiere servir a Dios. La Biblia afirma: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca» (1 Jn. 5:18). No tienes que angustiarte por la frase «no practica el pecado». Según otros lugares de las Escrituras, sabemos que todos los cristianos pecan (1 Jn. 1:8-10). La frase significa que «no peca continuamente».

Cuando has nacido de nuevo, personalmente, tienes una nueva naturaleza que desea servir a Dios, pero aún convives con la vieja naturaleza. Todavía te sentirás tentado a obrar mal. La cuestión dependerá siempre de lo que decidas. ¿Cederás a la vieja naturaleza y pecarás, o conforme a la nueva naturaleza decidirás no pecar?

Para pensar

Pregunta: ¿Cuál es la prueba determinante de que el cristianismo es real para quienes nunca han leído la Escritura o escuchado un sermón?

Respuesta: La vida transformada de un cristiano es la única manera que la mayoría de los incrédulos tienen de ver el cristianismo. Es probable que no lean la Biblia ni escuchen una predicación. Pablo escribió a los tesalonicenses: « . . . habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya [. . .] vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada» (1 Tes. 1:7-8). Por lo tanto, tu vida puede ser un testimonio eficaz para aquella gente que tratas a diario.



EL CRISTIANISMO ES UNA RELACIÓN CONTINUA CON DIOS

Todas las religiones enseñan que sus adherentes pueden relacionarse con su deidad. El cristianismo no es la excepción, pero la relación entre el creyente y Dios es completamente distinta a la de las demás religiones vacías del mundo.

Consideremos brevemente cómo algunas religiones esperan que sus prosélitos se relacionen con el ser supremo. Los musulmanes expresan obediencia absoluta a Alá, y algunos llegan a inmolarsse como terroristas suicidas. Pero no creen en la posibilidad de una relación personal con Alá, porque no creen que Alá sea una persona.

Los budistas pasan largas horas dedicados a la contemplación y la meditación, con la idea de vaciarse y así liberarse de las tristezas de la vida.

La religión hindú enfatiza el dharma (para cumplir los deberes religiosos, los devotos deben observar ciertas costumbres o leyes sociales), lo que resulta en prácticas contemplativas místicas y ascetismo.

Los cristianos meditan en las Escrituras y en la persona de Cristo, para ser llenos del conocimiento de su Señor.

El cristianismo ofrece a los creyentes una relación con Dios que tiene implicaciones en este mundo. Cristo mora en la vida del creyente y le infunde amor por su prójimo, trae paz a un mundo atribulado y da propósito a la vida; lo ayuda a superar sus debilidades y le da la ambición de obrar grandes cosas para Dios.

El principio es Jesús

La noche antes de morir, Jesús sentó las bases de su relación continua con Sus seguidores. Les aseguró: «Hijitos, estaré con ustedes un poco más de tiempo [. . .] adonde Yo voy, ustedes no pueden ir [inmediatamente]» (Juan 13:33, NBLH). Luego explicó: «No los voy a dejar huérfanos; volveré a ustedes» (Juan 14:18, NVI).

También les señaló la relación singular que tendrían con Él: « . . . ustedes en mí, y yo en ustedes» (Juan 14:20, NVI). Sus seguidores estarían en Él: su vida estaría identificada con Cristo. El segundo aspecto de esa relación reposa en « . . . y yo en ustedes». Significa que Cristo moraría en ellos. Para convertirse en cristiano, la persona invita a Cristo a vivir en su vida (Juan 1:12). En ese momento, Cristo viene a morar en el creyente, para ayudarlo a practicar la fe y andar en Sus caminos.

¿Te fijaste en la palabra «huérfanos» en estos versículos? El huérfano no tiene a nadie que lo proteja ni que satisfaga sus necesidades. Jesús les prometió a los cristianos que

no tendrían que vivir ni servir solos, sino que Él estaría con ellos en la adversidad, se encargaría de sus necesidades y los sostendría. Esta relación íntima entre Cristo y Sus seguidores es una característica exclusiva del cristianismo.

Una relación de oración

La primera relación es vincularse a Dios mediante la oración. Jesús se despidió con estas palabras: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Juan 16:24). Prometió a Sus seguidores la posibilidad de relacionarse con Dios el Padre por medio de la oración en Su nombre. Les explicó: «De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará» (Juan 16:23).

En otra ocasión, «les refirió una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar» (Luc. 18:1). En este versículo, la palabra en griego traducida oración es *proseuchamai*. Deriva de dos palabras: *pros* y *euchamai*, que significan respectivamente «en dirección a» y «rostro». Define la oración como una relación cara a cara con Dios. *Proseuchamai* es la palabra más comúnmente usada para referirse a la oración en el Nuevo Testamento, lo que sugiere que el cristiano debería tener conversaciones íntimas con Dios. Por lo tanto, orar no es simplemente pedir cosas, sino que es dialogar y disfrutar una íntima comunión con Dios.

Hay diversas maneras de orar y de relacionarse con Él. Los creyentes pueden interceder por otras personas, pedir por las necesidades, alabar y adorar a Dios, meditar en oración (pensar en Dios), luchar contra los enemigos espirituales, arrepentirse y confesar sus pecados, pedir bendición sobre los demás y orar con fe pidiendo sanidad física.^{[10](#)}

También debo mencionar «orar el Padrenuestro». Esta oración cubre todas las áreas por las que necesito orar. Contiene todo lo que un cristiano debe conocer y todas las maneras en que debería orar. Los cristianos deberían orar el Padrenuestro todos los días.^{[11](#)}

La adoración es quizás la relación continua más íntima que tenemos con Dios. Es lo que Dios quiere de todos los creyentes. Jesús le recordó a la mujer junto al pozo que «el Padre tales adoradores busca que le adoren» (Juan 4:23). ¿Por qué quiere que lo adoren? Porque es lo único que Dios no puede hacer. Él no se puede adorar a sí mismo. Como la adoración sentida brota del corazón, el Señor quiere que Sus seguidores lo adoren y alaben de corazón. Jesús terminó Su conversación con aquella mujer con estas palabras: «Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:24). Sus adoradores deben hacerlo de todo corazón, conforme a las enseñanzas de las Escrituras.

Entre dos mundos

El creyente, en realidad, vive en este presente mundo de maldad y en un mundo celestial. El mundo terrenal está lleno de tentaciones, fracasos, enfermedades y tristezas. En el mundo celestial, el creyente disfruta todas las bendiciones que Cristo le brinda. La

norma debería ser que un creyente se conduzca en este mundo terrenal conforme a los principios que Dios le confiere en el mundo celestial. Además, las promesas del mundo celestial deberían motivarlo a sacrificarse por Cristo en este mundo presente, con la certidumbre de lo que dispone en el mundo venidero.

En el Nuevo Testamento, más de 150 veces se describe al creyente como «en Cristo». ¿Qué significa? Cuando afirma «ustedes en mí» (Juan 14:20, NVI), Jesús da a entender que el creyente debería pensar en todos los beneficios prometidos para él «en los lugares celestiales». ¹² Ha sido escogido en Cristo (Ef. 1:4) y adoptado como hijo (Ef. 1:5). En la salvación, los creyentes morimos en Cristo, pero luego recibimos vida en Él (Ef. 2:5), porque Dios «juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef. 2:6). Los creyentes cuentan con la promesa de una visión celestial.

El creyente está «en Cristo», «para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Ef. 2:7). Los cristianos no son perfectos en este mundo, sin embargo, «en Cristo» se presentan como perfectos ante el trono del Padre. Recibieron la justicia de Cristo (2 Cor. 5:21). Debido a esta maravillosa posición que el cristiano tiene en Cristo, debe conformar su vida diaria y terrenal a los principios celestiales.

Los cristianos viven en un mundo terrenal lleno de maldad, pruebas y fracasos. Enfrentarán tentaciones (Sant. 1:12-13) y a veces caerán en la tentación y pecarán (1 Jn. 1:8,10). Nadie lleva una vida perfecta en este mundo imperfecto. Necesitan arrepentirse, confesar sus pecados (1 Jn. 1:9) y volverse a Dios. Por más que se esmeren, fracasan.

Satanás está vivo y coleando en el mundo, y le encanta confundir a los cristianos, derrotar sus proyectos y acosarlos. Jesús les recordó a Sus seguidores: «Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Juan 15:20). Pero los cristianos tienen una esperanza presente en este mundo de maldad: « . . . y yo en ustedes» (Juan 14:20, NVI), como les prometió Jesús. La contracara de vivir en dos mundos es que Cristo vive en los creyentes y les infunde valentía para enfrentar los peligros, les confiere fuerzas para superar las pruebas, los llena de paz interior en medio de las tempestades, y da constante seguridad interior a los seguidores que son de Él: ellos son parte de Su plan para el mundo. Tienen la permanente promesa de que Cristo está en ellos, «la esperanza de gloria» (Col. 1:27).

Encuentros especiales

Hay ocasiones especiales en la relación del creyente con Dios en las que Él se encuentra con Sus seguidores de una manera excepcional. Las denomino épocas, que el diccionario define como «fecha de un suceso desde el cual se empiezan a contar los años; período de tiempo que se distingue por los hechos históricos en él acaecidos». ¹³

Este momento especial ocurre:

1. cuando la persona se encuentra intencionalmente con Dios
2. en momentos de gran necesidad personal

3. cuando Dios se manifiesta a alguien mediante circunstancias imprevistas
 4. cuando Dios revela algo de Su persona
 5. cuando una persona tiene contacto íntimo con Dios
 6. cuando un creyente se prepara para una tarea específica
 7. cuando la persona probablemente no comprende plenamente todos los elementos misteriosos del encuentro.
- Intencionalmente. A veces, Dios toma la iniciativa de encontrarse con un creyente cuando este menos lo espera. Otras veces, el Señor acude al encuentro del individuo que ora con fervor y no cesa de orar. Jacob luchó con Dios toda la noche, y no quiso soltarlo. Dios escuchó a Jacob y cambió su vida (Gén. 32:24-28). Moisés no aceptó que Jehová enviara un ángel para guiar al pueblo a la tierra prometida. Declaró con fe: «Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí» (Ex. 33:15).
 - Momentos de gran necesidad. En una ocasión, Elías estaba tan desanimado que renunció a todo, pero se arrepintió y reanimó después de encontrarse con Dios. Jeremías, Isaías y Ezequiel se encontraron con Dios cuando vieron que su nación se desmoronaba. Los enormes problemas de su pueblo motivaron a estos profetas a buscar a Dios, pero hubo también quienes se encontraron con Él aun a pesar de su rebeldía. Pablo odiaba a Jesús, pero Cristo se le reveló en el camino a Damasco y le transformó su vida. Pedro había negado a Jesús tres veces; después, el Señor habló con el pescador a orillas del lago de Galilea y le preguntó: «¿Me amas?». Lo maravilloso de estos encuentros es que cuando estos hombres necesitaron a Dios, Él vino a ellos.
 - Encuentros imprevistos. Algunas personas de la Biblia no esperaban encontrarse con Dios. María fue al huerto para ungir un cadáver, pero acabó hablando con el Cristo vivo. Otros, como Abraham, pidieron a Dios que los bendijera y quedaron sorprendidos por la magnitud de la respuesta divina.
 - Un mensaje de Dios. Cuando Dios se encuentra con un individuo, lo hace con un propósito. Por lo general, tiene un mensaje en particular para impartirle o una tarea para encomendarle. Jesús se apareció al apóstol Juan en la isla de Patmos, para encomendarle que escribiera el libro de Apocalipsis. Era una tarea concreta y simple: «Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas» (Apoc. 1:19). Si bien Dios hoy no habla de forma audible, cuando una persona se encuentra con el Señor, Él transmite a su corazón lo que quiere que él o ella sepan.
 - Conocer a Dios íntimamente. Dios quiere que la persona lo conozca íntimamente. Su propósito es que el creyente se encuentre con Él para conocerlo mejor. Por eso, nos exhorta: «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios» (Sal. 46:10). Pablo se encontró con Cristo y aprendió de Él cuando el Salvador se le apareció en el camino a Damasco. Sin embargo, hacia el final de su vida, el deseo del apóstol era «conocerle, y el poder de su resurrección» (Fil. 3:10).
 - Encuentros transformadores. Después de encontrarse con Dios en una época

especial, el cristiano será otra persona. Encontrarse con Dios transformará su vida. El rostro de Moisés resplandecía. Abraham recibió un hijo. Pablo fue llamado al ministerio. Pedro recibió una nueva comisión para el ministerio. Dios transforma la vida de quienes se encuentran con Él.

- Elementos misteriosos del encuentro. Hay muchas cosas sobre una relación con Dios que el creyente no comprende, porque es un ser humano finito y Él es infinito. Dios obra de maneras extrañas y misteriosas. El creyente todavía tiene una naturaleza pecaminosa y, por lo tanto, está ciego espiritualmente y no puede ver algunas de las cosas que suceden a su alrededor. Pablo afirmó: «Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1 Cor. 13:12). Todos los encuentros con Dios tienen algo de misterio. Tal vez Dios no explica todo lo que sucede en tu derredor porque quiere probar tu fe. Quiere determinar si confiarás en Él y le obedecerás. Quiere que te inclines ante Él en adoración.

Para pensar

Un amigo pastor en la iglesia episcopal comienza los cultos con una invocación extraña. Apreciarán su oración después de leer este capítulo. Da la bienvenida a su congregación con las manos levantadas y anuncia: «Hoy puedes tocar a Dios . . . aquí mismo . . . ahora mismo . . . puedes entrar en Su presencia y tocarlo».

Luego mi colega episcopal sonríe a los presentes y les ofrece la esperanza más grandiosa que un pastor puede dar a su congregación: «Pero, más importante aún que tocar a Dios . . . Dios puede tocarte a ti».



EL CRISTIANISMO ES UN ESTILO DE VIDA DISCIPLINADO

Cuando éramos estudiantes de secundaria, fui con Art Winn a cazar ardillas. Estábamos caminando por el fondo de una zanja de unos cuatro metros (cuatro pies) de profundidad cuando el canal se dividió en dos ramales, que rodeaban el campo de un agricultor y volvían a juntarse más adelante, como a 1,5 km (1 milla). Art tomó por la derecha y yo, por la izquierda. Después de separarnos comenzó a llover y, entonces, me refugié bajo las raíces al aire de un roble, que me protegían como si fuera una cueva.

Me quedé varios minutos descansando en las hojas secas, antes de darme cuenta de que tenía mucho frío. Entonces, junté algunas hojas e hice un fuego. Con la luz de las llamas, vi una enorme víbora negra tendida justo a mi lado. Había disfrutado la cueva hasta que la luz me reveló la víbora; entonces, salí de mi refugio. De ningún modo pensaba permanecer allí, ni siquiera para resguardarme de la lluvia.

Lo mismo sucede en la vida cristiana. Un cristiano puede sentirse cómodo con el pecado en su vida hasta que la luz de Cristo le revela su verdadera naturaleza. El pecado podría ser tan peligroso como una serpiente, o simplemente podría ser algo que lo hace sentir incómodo en su situación presente. Sea cual fuere el caso, una vez que es salvo, el creyente debería comenzar a vivir de otra manera.

Jesús señaló los cambios que esperaba en Sus seguidores: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Luc. 9:23). Negarse a sí mismo es el primer paso para una vida disciplinada.

En un sentido, la salvación transforma a la persona interior, pero Jesús espera que el recién convertido discipline su vida exterior para conformarla a Sus expectativas. Pablo explica qué espera Dios: «... les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable (agradable) a Dios, que es el culto racional de ustedes. Y no se adapten (no se conformen) a este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente, para que verifiquen cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno y aceptable (agradable) y perfecto» (Rom. 12:1-2, NBLH).

¿Por qué la necesidad de ejercitar la autodisciplina? Jesús explica que la vieja naturaleza desea todo tipo de mal: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre» (Mat. 15:19-20). Por eso, el cristiano debe ser diligente y dominarse para no ceder al pecado ni a su vieja naturaleza.

En vista de esto, el creyente debe adquirir buenos hábitos que agraden a Dios y conduzcan a la piedad. Pablo afirma que los cristianos deberían «renunciar a la maldad y a los deseos mundanos, y a llevar en el tiempo presente una vida de buen juicio, rectitud y piedad» (Tito 2:12, DHH).

Los siguientes principios procuran guiar a los cristianos a tener una vida disciplinada.

1. Los cristianos deben tener disciplina personal para hacer lo que Dios ordena. La Confesión de Fe de Westminster pregunta: «¿Qué es el pecado». La primera parte de la respuesta es: «El pecado es la falta de conformidad con la ley de Dios . . . ». ¹⁴ Todo aquello que no se conforme a la Palabra de Dios es pecado.

Cuando una madre le pide a su hijo que le compre pan, ella espera que él le obedezca. ¿Cómo debería reaccionar si lo encontrara en la esquina jugando a la pelota? De ningún modo estaría contenta. De la misma manera, Dios espera que los cristianos maduren en su vida interior mediante la oración (Juan 14:13-14), el estudio de las Escrituras (2 Tim. 2:15) y el testimonio a los incrédulos (Hechos 1:8), además de muchos otros mandatos que suponen una actitud positiva y sana.

Dentro de la vida comunitaria de la iglesia, los cristianos deben ofrendar el diezmo (Mal. 3:10), asistir a las reuniones de la iglesia (Heb. 10:25) y amar a los demás cristianos (Juan 13:34). Estas son solo unas pocas áreas en las que los cristianos deberían acostumbrarse a obedecer. La Biblia enseña que «al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado» (Sant. 4:17).

2. Los cristianos deben tener disciplina personal para abstenerse de hacer lo que Dios afirma que está mal. Los Diez Mandamientos son advertencias que comienzan con una prohibición: «No . . . ». Cuando los cristianos transgreden los mandamientos de Dios, no solo pecan, sino que a la vez desarrollan hábitos que perjudicarán visiblemente su vida. Dios afirma que está mal matar, mentir, cometer adulterio y tener ídolos (Ex. 20:3-17).

Los mandamientos de Dios no son gravosos; Él no pretende que la vida sea aburrida. Muchos piensan equivocadamente: «Se me terminaron los placeres ahora que soy cristiano». Dios no es un padre fastidiado que no quiere que Sus hijos la pasen bien. Jesús afirmó: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10).

Sin embargo, como un padre inteligente, Dios sabe que algunas cosas son perjudiciales para Sus hijos. ¿Qué padre dejaría jugar a sus hijos cerca de una autopista con mucho tráfico o en un campo con víboras? Cuando Dios dice «no», los cristianos no deberían rebelarse ni probar cuánto pueden acercarse al límite. Cuando los cristianos entienden que el propósito de Dios es para su seguridad, le obedecen con entusiasmo.

3. Los cristianos deben tener disciplina personal para hacerle caso a su conciencia. La conciencia es un regulador moral que transmite información al cerebro. Le informa lo que considera que está bien o mal. Se asemeja a un termostato, cuando la temperatura desciende mucho, la calefacción se enciende. Cuando la conciencia le notifica que algo no está bien, sería peligroso desatenderla. Al nacer, la conciencia es pura, refleja los estándares de Dios porque los individuos fueron creados a Su imagen. La conciencia le informa a una persona que es malo asesinar, robar, decir groserías y mentir. La conciencia es la ley moral de Dios grabada en el corazón.

Yo me crié con un padre alcohólico y vi el dolor que le causó a mi madre. Nuestra familia pasaba muchas necesidades por causa de su vicio. No sé si una persona se vuelve alcohólica por influencias externas o por genes transmitidos de padres a hijos, pero yo siempre he tenido temor a todas las bebidas alcohólicas. Temía que pudiera convertirme en alcohólico.

Una vez rechacé participar de la comunión porque servían vino. Hasta el día de hoy, no como ninguna carne cocinada en alcohol, aunque me informan que este se evapora en la cocción. Mi conciencia me dice que si llegara a probarlo, podría convertirme en alcohólico. Algunos tal vez piensen que soy cerrado, pero yo me guío por mi conciencia: «... para el que piensa que algo [una comida o bebida] es inmundo, para él lo es» (Rom. 14:14, paráfrasis del autor).

Aunque considero que es un pecado ignorar la conciencia, también sé que no siempre podemos confiar en ella. La conciencia de una persona puede estar «insensibilizada» para pensar que lo malo es bueno, o que lo bueno es malo, porque tienen «cauterizada la conciencia» (1 Tim. 4:2). Es como una cicatriz en la piel, resultado de una quemadura. La conciencia puede cauterizarse cuando desatendemos continuamente sus instrucciones.

Primero, no todo lo que la conciencia aprueba es necesariamente bueno. Algunas personas piensan que es permisible robar o mentir en determinadas condiciones. Segundo, la conciencia no notificará a la persona de todas las acciones malas. La conciencia depende del entrenamiento que ha recibido. Algunas personas cometen adulterio porque ignoran lo que Dios ha enseñado sobre la pureza sexual. Tercero, el individuo debe obrar de acuerdo a su conciencia aun cuando los demás estén en desacuerdo con él. Los cristianos quieren tener la conciencia pura, y esto significa que desean vivir en paz consigo mismos. Han disciplinado su conciencia para pensar bien, y dominan sus acciones para conformarse a los dictados de su conciencia.

4. Los cristianos deben tener disciplina personal en sus pensamientos, para no albergar pensamientos impuros. Las tentaciones visuales abundan. A los hombres les agrada hojear las revistas Playboy o ir a la playa a mirar bikinis. Algunas esposas son comprensibles y justifican esta actitud: «No hay problema en mirar, mientras no toquen nada». Sin embargo, aun en esta época de «espectadores de cuerpos», los cristianos deben mantener pensamientos limpios (2 Cor. 10:4-5; 11:3). Jesús fue claro: «Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mat. 5:28). Por eso, los creyentes no deberían dejar que los malos pensamientos contaminen su mente; aunque esto no significa que no serán tentados con ideas impuras. Un famoso evangelista explicó en cierta ocasión: «No puedes ser responsable de las aves que sobrevuelan sobre tu cabeza, pero sí será tu culpa si anidan en tu cabello».

Sin embargo, los pensamientos pecaminosos no están solo asociados a la sexualidad. Hay una amplia variedad de deseos. Algunas personas desean tener mucho dinero, otras desean cosas que consumen la mente. El décimo mandamiento es: «No codiciarás la casa de tu prójimo, [. . .] la mujer de tu prójimo, [. . .] ni cosa alguna de tu prójimo» (Ex. 20:17).

Los pensamientos impíos llevan a acciones pecaminosas. «Porque cual es su

pensamiento en su corazón, tal es él» (Prov. 23:7). Antes de que Eva pecara al comer el fruto prohibido, ella lo codició con la mente. Pablo advirtió: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo» (2 Cor. 11:3). El primer paso hacia el pecado comienza cuando la mente piensa en la acción. Entonces, como cristianos debemos disciplinar nuestros pensamientos. La Biblia aconseja llevar «cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Cor. 10:5).

5. Los cristianos deben tener disciplina personal para mantener su cuerpo espiritualmente limpio. Algunos tienen la siguiente actitud: «Mi alma es eterna, por lo tanto, ignoraré el cuerpo». Como resultado, algunas personas comen en exceso (glotonería) y alimentan un cuerpo ya obeso, corren el riesgo de enfermarse de cáncer de pulmón por fumar o beben alcohol y se exponen a una posible adicción o incluso cirrosis. Los creyentes no pueden separar su cuerpo de su obligación como cristianos. Pablo preguntó: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1 Cor. 3:16). La manera en que tratan su cuerpo refleja su disciplina hacia las cosas espirituales y viceversa.

Al niño pequeño le da una rabieta y dice: «¡Quiero hacer lo que quiero!». Sin embargo, el padre sabe que si lo deja jugar con fuego, podría quemarse y quedar con una cicatriz de por vida. Al adolescente tal vez le agrada fumar marihuana porque hace que se sienta bien, pero algunos afirman que más adelante en su vida ese joven podría tener lagunas mentales cuando se enfrente a la adversidad o a las tensiones. En vez de ser un discípulo consagrado, el adolescente desarrolla una muleta emocional para enfrentar los problemas.

6. Los cristianos deben disciplinar su relación con las demás personas, para que las decisiones ajenas no los hagan tropezar. Los amigos de los cristianos son importantes porque les permiten determinar la perspectiva sobre la vida. «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos» (2 Cor. 6:14) advierte la Biblia. Esto no les prohíbe trabajar con no cristianos en la misma tienda ni ser socios del mismo club. Pero sí significa que no deberían casarse con un inconverso ni asociarse de tal manera que una decisión de la otra parte determine la dirección de su vida cristiana.

La Biblia enseña: «Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas» (2 Cor. 6:17-18). Según este versículo, los cristianos no deberían asociarse con personas cuyas decisiones destruirán su andar con Cristo.

7. Los cristianos deben tener disciplina personal para no afectar desfavorablemente a los demás. Cuando Caín mató a Abel, preguntó: «¿Acaso soy guarda de mi hermano?». Muchos han repetido esa pregunta, señalando por supuesto que no son responsables de los demás. Sin embargo, John Donne observó: «Ningún hombre es una isla». Los creyentes viven en una comunidad humana donde todas las acciones son objeto de influencias y producen impacto en otros.

La Biblia usa la expresión piedra de tropiezo para enseñar que ser una influencia negativa en los demás es malo. Pablo advierte: «Pero tengan cuidado, no sea que esta libertad (este derecho) de ustedes de alguna manera se convierta en piedra de tropiezo

para el débil» (1 Cor. 8:9, NBLH). Significa que los creyentes no pueden hacer lo que se les antoje, especialmente si sus acciones pudieran perjudicar a otros. Es una perspectiva espiritual. La libertad del cristiano no debería herir espiritualmente a nadie.

En muchos pueblos del Mediterráneo, las carnicerías vendían carne que había sido sacrificada a los ídolos. Los nuevos cristianos que antes habían adorado a esos ídolos se negaban a comerla porque sentían que de hacerlo estarían reconociendo a los ídolos, es decir, pecarían porque harían algo contrario a su conciencia. Sin embargo, unos pocos cristianos no tenían problema en comer la carne ofrecida a los ídolos, porque entendían que «la carne solo es carne». Pablo era de esta opinión, ya que «ni porque comamos, seremos más, ni porque no comamos, seremos menos» (1 Cor. 8:8). Sin embargo, aclaró que estaba mal comerla si otras personas se sentían heridas por lo que él comía. «Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano» (1 Cor. 8:13). ¿Cuál es el principio que nos rige hoy? Los cristianos deben tener disciplina personal para asegurarse de no herir a otros cristianos con su «libertad».

Todos los creyentes serán tentados a pecar. Entonces, deben tener la disciplina de decir «no» a la tentación. Pablo recuerda a los cristianos: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Cor. 10:13). La cuestión no es si serán tentados, sino cómo responderán a la tentación. Pueden y deben tener dominio propio para responder «no». No obstante, para salir victorioso de la tentación, los creyentes deberían practicar constantemente resistirla.

Cuando cedan a la tentación, como sin duda cederán, no deberían permitir que un pecado destruya su andar con Dios. En esos casos, deben aplicar la receta de Dios para restaurar la comunión con Él: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn. 1:9). Confesar significa que estamos de acuerdo con Dios sobre el pecado. Para los creyentes, el pecado es espantoso y destruirá su testimonio cristiano. «El que encubre sus pecados no prosperará» (Prov. 28:13). Pero fíjate en la segunda parte de este versículo: «... mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia».

Aprende a vivir en rectitud

Una adolescente estaba parada en la cornisa de un edificio en llamas. Un bombero en el extremo de la escalera no podía aproximarse más que para tomarla de uno de los brazos.

«Agárrate de mi brazo, y yo me agarraré también del tuyo. Salta. Confía en mí», gritaba.

De manera análoga, aprender a conquistar constantemente al pecado tiene los dos mismos ingredientes. Hay que dejar el pecado y saltar a los brazos de Dios. Para obtener la liberación, se requiere un salto de fe. Sin embargo, el divino Bombero no está restringido por limitaciones humanas. La liberación del creyente está en Jesucristo.

Hamacarse en una mecedora y luego orar pidiéndole a Dios que nos quite el mareo no es lógico. Hay que apartarse del origen de la tentación. Dios espera que los creyentes

vivan alejados del pecado y cerca de la justicia. No basta con dejar de pecar, deben vivir en santidad. Es lo que se conoce como la vida cristiana victoriosa. El creyente debe aprender y practicar las siguientes «disciplinas» para tener la victoria.

1. Los cristianos aprenden «disciplina» cuando se dejan controlar por su nueva naturaleza. Pablo explicó: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Cor. 5:17). La persona que aceptó a Cristo es una nueva creación; ya no desea las cosas de su vida anterior, sino que tiene el deseo nuevo de servir a Dios. Estos nuevos deseos podrían ilustrarse con la savia de un árbol en la primavera, pasado el período de dormición. La savia (nueva vida) empuja las hojas muertas; a medida que la nueva naturaleza produce nuevos deseos en el creyente, este descarta los viejos hábitos de su vida.

Un programa de disciplina o de reforma no es suficiente. Contar hasta diez cuando nos enojamos no es la victoria que Dios quiere darnos. El Señor te ha dado una nueva naturaleza que puede controlar tu enojo, pero tú debes permitir que esta nueva naturaleza domine tu vida. Tienes que aprender esta disciplina.

El desagrado por las cosas mundanas aumentará conforme adquieras un gusto por las cosas espirituales. Perderás algunos hábitos de inmediato, otros te llevarán un poco más de tiempo.

2. Los cristianos aprenden la disciplina de agradecer a Dios por lo que Cristo hizo a su favor. Pablo escribió: «Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col. 3:17).

Los creyentes deshonran a Cristo cuando continúan dejándose controlar por sus viejos hábitos pecaminosos. La Biblia describe a quienes no son salvos como «hijos de desobediencia» (Ef. 2:2). Cuando una persona se convierte a Cristo, quiere obedecerle. Todo lo que hacen debería ser para gloria de Dios. Si un cristiano no puede agradecer a Cristo por algo que hace, será mejor que deje de hacerlo.

3. Los cristianos deben disciplinarse para prevenir los peligros y la aflicción que engendra el pecado. Sé de un profesor que fue trasladado de urgencia al hospital, con calambres abdominales. Los análisis no revelaron nada. Unos meses después, toda la familia tuvo que ir a la emergencia con los mismos síntomas. Nuevamente, no encontraron nada. Un amigo con quien habían viajado a México los llamó para sugerirles una posible causa. Ambos habían comprado cerámicas mexicanas que no había sido debidamente esmaltadas en el horno. La pintura con plomo se derretía en el chocolate caliente y provocaba la enfermedad.

Aunque una cerámica mal esmaltada no es un pecado, los principios son los mismos. El pecado de un creyente puede afectar a toda su familia. Tal vez algunas de las películas «nuevas» parezcan inofensivas a un creyente, pero sus hijos adolescentes podrían consumirse con pasión.

No es posible librarnos de todas las malas influencias en la vida, porque vivimos en un mundo de maldad, pero podemos desarrollar disciplinas para prevenirnos de aquellas cosas que podrían dañarnos. Jesús oró: «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (Juan 17:15).

4. Los cristianos deben disciplinarse para dar un firme testimonio de Cristo. Después

de convertirme, temía que mi testimonio se viera deficiente ante algunos de mis amigos. «¿Cómo podría mantenerme limpio?», pensaba. Le dije a un compañero de secundaria que lamentaba las cosas que habíamos hecho juntos antes de mi salvación. Nunca más se me acercó.

La Biblia exige que el cristiano se abstenga de «toda especie de mal» (1 Tes. 5:22). Pablo les recordó a los corintios:

En mi carta les escribí que no anduvieran en compañía de personas inmorales. No me refería a la gente inmoral de este mundo, o a los codiciosos y estafadores, o a los idólatras, porque entonces tendrían ustedes que salirse del mundo. Sino que en efecto les escribí que no anduvieran en compañía de ninguno que, llamándose hermano, es una persona inmoral, o avaro, o idólatra, o difamador, o borracho, o estafador. Con esa persona, ni siquiera coman. (1 Cor. 5:9-11, NBLH)

Tienes que relacionarte con inconversos para tener oportunidades de dar tu testimonio, pero no necesariamente necesitas andar con cristianos «que pecan». Como creyente, deberías proteger tu testimonio.

5. Los cristianos deben disciplinarse para vivir conforme a sus prioridades. Si no cuentas con mucho tiempo para leer, sería mejor que no lo utilizaras en lecturas superficiales o artículos de entretenimiento. Jesús dijo: «Mas buscad primeramente el reino de Dios» (Mat. 6:33). La prioridad en la vida de un creyente es la madurez espiritual. Deberías leer libros y revistas cristianas que enriquezcan tu vida. Dedicar tiempo a la lectura de la Biblia no supone dejar de leer diarios o revistas amenas. Mateo 6:33 continúa: « . . . y todas estas cosas os serán añadidas». El principio implica priorizar tu tiempo, dinero y energía para crecer espiritualmente, y relegar las restantes actividades a un segundo o tercer lugar.

6. Los cristianos deberían disciplinarse porque se están preparando para el cielo. En el cielo no habrá maldad: apartarse del mal aquí en la tierra es un anticipo del cielo.

La joven deja de salir con otros hombres cuando se enamora de su futuro marido. No espera hasta el día de su boda para dejar de salir con otros. Se prepara para vivir con su novio pasando tiempo con él. De la misma manera, los cristianos deberían aprestarse a pasar la eternidad con el Esposo, Jesucristo. A quienes no les agrada la idea de vivir solo para Él tal vez tengan algún problema en su andar con Dios.

Los cristianos deberían apartarse del mal en esta vida, y vivir como si ya estuvieran en el cielo. Pablo explicó: «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (Fil. 3:20). Hasta aquel día, sin embargo, debes decidir vivir una vida pura. Pablo oró: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes. 5:23).

Tengo un conocido que tenía problemas con su auto: el motor se ahogaba y se apagaba. El mecánico verificó las bujías, la bomba de combustible, el distribuidor . . . pero no encontró el problema. Al final, el jefe del mecánico le sugirió que soplara por la tubería de combustible. El problema era una basurita. Era más pequeña que un cuarto de cucharadita de té, sin embargo, era suficiente para impedir el paso del combustible. El pecado es como una basurita en la tubería de combustible, porque hace que el creyente

pierda su capacidad de hacer la voluntad de Dios y, entonces, caiga en malos hábitos.

La victoria como meta de la vida

Mientras predicaba en una pequeña congregación en Ontario del Norte, vi que el Espíritu se movía con poder y 27 personas pasaron al frente para recibir la salvación, en una iglesia de 85 miembros. Me arrodillé junto a un hombre en el altar. «Tengo un pecado repugnante en mi vida», me confesó este líder de la iglesia. Todo pecado es repugnante para Dios, pero según los criterios humanos, no me pareció que su pecado fuera tan espantoso.

«Necesito la victoria», y derramó su alma a Dios en oración. Su sinceridad y angustia me conmovieron. Nunca había visto un hombre que deseara tanto vencer un hábito como él.

Así es el deseo de los verdaderos hijos e hijas de Dios. Quieren agradar a Dios y ser puros y libres del pecado. Están dispuestos a disciplinar todas las áreas de su vida para tener una relación espiritual con Dios. Ojalá todos los cristianos desearan la victoria sobre el pecado como este hombre. Quienes no la deseen tal vez es porque ignoran lo que significará la victoria en sus vidas y lo que puede hacer por ellos.

Para pensar

Pregunta: ¿Cuál debería ser la principal motivación para la disciplina personal en la vida de un cristiano?

Respuesta: Algunos creyentes desarrollan hábitos espirituales y disciplinan su vida porque aman profundamente a Dios. Tienen una razón positiva para el dominio propio y la autodisciplina.

Otros, han sido heridos por el pecado. Han jugado con fuego y saben lo dolorosas que son las quemaduras. No desean volver a quemarse, por lo tanto, se disciplinan para mantenerse alejados del fuego.

Dios usa diversas razones para enseñar la autodisciplina a Su pueblo. Lo que nunca deberías hacer es disciplinar tu vida por legalismo. O sea, cumplir una regla por el mero hecho de cumplirla. El legalismo es simple «modificación de conducta». Mira siempre más allá de la regla o del principio, y obra bien en virtud de un propósito eterno. Necesitas tener disciplina personal porque tienes una relación con Cristo y para la gloria de Dios.



EL CRISTIANISMO ES UNA COSMOVISIÓN SINGULAR

Se cuenta que llevaron un elefante a donde estaban cuatro ciegos y les pidieron que describieran al animal que no podían ver. El primer hombre estiró la mano, tocó la trompa del elefante y concluyó que era como una larga manguera. El segundo palpó una de las piernas y dedujo que se asemejaba al tronco de un árbol. El tercero examinó el costado del elefante y le pareció que era como una pared. El cuarto le tocó la cola y dedujo que era una cuerda. Los cuatro ciegos tocaron al mismo elefante, pero concluyeron en cuatro cosas diferentes sobre el animal. Cada uno lo definió basado en su experiencia personal, y describió con precisión lo que sintió. ¡Pero los cuatro se equivocaron! La imposibilidad de ver todo el elefante resultó en una descripción errada.

En la actualidad, la gente tiene muchas maneras de describir la vida y el mundo y, a menudo, son contradictorias. Algunos ven a la especie humana como esencialmente buena, mientras que otros la consideran básicamente mala. Hay quienes conciben el mundo como producto de un proceso conocido como la evolución. Los cristianos entienden que el mundo es obra del Creador. Algunas personas opinan que el hombre es el centro del universo, mientras que para los creyentes, el centro de la vida es un Dios soberano y todo avanza hacia Su finalidad. En cada caso, cada persona tiene valores que son fundamentales para la manera de concebir el mundo y su función en esta vida.

La perspectiva del cristianismo sobre la vida es una cosmovisión singular y única, consistente en una serie de valores innegociables, que constituyen propiamente la visión cristiana de la vida. Es una cosmovisión teocéntrica (porque concibe a Dios en el centro de toda la vida): el hombre no es el centro (a diferencia de la cosmovisión humanista que comprende al hombre como el centro de todas las cosas). La cosmovisión cristiana resulta de examinar la evidencia para ver todo el panorama del plan de Dios para el mundo (Dios controla los miles y miles de millones de estrellas) y la visión microscópica del plan de Dios para cada individuo (el poder de Dios mantiene unidos a los átomos, Col. 1:17).

Varias maneras de definir nuestro mundo

Vivimos en una época de opciones y, por lo tanto, a nadie sorprende que diferentes personas entiendan la vida de diferente manera. El poder de decisión es un valor fundamental en una sociedad multicultural y pluralista. Por eso, en la nueva comunidad global del mundo, se celebra la diversidad. Cuando nuestros padres y abuelos salían a

comer a un restaurante, probablemente se trataba de un salón familiar en el pueblo, con un platillo especial del día. Aunque hubieran podido comer otros platillos, la mayoría de los clientes pedían el del día. ¡Hoy es diferente! Las familias en la actualidad viven eligiendo. Una noche, comen comida mexicana; otra vez, cenan un plato italiano; y al día siguiente, piden comida china.

Así como nuestros cuerpos se adaptan a los diversos alimentos que ingerimos, nuestras mentes enfrentan un desafío similar. Vivimos en un mundo matizado por una profusión de cosmovisiones distintas e incompatibles. Una persona cree que evolucionó de un pedazo de lodo sobre una roca en el fondo del océano primigenio. El evolucionista piensa en la especie humana como un animal que debe adaptar su comportamiento al medio ambiente. El existencialista postula la autopercepción y el descubrimiento de uno mismo, para que la humanidad sea dueña de su propio destino. El capitalista promueve la prosperidad económica personal para que todos tengan un estilo de vida materialmente beneficioso. El marxista insiste en que la codicia capitalista mantiene a las masas en la pobreza, por lo tanto, el comunista vive para el bien común del partido. El místico oriental promueve la resistencia pasiva. El musulmán fundamentalista recluta terroristas suicidas para destruir al gran Satanás, los extranjeros capitalistas.

En el pasado, en las sociedades occidentales, las generaciones transmitían los valores a través de la familia y la parentela, las escuelas, las iglesias y otras asociaciones que eran parte de la vida comunitaria. Estas instituciones tenían un discurso común; había poca divergencia de sus normas.

Una persona nacía en una cultura que pensaba de determinada manera sobre la vida y adoptaba esa interpretación del mundo. La generación que le sucedía pasaba por la misma «aculturación». Cada generación, en general, desarrollaba la misma cosmovisión. En la actualidad, eso ya no es así. Proliferan los diversos discursos que anuncian cómo se debe vivir y qué valores adoptar. En Estados Unidos no se percibe una «manera correcta» de entender el mundo.

En una era de tolerancia, signada por las ansias de encontrar una armonía entre cosmovisiones divergentes, muchos afirman que no importa lo que se piense: solo importan las acciones. Por supuesto, la manera de pensar siempre influye en la conducta.

Tengo un amigo que nació en un hospital católico, fue atendido por un doctor judío, y se crió dentro de un hogar evangélico conservador. Cuando le preguntan cuál es su religión, contesta: «Confundido».

Las generaciones del siglo XX han sido inundadas por diversos mensajes, provenientes de diferentes lugares, y el resultado final es una generación confundida. Algunas personas están tan aturcidas que son incapaces de reconocer la confusión que domina sus ideas. Tienen dificultad para evaluar las diferentes cosmovisiones y no se deciden por una que les resulte. En su confusión, muchos adoptan lo que podríamos llamar «un menú de opciones». Así como cuando comemos en un restaurante de autoservicio seleccionamos diferentes comidas de la barra, la gente hoy elige diversas maneras de concebir la vida para formarse su propia cosmovisión combinada.

El peligro de una cosmovisión basada en un «menú de opciones» es que quienes comen solo lo que se ofrece en la barra del restaurante de autoservicio no siempre

consumen una comida nutricionalmente equilibrada. Y quienes buscan construir una cosmovisión sintetizada a partir de muchas opiniones contradictorias a menudo acaban heridos.

El menú de opciones es disfuncional porque las diferentes cosmovisiones suelen ser irreconciliables, y aun nocivas para la salud emocional y física del individuo. Por ejemplo, tanto el cristianismo como el islam creen en «un Dios», lo que podría llevarnos a pensar que tienen mucho en común, cuando en realidad, son visiones radicalmente opuestas. Dios es el centro de cada religión, pero cada comunidad de fe lo define de diferente forma. Ningún líder musulmán podría confesar que Alá fue «el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». Se opondrían y no tolerarían esta descripción común de Dios según las Escrituras cristianas.

Preguntas para tu cosmovisión

Una cosmovisión solo es útil cuando ayuda a entender realmente el mundo. Para formarse una cosmovisión personal, el individuo primero debe responder las preguntas fundamentales de la vida:

- ¿De dónde vengo?
- ¿Por qué estoy aquí?
- ¿Por qué sufro?
- ¿A dónde voy?
- ¿Cómo sé lo que sé?

Cuando una persona es capaz de responder adecuadamente estas preguntas, entonces, está comenzando a entender su mundo. Si se comparan las respuestas cristianas con las de otras cosmovisiones, resulta claro que el cristianismo es una cosmovisión singular.

¿De dónde vengo?

La primera pregunta que es imprescindible responder es: «¿De dónde vengo?».

El pequeño niño corrió a la cocina y le preguntó a su mamá de dónde venía. La madre pensó que todavía era muy pequeño para entrar en detalles sobre la sexualidad, y prefirió darle una larga y pormenorizada explicación sobre la concepción. El niño la interrumpió: «¡No! Eso no importa. El hijo del vecino vino de Toledo, y yo solo quiero saber de dónde vengo yo».

Tal vez nos produzca gracia este malentendido sobre los orígenes, pero la pregunta no se limita a los orígenes personales, sino al origen de la especie humana. ¿Cuál es el origen de la especie humana?

Entender el origen de la humanidad es disponer de un contexto para entender la vida. Por eso los psicólogos invierten tiempo en estudiar la historia familiar de sus clientes. Pero la pregunta sobre los orígenes no es simplemente observar la historia de la familia. Charles Darwin postuló que el hombre original fue resultado de la evolución: El origen de las especies. Los cristianos no concuerdan con esta teoría, porque la Biblia enseña que Dios creó al primer hombre a Su imagen y, por lo tanto, todos los seres humanos deben rendir cuenta a su Creador.

La cultura popular entiende que la teoría darwinista de la evolución, en la cual los seres más complejos evolucionaron a lo largo del tiempo, es una respuesta adecuada a la primera pregunta. Cada vez más, en la comunidad académica como en la científica se cuestiona la hipótesis de Darwin, pero la opinión popular cambia con lentitud. ¿Por qué? Porque en casi todas las escuelas públicas de Estados Unidos y de otros tantos países suponen que la evolución es verdad y la mayoría de las personas la aceptan. Si creyeran que Dios creó al hombre, se verían obligadas a vivir conforme a las «leyes» de ese Creador. Como la mayoría desea estar libre de restricciones externas, se rechaza la creación y se prefiere la evolución.

Hay cuatro preguntas que los evolucionistas darwinianos no han podido contestar. La primera es: «¿Dónde está el eslabón perdido?». Cuando los paleontólogos evolucionistas miden y comparan la capacidad cerebral de los primates y la especie humana, hay una diferencia sustancial insalvable: no hay ningún resto fósil fiable que dé cuenta de ella. La teoría de Darwin no dispone de datos objetivos que vinculen los animales con la especie humana.

La segunda pregunta se relaciona con el proceso de cambio que posibilita la evolución. Cuando se observan mutaciones dentro de las especies, estas tienden a ser degenerativas y resultan en derivados inferiores. Por lo tanto, es razonable preguntarse cómo podría el hombre haber evolucionado hasta ser el ápex (el superior) de los seres vivos cuando los hechos sugieren que el proceso de evolución avanza en el sentido opuesto, es decir, que retrocede.

La tercera dificultad para el evolucionista consiste en el origen de la vida propiamente dicha. Los cristianos enseñan que la creación se produjo ex nihilo: Dios creó todo de la nada. Además, tanto los científicos evolucionistas como los cristianos creacionistas concuerdan en que la generación espontánea no es un fenómeno actualmente existente en el universo. Por lo tanto, los evolucionistas no son capaces de determinar dónde se originó la vida. No pueden explicar el origen de la vida si no hubo un Dios que le diera origen.

Por último, hay una oposición intransigente y, a menudo, irrazonable, de parte de los evolucionistas al diseño inteligente. La respuesta normal de la comunidad científica es estudiar y recopilar datos para determinar la validez de sus teorías. Sin embargo, los evolucionistas aun se niegan a considerar las propuestas de las Escrituras. Dan por supuestas las leyes de la evolución, pero se niegan a reconocer la existencia de un dador de leyes. Conciben un universo que opera en equilibrio, pero no desean creer ni analizar los fenómenos que sugieren un diseño inteligente.

Los cristianos creen que Dios (Su diseño inteligente) creó todo de la nada. La Biblia comienza con esta afirmación: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gén. 1:1). El apóstol Juan declara: «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1:3). El escritor de la epístola a los Hebreos enseñó que el universo fue formado «por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía» (Heb. 11:3). La creación por Dios es fundamental a la naturaleza misma de la fe cristiana.

Las leyes básicas de la naturaleza constituyen uno entre muchos ejemplos de

concordancia entre la ciencia y las Escrituras. Nuestro mundo físico está gobernado por leyes de naturaleza que son constantes e inmutables. La existencia de estas leyes sugiere un legislador que dio origen al universo. Los cristianos creen que Dios creó todo y estableció las leyes que rigen al mundo.

La unidad inherente de la especie humana es otro fenómeno que la cosmovisión cristiana explica de mejor manera. Pablo les dijo a los atenienses: «Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación» (Hech. 17:26). Esta premisa es la base común que posibilita la relación y el trabajo mancomunado de diversos pueblos para alcanzar algún grado de armonía entre las naciones y las comunidades étnicas. En cambio, si la humanidad se originó a través de varios «mutantes humanos» en diferentes partes del mundo, no hay razón esencial para la unidad de la especie humana ni ninguna razón ética para insistir en respetar los diversos grupos humanos.

Los cristianos creen que Dios creó la especie humana y, por lo tanto, los individuos no tienen vida independiente de Dios. Los creyentes consideran que el ser humano es la expresión suprema de la creación de Dios en la tierra y el responsable de la debida administración del planeta. Aunque los cristianos entienden que los seres humanos tienen muchas limitaciones, también afirman que son algo maravilloso. Creen que la facultad de las personas de pensar, sentir y decidir es reflejo de la imagen de Dios a la que fueron creados.

¿Por qué estoy aquí?

Si soy un ser creado, entonces he sido creado por una razón. Sin embargo, si solo soy resultado del azar, es difícil creer que tengo un propósito significativo en la vida. A medida que la cultura rechaza su fundamento cristiano, se esfuerza por encontrar un sentido superior para la vida.

El materialismo es una cosmovisión dominante que sugiere que la riqueza y la prosperidad son la razón más válida de la vida. Esta visión está bien expresada por un autoadhesivo popular que define la regla de oro como «aquel que tiene más reglas de oro». Sin embargo, deberíamos aprender de las historias de muchas personas ricas que tienen dificultad para encontrar sentido a su vida en la acumulación de bienes materiales.

Parecería estar surgiendo un nuevo materialismo que procura compensar este problema del egoísmo y la codicia mediante el uso de las riquezas a favor de los demás, a saber, el alivio de la pobreza, el desarrollo de la educación, etc. Si bien esta manera de pensar podría infundir un sentido de propósito y de significado a algunos, aún cabe preguntarse si ayudar a los demás es en sí y de por sí solo razón suficiente para explicar por qué estoy aquí.

Mientras que los cristianos creen que los esfuerzos humanitarios son buenos, incluso esenciales, debe existir otra razón para ayudar al prójimo. Los cristianos creen que existen para glorificar y servir a Dios, y una manera de servicio es ayudar al prójimo.

El viejo catecismo presbiteriano comenzaba con la pregunta: «¿Cuál es el fin principal y más noble del hombre?». La respuesta era: «Glorificar a Dios y gozar de él para

siempre». Esta pregunta encaminaba a la persona hacia Dios y Su propósito para su vida. Jesús enseñó: «Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:24). Significa que el propósito de la vida es adorar a Dios y servirle.

La diferencia esencial entre el materialismo y la fe cristiana radica en la diferencia entre el hombre y Dios. El materialismo es una cosmovisión antropocéntrica, expresada en la actitud: «¿Qué gano con esto?». En cambio, los cristianos tienen una cosmovisión teocéntrica, que Pablo resumió como sigue: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Fil. 1:21).

¿Por qué sufro?

Los problemas y el dolor son parte de la experiencia humana y nos llevan preguntarnos: «¿Por qué sufro?». Todas las cosmovisiones que intentan interpretar la vida se plantean esta pregunta. Una vez más, la respuesta muestra lo distinta que es la cosmovisión cristiana respecto a otras.

Uno de los valores básicos del islam es la sumisión a Dios. Los cristianos comparten este valor, pero los musulmanes tienen dificultad para encontrar una fuerza que influya en la vida aparte de Dios. Por lo tanto, ante la pregunta «¿Por qué sufro?», el islam simplemente responde: «Porque es la voluntad de Alá».

El sufrimiento plantea un problema difícil a los cristianos, quienes también creen que la vida es mejor cuando la persona se somete a Dios y a Su voluntad. Pero los cristianos saben que Dios no puede causar el sufrimiento porque Él es bueno y ama a Su pueblo. Un Dios bueno no podría lastimar a las personas. Los cristianos creen que el sufrimiento se debe a las condiciones de este mundo, no a Dios.

La especie humana fue creada perfecta y con determinadas libertades, entre las que estaba la libertad de fracasar. En el relato bíblico de la creación de la humanidad, Dios hizo una advertencia específica: « . . . mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Gén. 2:17). La palabra hebrea traducida «ciertamente morirás» describe la muerte como proceso y evento, es decir «muriendo morirás» (paráfrasis del autor). Como la primera pareja no guardó el mandamiento de Dios, introdujeron en la especie humana el sufrimiento y el proceso de «morir».

La muerte, las enfermedades y el dolor son resultado de la caída. La primera pareja, Adán y Eva, al final murieron. Las enfermedades producen toxinas en el cuerpo, que finalmente acaban en muerte. Estas toxinas a menudo son causa física y producen intenso dolor.

En este sentido, el dolor resultó de la negativa de la especie humana a obedecer a Dios y vivir en armonía con Él en el jardín. Los cristianos creen que Dios usa la convicción, los fracasos y el dolor como fuerzas centrípetas para atraer a los seres humanos, para que se vuelvan a Él. En última instancia, la cosmovisión cristiana incluye la promesa de la plena reconciliación con Dios y la consecuente existencia libre de dolor en la vida después de la muerte.

¿A dónde voy?

La esperanza es esencial para la vida. Por lo tanto, una cosmovisión adecuada debe tratar la cuestión de la esperanza y ser capaz de responder a la pregunta: «¿A dónde voy?».

El existencialista cree que cada ser humano es dueño de su propio destino y la respuesta a esa pregunta dependerá de cada individuo. Muchas religiones orientales enseñan la idea del «círculo de la vida». Los medios de comunicación occidentales han popularizado este concepto cuando afirman que la vida es cíclica: el individuo nace, vive, muere y renace, y el proceso vuelve a repetirse. Aunque sea una visión superficial y consoladora para quienes se enfrentan a la muerte, ¿tan sin sentido es la vida?

Los cristianos afirman otra cosa: destinos distintos para diferentes personas. Creen que el cristiano, al morir, entra en la presencia de Dios. Pablo escribió: « . . . pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2 Cor. 5:8). Los cristianos también creen que Dios tiene preparado un lugar para ellos, para la eternidad. Juan fue testigo: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más» (Apoc. 21:1). Lo más atractivo del cielo es la presencia de Dios mismo. «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apoc. 21:3).

Según la cosmovisión cristiana, no todo el mundo va al cielo. «Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (Heb. 9:27). Aquel juicio revelará los secretos de los corazones de toda persona (Rom. 2:16). Quienes hayan rechazado a Dios deberán enfrentar la consecuencia de su pecado (Rom. 6:23). Quienes rechazaron el don gratuito de Dios de la vida eterna no tendrán más alternativa que el lugar de la retribución eterna descrito como el «lago de fuego» (Apoc. 20:15) y «la muerte segunda» (Apoc. 21:8). Los cristianos además creen que Dios no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Ped. 3:9). Por eso, la esperanza de la vida eterna se ofrece a todos, hasta que rechacen finalmente a Dios.

Aunque la visión cristiana difiere de la del existencialista, en cuanto a que un individuo sea dueño de su propio destino, ambos concuerdan en que todas las personas son responsables de su propio destino. El conductor del autobús es la persona que controla el vehículo: durante el viaje ocupa el asiento del conductor. Los cristianos no creen que están en el asiento del conductor. Saben que ese lugar está ocupado por Dios, sin embargo, creen que todos deben optar por subir al autobús de Dios en la terminal.

¿Cómo sé lo que sé?

En definitiva, la pregunta crucial que deben responder las cosmovisiones es: «¿Cómo sé lo que sé?». Es una de las preguntas filosóficas más esenciales de la vida. De nuevo, la respuesta del cristiano lo distingue de otras ideas alternativas sobre la vida en general.

El cristianismo es una fe objetiva basada en una revelación con autoridad. Hay un himno para niños que expresa muy bien uno de los valores básicos de la cosmovisión cristiana: «Cristo me ama, bien lo sé, pues la Biblia dice así». ¿Cómo saben los cristianos que Jesús los ama? No será por lo buenos u obedientes que sean, sino porque la Biblia lo

afirma. El creyente cree que la Biblia es la revelación de Dios.

A este respecto, el cristianismo es distinto de otras cosmovisiones religiosas. Los creyentes confían en su relación con Dios (2 Tim. 1:12). La mayoría de los adherentes a otras religiones no tienen esta confianza y sus mentes objetivas tienden a estar nubladas por sus experiencias subjetivas.

Los cristianos creen que pueden pensar, conocer, llegar a conclusiones racionales, y recordar. Creen que Dios espera que usen sus mentes en todos los aspectos de la vida. Son racionales porque fueron creados a imagen de Dios, que es un Ser racional. Dios nunca le pedirá a una persona que deje su mente a la entrada de la iglesia y que «solo crea». Dios nos invita: «Vengan ahora, y razonemos» (Isa. 1:18, NBLH). El cristianismo es una religión racional y todos los criterios humanos de veracidad y racionalidad son perfectamente compatibles con esta cosmovisión.

Para pensar

Pregunta: ¿Cómo podemos saber que el cristianismo explica efectivamente la vida tal cual la conocemos?

Respuesta: El cristianismo es verdad. La verdad se define como aquello coherente consigo mismo y que corresponde (es compatible) con la realidad. Primero, el cristianismo es un sistema de creencias coherente. Responde todas las preguntas de la vida y las respuestas son perfectamente compatibles entre sí. Segundo, el cristianismo es un sistema de creencias que aporta estilos de vida satisfactorios para todos los seguidores de Jesucristo, sean hombres o mujeres, ricos o pobres, jóvenes o ancianos; es aplicable a todas las culturas del mundo.

Este sistema de creencias ha producido algunas de las expresiones más grandiosas de civilización conocidas por el ser humano y ha provisto mayor calidad de vida, al mayor número de personas, en cada área de la vida individual y de la civilización en su conjunto.



EL CRISTIANISMO ES UNA COMUNIDAD INTERACTIVA

Cuando le pidieron que identificara el mandamiento más importante, Jesús no vaciló en responder con toda claridad: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mat. 22:37-39). Como nadie puede tener una relación solo consigo mismo, las relaciones con los demás son vitales para los cristianos. El principio de la salvación es una relación con Dios, y debe manifestarse en las relaciones de cada uno con el prójimo. Para que esto fuera así, Jesús estableció una nueva institución: la iglesia. Pero muchos no tratan a la iglesia como una iglesia.

Según una encuesta de la consultora Barna, la mayoría de la gente quiere conocer a Dios, pero por fuera de la iglesia institucional. La idea negativa que muchos tienen de la iglesia en la actualidad obedece a muchas razones. El público ha perdido la confianza a raíz del involucramiento de famosos líderes cristianos en escándalos públicos, las infidelidades sexuales de pastores evangélicos y las noticias sobre sacerdotes católicos que abusaron sexualmente de niños.

Los medios de comunicación hacen hincapié en la disminución de la asistencia a los cultos. Muchas personas que dejaron de concurrir a la iglesia tienen problemas insalvables con la institución. Les rechinan las tradiciones históricas: no significan nada para ellos. Algunos se han alejado porque la iglesia predica contra una manera de vestirse o porque presenta una lista de reglas como base para la vida cristiana. La perciben como vocera de una forma de vida que parece anticuada y extraña a la cultura contemporánea. Otros la conciben como «encerrada en sí misma», y esto transmite sin intención el mensaje: «Nunca podrás ser como nosotros».

Por último, el público rechaza a las iglesias cuando estas discuten sobre si se debería cantar himnos tradicionales con música de órgano o canciones contemporáneas con manos levantadas y el acompañamiento de una banda de alabanza. Cuanto más alto el volumen, tanto más la criticarán algunos.

A pesar de la crítica, la mayoría de los cristianos comprenden que la verdadera naturaleza de la iglesia es ser Su «cuerpo» (Ef. 1:22-23). Todos los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo, y cada uno tiene un lugar y una función (1 Cor. 12). Por lo tanto, todos los creyentes son responsables de cuidarse mutuamente.

En los capítulos anteriores vimos que Jesús habita en los creyentes (Gál. 2:20). Ahora,

debemos enfatizar que también habita en la iglesia: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mat. 18:20). La iglesia es precisamente un cuerpo de personas.

¿Acaso Jesús no prometió que edificaría Su iglesia (Mat. 16:18)? A pesar de las deficiencias de la iglesia primitiva, Juan describió en su visión a siete iglesias como candeleros y a Jesús «en medio de [las siete iglesias]» (Apoc. 1:12-13). Quizás si la iglesia fuera la comunidad que Jesús quiere que sea, la gente se sentiría atraída a Su luz conforme Él brilla como un candelero.

¿Cómo es una iglesia?

En el Nuevo Testamento la palabra iglesia se aplicaba tanto a las pequeñas congregaciones que se reunían en los hogares como a las grandes muchedumbres reunidas en el pórtico de Salomón en el templo y a todos los verdaderos creyentes de la iglesia universal (1 Tes. 1:1; Hech. 2:47, 3:11; Ef. 1:22-23). ¿Cómo es la iglesia hoy?

En la actualidad, cuando se piensa en la iglesia, la mayoría se imagina un templo con un campanario o una congregación de su juventud. La palabra iglesia deriva del término griego ekklesia, que significa «asamblea» o «cuerpo» local. Aunque la palabra iglesia también se emplea para describir un templo o una denominación, la Biblia nunca la emplea en este sentido. Iglesia solo se usa para describir una verdadera comunidad de creyentes reunidos en presencia de Cristo. No se describe en función de lo que los miembros hacen, sino en virtud de lo que son. Sin embargo, con el tiempo, surgió un problema. Los cristianos comenzaron a asistir a la iglesia, en vez de ser la iglesia. Y quienes no pertenecían a la iglesia comenzaron a entenderla como un lugar y no un modo de vida.

Desde el principio, la iglesia fue la reunión de creyentes, consagrados a un propósito común (la Gran Comisión) y caracterizados por amar a Dios (el mandamiento más importante).

Cuando un individuo se hace miembro de una iglesia institucional, lo hace porque quiere tener comunión o interrelación con otros creyentes. Sin embargo, la iglesia promedio en Estados Unidos tiene una asistencia semanal de 87 personas: demasiado numerosa para tener intimidad. Entonces, los feligreses se sientan en los bancos y miran la nuca del que está sentado delante y escuchan una predicación.

¿Será eso la iglesia?

Una iglesia es una comunidad de personas unidas. Los verdaderos creyentes buscan sentirse en familia o tener unión con otras personas; quieren sentirse parte de una «comunidad de fe». Su naturaleza misma es estar constituida por las experiencias comunes de muchas personas. Los creyentes comparten sus sueños, problemas y recursos entre todos. Llegado ese punto, la iglesia se convierte en una comunidad que comparte.

Probablemente, cuanto más pequeña sea la iglesia, tanto más fácil les resultará a sus miembros experimentar la vida comunitaria. A medida que crece y se incorporan más individuos, con diferentes visiones, resulta más difícil experimentar la vida en comunidad. En la actualidad, el capricho de tener megaiglesias dificulta la vida comunitaria.

No obstante, todas las personas en la comunidad de fe tienen algo en común: una profunda experiencia que desean compartir. Han nacido de nuevo y han conocido a Jesucristo; entienden, verbal y no verbalmente, lo que esa experiencia implica. Como comprenden los secretos de los demás (las experiencias que no pueden verbalizar), son capaces de dialogar unos con otros sin palabras, en virtud de sus experiencias.

Una comunidad es abierta a la diversidad. Cuando las personas se integran a una comunidad, generalmente afirman su fe en una identidad interactiva con la afirmación de fe de la congregación. Se conocen entre sí, saben lo que los demás creen y reconocen los valores y las actitudes de otras personas. Pero lo que es aún más importante, conocen la transformación de vida que los demás han tenido. Por lo tanto, confían en los miembros de la iglesia, y tal vez les tienen más confianza que a otras personas de otros grupos.

Eso no significa que todas las personas de una iglesia estén completamente de acuerdo entre sí en todos los aspectos de la vida. Sí concuerdan en la importancia de haber nacido de nuevo, en los efectos de la regeneración y en los principios que rigen su conducta. Todos los integrantes de una comunidad de fe comparten estos valores y actitudes; sin embargo, hay margen para la discrepancia en otras experiencias de la vida secular.

Habrán diferencias en cuanto al entretenimiento, la manera de descansar, los hábitos de lectura y los programas de televisión. Si bien una comunidad aporta un grado de unidad entre los creyentes, también permite la diversidad entre sus miembros. En realidad, las diferencias son «el pegamento» que mantiene a los individuos en la comunidad de fe y permite que todos sean únicos y diferentes.

La comunidad no enfatiza la conformidad en todos los aspectos de la vida. Los miembros no se visten igual, no comen los mismos alimentos, no conducen el mismo tipo de vehículo ni tienen el mismo tipo de empleo. Lo que da cohesión a la comunidad de fe también les permite ser diferentes cuando no están reunidos.

Sin embargo, la comunidad también los hace más hospitalarios. Los miembros de una iglesia deberían servirse, respetarse y, en el verdadero sentido de las Escrituras, amarse unos a otros. Esto implica aceptarse como personas únicas dentro de la comunidad. El resultado es una comunidad caracterizada tanto por la libertad como por la unidad.

Como las experiencias compartidas mantienen unida a la iglesia, cada individuo se mantiene unido a la comunidad, pero no por haber sido adoctrinado. Algunas iglesias tienen credos escritos. Para ser parte de esa comunidad, la persona debe suscribir una afirmación doctrinal específica. Sin embargo, la comunidad de fe que Jesús estableció, Su cuerpo, es mucho más que una confesión de fe. ¿Por qué? La comunidad permanece unida porque sus miembros han sido transformados por Cristo, que mora en cada creyente: es la experiencia que todos tienen en común.

Una comunidad ayuda a alimentar la fe. Los cristianos a menudo creen que alimentan su fe en una clase, donde el maestro transmite una doctrina y luego explica el significado de cada doctrina a los estudiantes. Los presentes pueden aprenderla y memorizarla, sin embargo, eso no es lo mismo que integrar las afirmaciones del cristianismo a la propia vida, es mero adoctrinamiento.

En cambio, cuando la fe se alimenta en la comunidad, la fe es una acción, un verbo.

Es algo que una persona hace; la fe es la respuesta total de la persona a Dios. Por otra parte, cuando la fe es un sustantivo, generalmente, se expresa como una afirmación que resume todo lo que una persona cree. Tanto la fe vivida como la fe doctrinal son importantes y necesarias, ¿pero cuál viene primero? Sin duda que viene primero vivir la fe, alimentada en una comunidad.

La fe de una persona se forma, en general, por la lectura de las Escrituras, porque «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Rom. 10:17). Pero la fe también aumenta cuando la persona interactúa con Dios. La formación en la fe comúnmente se da en una comunidad, en la que los jóvenes creyentes observan a los creyentes más maduros seguir a Jesucristo, los ven dar pasos de fe y siguen su ejemplo. Entonces, su fe se forma y se alimenta en una comunidad, es decir, con otras personas.

En una comunidad de fe, los jóvenes creyentes se contagian el deseo de servir a Dios y comienzan a encontrar su lugar dónde servir. Podrían comenzar realizando tareas pequeñas en la comunidad y luego asumir ministerios de mayor responsabilidad. Dentro de este tipo de comunidades, los jóvenes creyentes descubren sus dones espirituales y su llamado.

Los nuevos creyentes desarrollan valores y actitudes que gobernarán su vida en la comunidad de fe. Conforme estos valores y actitudes adquieren importancia para ellos, aprenden que deben ser honestos, puros y obedientes a Dios, y servir a los demás. Su compromiso con estos valores les da una identidad. Con su compromiso, descubren quiénes son (seguidores de Jesucristo) y cómo están creciendo (en su lealtad a Él).

Una comunidad de fe es una comunidad de convicción. La mayoría de las iglesias no se mantienen unidas por principios escritos, normas de conducta, pactos o promesas, sino por la gente que se integra a la comunidad a medida que interactúan con los valores y actitudes de los demás creyentes de la iglesia. Todos los miembros de una comunidad de fe tienen un profundo apego a los valores y experiencias de otras personas. En este sentido, las iglesias son comunidades de convicción. Tienen una idea común sobre cómo vivir para Dios, y eso es lo que las hace tan acogedoras.

Una comunidad es un agente mentor. Cuando los recién convertidos llegan a la iglesia, no se les enseña qué creer, y nadie aprende cómo practicar la vida cristiana en un aula. Asimilan estas lecciones por medio de experiencias no verbales. Los nuevos creyentes son aceptados tal como son, pero pronto sienten la obligación de asimilar las actitudes de otras personas de la iglesia, de vivir como ellas, y de apreciar y de valorar las cosas que los miembros de la iglesia valoran. Como resultado, no es una sola persona la que los hace sentirse aceptados en la iglesia. Toda la comunidad se convierte en un agente mentor.

Como una iglesia ofrece una red de contención social en la que los jóvenes cristianos se sienten reconocidos por quienes son y por la persona en que se están transformando en Cristo, la comunidad se convierte en un poderoso foco. Mediante su orientación y dirección, la comunidad de fe hace dos cosas. En primer lugar, desafía a los recién convertidos a participar de una experiencia comunitaria. En segundo lugar, siempre apoya a sus miembros, estén donde estén en su peregrinar espiritual en la fe.

Siete ilustraciones de la iglesia

Hemos visto que la iglesia no es un edificio ni una organización, sino un organismo vivo de creyentes que crecen. El Nuevo Testamento presenta siete figuras, o metáforas, que describen la iglesia, y que nos ayudan a entender la vida y la misión de la iglesia.

En la primera figura, el apóstol Pablo describe la iglesia como un cuerpo. La mayoría de las veces, esta metáfora se usa para enfatizar la necesidad de que todos los miembros de un cuerpo estén integrados con los demás, cada uno con sus dones únicos para completar la obra de Cristo. «Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo» (1 Cor. 12:12). Para el caso de que este principio no hubiera quedado claro, Pablo agrega: «Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular» (1 Cor. 12:27). Así como el cuerpo necesita que cada miembro en particular (manos, pies, ojos, nariz, etc.) cumpla su función para estar bien, la iglesia espera que cada uno de sus miembros haga su parte, para así cumplir el propósito de Dios.

La segunda figura es un edificio. Sin embargo, esta referencia no significa que los cristianos deban construir templos. Es una analogía para referirse al fundamento que es la base de la comunidad de fe. Jesús le dijo a Pedro que construiría la iglesia sobre él, no sobre el discípulo personalmente, sino basado en su identificación de Jesús, cuando el apóstol reconoció: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mat. 16:16). «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Ef. 2:19-20).

No es extraño que Pedro describiera la iglesia como el fundamento de un edificio. Pedro les escribió a los judíos cristianos: « . . . vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual» (1 Ped. 2:5). Esta metáfora, tomada de la construcción, también enfatiza las relaciones. Esta «casa espiritual» solo puede ser una morada de Dios si las piedras de la estructura están bien colocadas y unidas entre sí.

La tercera figura de una iglesia comunitaria es el matrimonio. Cuando Pablo describió la relación de amor entre un cristiano y Dios, la comparó con la relación entre Cristo y Su iglesia. La evangelización se asemeja al casamiento de «una virgen pura» con Cristo, que Pablo compara con el esposo (2 Cor. 11:2). Según las costumbres judías del primer siglo, este compromiso era la primera parte del casamiento.

Más adelante, Pablo describió la relación entre el esposo y la esposa en el contexto de un gran «misterio [. . .] respecto de Cristo y de la iglesia» (Ef. 5:32). En ese marco, los esposos deben ser modelo del amor de Cristo por la iglesia en su relación con sus esposas. «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Ef. 5:25-27). La respuesta de la esposa a su marido es seguirlo y respetar su autoridad (Ef. 5:24,33). Esta es la respuesta ideal de la iglesia y esposa hacia su esposo, el Señor Jesucristo.

La cuarta figura de una iglesia es la relación entre el Pastor y sus ovejas: la iglesia

como rebaño. Juan el Bautista presentó a Jesús como «el Cordero de Dios» (Juan 1:29), y Jesús se identificó: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas» (Juan 10:11). Luego Jesús describió a la iglesia como un redil (un corral donde se guardan las ovejas): «También tengo otras ovejas que no son de este redil» (Juan 10:16). La iglesia es un rebaño que sigue al Pastor. Jesús señaló de Su iglesia: « . . . aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor» (Juan 10:16). La Biblia hace mucho énfasis sobre la relación entre el Pastor y las ovejas, pero quizás la mejor síntesis de esta relación sea el Salmo 23: «Jehová es mi pastor; nada me faltará» (Sal. 23:1).

La quinta figura de la iglesia es un huerto: el cultivo de plantas, vides o árboles. Jesús emplea la metáfora de una vid para describir Su relación con cada creyente individual: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador» (Juan 15:1). Era su manera de describir el vínculo inquebrantable que existía entre Él y quienes confían en Él. En el contexto de esta metáfora, la vid se sujeta y se poda para que produzca mucho fruto (Juan 15:2). El énfasis de la metáfora es la relación permanente entre Cristo y los creyentes: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:5).

La sexta figura de la iglesia es una familia, donde los creyentes son considerados hijos de Dios. La familia es la base institucional de la sociedad. En esta descripción, la familia es el vínculo entre el padre y sus hijos. Jesús comparó la experiencia de convertirse en creyente a un nuevo nacimiento (Juan 3:3,7). «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12). Cuando Jesús enseñó a orar a sus discípulos, les dijo que se dirigieran a Dios como su Padre en los cielos (Mat. 6:9; Luc. 11:2). A lo largo de la historia, los cristianos se han referido entre sí como «hermanos y hermanas», en virtud de la descripción de la iglesia como la familia de Dios.

La séptima figura de la iglesia es un sacerdocio. Aunque esta analogía podría resultar extraña al pensamiento occidental, sería muy comprensible para los judíos a quienes estuvo originalmente dirigida. Pedro, cuyo ministerio principal era presentar el evangelio a gente de origen judío, representó a la iglesia como un sacerdocio que colabora en el servicio a Dios. Describe a los cristianos como un «sacerdocio santo» (1 Ped. 2:5) y un «real sacerdocio» (1 Ped. 2:9).

Aunque algunas denominaciones cristianas usan la palabra «sacerdote» para designar un oficio reservado al clero, la iglesia primitiva consideraba que todos los creyentes eran sacerdotes y tenían acceso directo a Dios. Jesús es el Sumo Sacerdote y los creyentes son considerados «un reino de sacerdotes» (Apoc. 1:6, traducción literal). Esto describe la doctrina del «sacerdocio universal de los creyentes» para la mayoría de los cristianos evangélicos. Significativamente, esta metáfora siempre se utiliza en forma plural, lo que sugiere una concepción del sacerdocio como equipo: un conjunto de creyentes que colaboran para cumplir sus responsabilidades ante Dios. En el marco del sacerdocio hebreo, las obligaciones de los sacerdotes eran adorar a Dios, interceder ante Dios por el pueblo y enseñar sistemáticamente la palabra de Dios.

Dios diseñó la iglesia para que fuera un lugar donde las relaciones interactivas

ayudaran a los creyentes a experimentar a Dios. Los cristianos se reúnen para adorar colectivamente, para leer las Escrituras y para escuchar un mensaje que los estimule y desafíe en la vida. Aunque un número creciente de personas intenta alimentar su vida cristiana por medio de diversos ministerios y sitios en Internet, eso solo no basta. Son necesarios los encuentros cara a cara para rendirse cuenta mutuamente y alentarse en la fe. Aunque el cristianismo suele concebirse como una experiencia religiosa privada, es también una expresión colectiva de fe y adoración. ¿Qué es esta cuestión del cristianismo? El cristianismo se observa en la iglesia: el cuerpo de Cristo. Sin la iglesia, muchos no lo entenderían.

Para pensar

Pregunta: ¿Qué pasa con las iglesias locales que tantas personas entienden mal lo que es el cristianismo? ¿Qué podrían hacer las iglesias para reflejar mejor la fe cristiana?

Respuesta: Muchas personas no entienden bien qué es el cristianismo debido a la actitud de los cristianos hacia su iglesia local y a la manera en que actúan las congregaciones locales. En ocasiones los cristianos discuten en sus iglesias por asuntos pueriles o de poca importancia. Otras veces, la iglesia lucha contra el mundo o las prácticas culturales imperantes. Quienes no pertenecen a la iglesia no entienden por qué tanta discusión. Su principal preocupación es: «¿Por qué no pueden amar más al mundo y amarse mutuamente?».

Es probable que la iglesia necesite arrepentirse. Algunas iglesias deberían arrepentirse del mal que causan y de la confusión que siembran en el mundo. Otras necesitan una renovación, que es cuando los creyentes se reconsagran a las prácticas bíblicas que Cristo espera de ellos. Por último, necesitan un avivamiento. Es cuando Dios se derrama sobre Su pueblo (Joel 2:28). La respuesta a estas cuestiones es permitir que Dios viva entre Su pueblo en la iglesia. Solo entonces el mundo entenderá qué es el cristianismo.



EL CRISTIANISMO ES UNA RELIGIÓN PRÁCTICA

Cuando una persona se convierte a Cristo, tiene un nuevo deseo de servir al Señor y hacer lo que se denominan «buenas obras». En realidad, si no sirviera a Cristo por medio de buenas obras, cabría dudar si efectivamente se salvó; quizás solo profesó ser cristiana.

En el largo curso de la historia, el cristianismo podría evaluarse por la cantidad de hospitales establecidos y los numerosos misioneros que han prestado atención médica y distribuido medicamentos gratis. También podría evaluarse por la cantidad de escuelas y facultades fundadas para enseñar gratuitamente a las masas. El cristianismo ha donado alimentos y ropa, y ha colaborado en la construcción de viviendas . . . sin cobrar nada. Sería casi imposible enumerar todas las obras de caridad que los cristianos han realizado en nombre de Cristo.

Las buenas obras son el evangelio social, el evangelio de las buenas obras o, simplemente, obras sociales. En muchos lugares, los ministros cristianos ayudan directamente a los pobres. En otros lugares, los cristianos se esfuerzan por ayudar a los necesitados a través de mejoras en las viviendas y las condiciones laborales, y establecen hospitales, escuelas, etc. Son buenas obras indirectas.

El primer gran avivamiento, en el siglo dieciocho, se extendió por Inglaterra gracias a la predicación de John Wesley y George Whitefield. La mayoría de las personas que conocieron a Cristo pertenecían a la clase trabajadora; eran de origen pobre e ignorantes. Wesley comenzó la iglesia metodista basado en sus nuevos «métodos» de evangelizar y discipular a los recién convertidos. La iglesia metodista era completamente diferente a la iglesia anglicana, la iglesia oficial financiada con fondos de la Corona; todos los niños ingleses eran bautizados en la iglesia anglicana.

Había una iglesia anglicana en todas las ciudades, pero no ayudaban a los indigentes, los ignorantes y los necesitados. Una iglesia anglicana en Clapham Crossing, un vecindario rico de Londres, comenzó a realizar tantas buenas obras que otras iglesias siguieron su ejemplo y se conocieron como la secta de Clapham. Su pastor, John Venn, movido espiritualmente por el avivamiento wesleyano, a su vez, conmovió a los aristócratas de su congregación. William Wilberforce estaba indignado por la esclavitud, en especial porque el tráfico se realizaba en barcos ingleses. Venn predicaba contra la esclavitud desde el púlpito, Wilberforce lo denunciaba desde su banca en el parlamento. Finalmente, después de años de derrotas desalentadoras, Wilberforce logró que se

aprobara una legislación para abolir la esclavitud, en 1806.

Granville Sharpe de la iglesia de Clapham promovía mejoras en las condiciones laborales. Lord Ashley y Michael Sadler realizaban campañas en contra del trabajo infantil. Elizabeth Fry procuraba mejorar la condición de las mujeres. La iglesia de Clapham fue ejemplo del evangelio social que procura establecer leyes más justas y ayudar a los indefensos.

Otra organización cristiana conocida por ayudar a los necesitados es el Ejército de Salvación. Organizada como si fuera un ejército militar, su fundador, el general William Booth, deseaba llegar a las masas. Usaba el sonido de una banda, con platillos y bombos, para atraer al público a sus reuniones al aire libre, y allí les predicaba el evangelio. Se invitaba a la gente a que se arrepintiera, que pasara al frente y que se arrodillara para aceptar a Cristo.

El general Booth constató tantos problemas entre los pobres que se dio cuenta de que la conversión de ellos no era suficiente. Su ejército organizó merenderos para alimentar a los hambrientos, asilos para los niños que no tenían hogar, hospitales para los pobres y albergues para las solteras embarazadas. A medida que el Ejército creció, gracias a su exitosa labor entre los pobres, extendió su accionar a otras ramas de asistencia humanitaria.

Los líderes del movimiento le pidieron a Booth, ya anciano y demasiado débil para asistir a la convención anual del Ejército, que escribiera un mensaje para ser leído en la asamblea. La respuesta fue un telegrama de Booth, con una sola palabra: «Prójimo».

Aunque los cristianos hacen buenas obras, creen que son salvos solo por la fe, no por las obras. Citan como respaldo a Pablo: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:8-9).

Aunque es cierto que las buenas obras no salvan a los verdaderos cristianos, la Biblia también enseña que la fe sin obras no es genuina. La fe auténtica siempre se manifiesta en demostraciones prácticas del amor de Dios. Uno de los primeros líderes de la iglesia, el apóstol Jacobo (Santiago), que además era hermano de Jesús, escribió: «Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (Sant. 2:26). A sus críticos, les respondía: «Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras» (Sant. 2:18).

Estas declaraciones parecen contradictorias, y algunos dicen que Pablo y Jacobo discrepaban. Pero no es cierto. Pablo, el «número uno» de la justificación solo por la fe, sin obras, también enseñó que hay una relación entre la fe auténtica y las buenas obras. Exhortó a un joven pastor: «Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres» (Tito 3:8).

La fe cristiana surgió de las raíces judías del Antiguo Testamento, donde también se exhorta a hacer buenas obras. El profeta Miqueas expresó bien esta noción cuando escribió: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miq. 6:8).

El profeta Amós exclamó: «Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como

impetuoso arroyo» (Amós 5:24). Jeremías instó al rey de Judá: «Haced juicio y justicia, y librad al oprimido de mano del opresor, y no engañéis ni robéis al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda, ni derramáis sangre inocente en este lugar» (Jer. 22:3). Ezequiel ordenó a la familia real de su día a dejar «la violencia y la rapiña» y hacer «juicio y justicia» (Ezeq. 45:9). Oseas fue claro, Dios pide «misericordia [. . .] y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos» (Os. 6:6).

El uso casi intercambiable de las palabras «juicio» y «justicia» en estos versículos y en otros pasajes muestra la estrecha relación entre ambos conceptos. Llevar una vida caracterizada por la justicia implica ser justo, hacer el bien y hacerlo bien, con buenas motivaciones, y en el momento oportuno.

El desafío de hacer buenas obras no es fácil para los cristianos. A menudo los creyentes obran motivados por deseos egoístas, o encuentran que el desafío de dedicar tiempo y energía a los demás supera sus capacidades. Como nadie es ajeno a los deseos y la avaricia, regalar dinero a los pobres no es fácil, y mucho más difícil lo es cuando quienes han acumulado riquezas gracias a su esfuerzo creen que los indigentes son perezosos y que merecen su castigo económico. Por eso Jesús enseñó a Sus discípulos que la fuerza motivadora de las buenas obras es el amor. Miqueas, el profeta del Antiguo Testamento, pidió al pueblo que amara la misericordia. «Amar misericordia» comienza con amar al Dios de la misericordia, y luego a quienes necesitan Su misericordia.

Cuando le pidieron que identificara el mandamiento más importante de la ley, Jesús no vaciló en responder: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mat. 22:37). Conforme obedecen ese mandamiento, la prioridad en la vida de los cristianos cambia. Jesús se apresuró a agregar: «Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mat. 22:39). Cuando el creyente hace suya la agenda de Dios, expresa su amor de manera tangible, con acciones como prestar atención médica a los enfermos, alimentar a los hambrientos y vestir a los desnudos. Políticamente, significa defender a quienes no se pueden defender por sí solos.

En sus páginas, las Escrituras describen a Dios como un Dios que ama al ser humano (Juan 3:16). A diferencia de muchos habitantes de nuestro mundo, Dios trata a todos con imparcialidad (Hech. 10:34). De hecho, Dios protege a los indefensos (Prov. 22:22-23) y se preocupa especialmente por los desfavorecidos y los marginados de la sociedad (Sal. 146:9). Maltratar a estas personas es una ofensa grave para Dios (Prov. 14:31).

Cuando le pidieron que explicara qué significaba amar al prójimo, Jesús enseñó la parábola del buen samaritano, que nos permite extraer un principio claro: amar al prójimo conlleva superar las normas sociales y las discriminaciones étnicas de la vida. El buen samaritano vendió las heridas de una persona de diferente origen étnico; llevó al hombre herido a una posada y pagó por el alimento y el alojamiento. ¿Quién es mi prójimo? No es solo el vecino que vive cerca, sino cualquier persona necesitada que requiera ayuda.

De lo que se trata es de ayudar a los demás. En el presupuesto de una iglesia se asigna típicamente gran parte de los ingresos a satisfacer las necesidades del mundo. Ese rubro, generalmente consignado como «asistencia», «caridad» o «solidaridad», implica donaciones de la iglesia en su conjunto para financiar hospitales, escuelas,

orfanatos, programas de alimentación y diversos proyectos humanitarios.

No obstante, hay también participación individual. Los cristianos donan su tiempo, sus talentos y su energía para visitar el campo misionero y ayudar a los misioneros en proyectos prácticos. Dedicán su tiempo para preparar viandas en una misión para alimentar a los desamparados, para tener así la oportunidad de predicarles el evangelio. Otras veces, realizan la misma labor porque las buenas obras son un fin en sí mismas, no una ocasión para predicar. Hacen lo que Jesús haría.

Para pensar

Pregunta: Dado que los cristianos no necesitan hacer buenas obras para ser salvos, ¿por qué las hacen?

Respuesta: Hay varias razones que motivan a los cristianos a hacer buenas obras. Primero, ayudan a los demás porque el amor de Dios ha cautivado sus corazones. Los cristianos sienten compasión por los menos afortunados que ellos, y eso los lleva a ofrecer su tiempo, talentos y dones para ayudar a los indefensos. Se brindan a los demás animados por una motivación interna sobrenatural, dada por Dios.

Segundo, la gratitud es otra fuerza motivadora que lleva a los cristianos a ayudar a los demás. El conde Nicholas von Zinzendorf, un joven noble austríaco, se convirtió durante los primeros años del siglo XVIII. Vio una pintura de la crucifixión de Jesús en la galería de Dusseldorf con la siguiente inscripción: Hoc feci pro te; Quid facis pro me?, que se traduce: «Esto hice por ti, ¿qué has hecho tú por mí?». Zinzendorf decidió usar todos sus recursos para servir a Cristo. Abrió su finca de unas 4900 hectáreas (12 000 acres) a pequeñas bandas de refugiados cristianos que sufrían persecución en Europa. En aquel tiempo, muchos creyentes eran perseguidos, habían sido encarcelados o muertos por su fe. La comunidad se llamó Herrnhutt (el redil del Señor). Agradecido, Zinzendorf dio todo lo que tenía para ayudar a los perseguidos. Y también por gratitud, hubo creyentes que partieron de Herrnhutt para ir como misioneros a África, India y las colonias de Norteamérica.

La tercera motivación es un mandato bíblico: « . . . los que creen en Dios deberían procurar hacer buenas obras a todo el mundo, todo el tiempo» (Tito 3:8, paráfrasis del autor).

La cuarta razón es por cuestiones pragmáticas. Cuando los creyentes ayudan a los demás, se ayudan a sí mismos espiritualmente, porque crecen en el Señor, y psicológicamente, porque obrar como verdaderamente humanos los hace sentirse bien. (Una persona no es verdaderamente humana mientras no reconozca la humanidad de los demás). Sin embargo, los cristianos también se ayudan a sí mismos porque contribuyen a mejorar la sociedad en que viven. Si ayudan a liberar a un drogadicto que roba para costearse su vicio, disminuye la probabilidad de ser ellos víctima de un robo o rapiña. Pablo le dijo a Tito que las buenas obras eran buenas en sí mismas y útiles para toda la humanidad (Tito 3:8).



EL CRISTIANISMO ES UN MOVIMIENTO QUE TRANSFORMA LA CULTURA

Si un copo de nieve tuviera sentimientos, probablemente creería que no puede hacer mucho. La influencia de un copo de nieve, único en su especie, es mínima, pero cuando se unen millones, pueden declarar: «¡Se suspende la escuela por mal tiempo!». Cuando millones de copos de nieve caen simultáneamente, se puede anunciar: «Hoy no se trabaja . . . Se suspende el partido de . . . ». Millones de copos de nieve consiguen cambiar la vida de una ciudad. ¿Qué pueden hacer los cristianos cuando se reúnen?

Muchos cristianos creen que no pueden hacer nada contra la avalancha de maldad que hay en el mundo. Piensan: «¿Qué podría hacer yo contra el aborto, el hedonismo, una sociedad impulsada por el sexo, una población que solo busca el placer, e individuos que exigen sus derechos civiles con exclusión de cualquier consideración hacia la moral, la verdad y la justicia para todos?».

Quizás se sientan solos, y aun lleguen a sentirse impotentes, pero juntos pueden operar verdaderos cambios. La influencia de la iglesia en el tercer siglo puso fin a las violentas luchas de gladiadores y a las ejecuciones públicas de los mártires en el Coliseo. El crecimiento del movimiento cristiano en el Imperio romano acabó con la veneración al César y finalmente fue aceptado como religión oficial en el 313 d.C.

La mayor influencia del cristianismo es cuando los incrédulos creen y se salvan. Sin embargo, hay un segundo factor influyente que muchos creyentes no llegan a reconocer: la cristianización de la cultura. A lo largo de la historia, el crecimiento generalizado del cristianismo y su influencia ha transformado las culturas nacionales y regionales a tal punto que algunas ciudades se reconocen como cristianas (por ejemplo, Londres, en Inglaterra; Seúl, en Corea del Sur), o se habla de regiones cristianas (por ejemplo, Mizoram, India; Iona, Escocia) y de naciones cristianas (por ejemplo Armenia, Gran Bretaña o Estados Unidos).

En la actualidad, Estados Unidos se considera una nación cristiana, aunque los verdaderos creyentes saben que dista mucho de serlo. Sin embargo, hecha esa salvedad, la influencia cristiana es evidente en gran parte de la legislación, en los negocios y en la vida promedio de sus habitantes. Las influencias cristianas en la cultura son, en gran medida, vestigios de un tiempo pasado cuando el cristianismo bíblico era una fuerza dominante en la cultura formativa de la incipiente nación.

En la historia, cuando una región o país vivió un avivamiento, los principios cristianos

repercutieron en la cultura. Cristianizar una nación no significa que todo el mundo se convierta ni que el cristianismo controle a todos los ciudadanos. Simplemente significa que las virtudes y los principios cristianos adquieren un peso importante sobre la cultura de ese país.

La cristianización de Irlanda

En septiembre de 1857, James McQuilkin, un joven irlandés, comenzó a tener reuniones de oración con otros tres hombres en la escuela de un pueblo cerca de Kells. Interesados en los incrédulos de su localidad, los cuatro comenzaron a interceder por cada uno de ellos, por nombre, en sus reuniones semanales. En diciembre, tuvieron el gozo de ver las primeras conversiones entre las personas de su lista de oración. Muchos especialistas en historia de la iglesia irlandesa consideran que aquellas reuniones de oración fueron el comienzo del avivamiento de Ulster.

Ulster es la provincia más al norte de Irlanda. Mientras que McQuilkin y sus amigos se reunían para orar, otros cristianos hacían lo mismo en otros lugares de Irlanda. En 1858, se comenzaron cientos de reuniones de oración y muchos predicadores irlandeses se referían al avivamiento en sus sermones.

A principios de 1859, el Espíritu de Dios comenzó a moverse de manera extraordinaria. En medio del concurrido mercado en la ciudad de Ballymena, un joven cayó de rodillas y gritó: «¡Impuro!». Comenzó a orar: «Dios, ten misericordia de mí que soy un pecador». El incidente influyó profundamente en quienes lo presenciaron, y pronto se conoció en toda la ciudad. En respuesta, la iglesia presbiteriana de Ahoghill invitó a los cristianos a una reunión especial de oración. La concurrencia aquel 14 de marzo fue mayor a la esperada.

Los responsables de la seguridad edilicia temían que los pisos de las galerías no resistieran el peso de tanta gente. Fue necesario desalojar el edificio como medida de precaución. Como resultado, el público tuvo que quedarse de pie bajo una lluvia helada para escuchar el sermón de un laico que predicaba con inusual poder espiritual. Al terminar la reunión, cientos estaban arrodillados sobre el piso mojado, y arrepentidos clamaban a Dios en oración. Fue la primera reunión de muchas que tuvieron lugar a lo largo y ancho de Irlanda durante el avivamiento subsiguiente.

Según algunas estimaciones, el avivamiento irlandés de 1859 resultó en 100 000 convertidos que se incorporaron a las iglesias. En reuniones grandes y pequeñas, la gente se convencía de su pecado. A menudo, gente físicamente robusta caía postrada al piso, incapaz de moverse durante varias horas. Hubo un profundo arrepentimiento y cambios perdurables en muchas vidas que demostraron la realidad del avivamiento.

Los fenómenos que acompañaron la convicción en el avivamiento de Ulster fueron mínimos si se los compara con el cambio social producido por aquellas reuniones. Según los registros públicos, los delitos disminuyeron en 1860, mientras que los jueces de Ulster varias veces no tenían casos para juzgar. En el condado de Antrim, la policía no registró infracciones ni tenía presos en custodia.

Las carreras hípias de Maze que solían atraer a 12 000 jugadores, solo convocaron a 500. Una destilería de whisky en Belfast fue rematada por falta de negocio. En Connor,

los dueños de las tabernas locales se convirtieron y cerraron sus establecimientos.

En suma, según algunas estimaciones, el avivamiento de Ulster «produjo un impacto en Irlanda tan grande como la llegada de Patricio con el cristianismo». Un observador describió los efectos del avivamiento en los siguientes términos: «reuniones concurridas, cantidad sin precedentes de comulgantes, proliferación de reuniones de oración, aumento de las oraciones en familia, extensa lectura de la Biblia, florecientes escuelas dominicales, fidelidad de los convertidos, aumento en las ofrendas, reducción de los vicios y disminución de los delitos».¹⁵

La Gran Comisión y la transformación de la cultura

Antes de regresar al cielo, Jesús mandó a Sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Mar. 16:15). La prioridad de los discípulos fue predicar el evangelio a todo el mundo. No obstante, en el relato de Mateo de la Gran Comisión, que sucedió en otra ocasión, el énfasis es diferente. «Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mat. 28:19). El imperativo de «hacer discípulos a todas las naciones» (mathēteusate panta ta ethnī) apunta a la cristianización de una cultura o sociedad. Aunque muchos lectores entienden que «todas las naciones» se refiere a estados políticos individuales dentro de una comunidad global, el vocablo griego ethnī es la raíz de palabras como «étnico». Las naciones mencionadas en la Gran Comisión deberían entenderse como «grupos étnicos», más que estados políticos. La palabra describe grupos diferentes de personas, como los pueblos nativos de América, los francocanadienses de Quebec o los estadounidenses con ascendencia china de Chinatown en San Francisco.

Durante la colonización, los misioneros europeos asumieron la responsabilidad de evangelizar y de civilizar a los pueblos donde habían ido a trabajar. Aunque con la mejor de las intenciones, sus métodos dejaron mucho que desear. En vez de permitir que el evangelio transformara la cultura, a menudo impusieron una cultura europea sobre los pueblos que aun lidiaban con las implicancias del evangelio en su propia vida. Esa estrategia pudo haber entorpecido la extensión del evangelio, ya que algunas personas tal vez no aceptaron el evangelio porque no deseaban adoptar un estilo de vida occidental en sus comunidades tribales.

Cristianizar una nación no es promulgar leyes cristianas ni obligar a todos a bautizarse. La cristianización no es un proceso de arriba abajo. Es Jesucristo el que transforma a las personas, quienes comienzan a vivir para Él en sus hogares e iglesias, y progresivamente influyen en la sociedad en su conjunto.

Algunos describen dos métodos opuestos de influir en la sociedad: el efecto verticalista y la influencia desde las bases. El efecto verticalista se da cuando el jefe nativo de una tribu se convierte a Cristo y decreta que todos sus súbditos se conviertan. También sucede cuando una nación aprueba leyes basadas en principios cristianos que deben ser respetadas por toda la sociedad. Sin duda que el efecto verticalista no es el más efectivo.

La influencia desde las bases comienza en el corazón de cada individuo que se

convierte a Cristo. La salvación transforma sus valores y actitudes personales. Anhelan ser justos, abandonar la maldad, influir en sus familias, sus ocupaciones y en todo su entorno. La influencia desde las bases no necesita leyes para cambiar a la gente o la sociedad.

Una nación se cristianiza cuando la sociedad adopta valores y actitudes cristianas. Una tribu pagana en la selva deja de asesinar y los hombres tienen solo una esposa en vez de varias. Después de un avivamiento cristiano, una región presenta menos casos de embriaguez y menos separaciones matrimoniales. Los delitos disminuyen cuando las prostitutas se convierten a Cristo y los ladrones nacen de nuevo.

Hay casos en que el rey de una tribu se convirtió. Y después de bautizarse, ordenó que todos sus súbditos se bautizaran y se convirtieran al cristianismo (efecto verticalista). Muchos integrantes de la tribu seguramente fueron sinceros, pero otros simplemente profesaron ser cristianos. Como el rey ahora era cristiano, promulgó ciertas leyes cristianas. Con el tiempo, las actitudes interiores carnales de los que meramente profesaban ser cristianos influyeron negativamente en la cultura cristiana. Esa es solo una de las razones por las que muchas naciones que antes se basaban en sólidos principios cristianos, hoy son solo cristianas «de nombre». Su cultura está cada vez más secularizada.

Hay muchos casos de reyes católicos romanos que enviaron sacerdotes con los descubridores. Estos debían conquistar territorios para la corona y obtener riquezas para los que habían financiado sus expediciones, y los sacerdotes debían convertir a los paganos y cristianizar la región. En gran medida, la cultura y la religión de España, la iglesia católica romana, fue impuesta sobre los pueblos de América Latina.

La cristianización de la familia

Junto con la cristianización de las etnias (las naciones), el cristianismo ejerció su influencia cultural en otra área: el grupo físico de la familia. La palabra griega oikos significa «familia» o «casa» en el sentido de incluir a todos quienes viven bajo un mismo techo: siervos, abuelos, hijos solteros adultos y otros parientes. Después de expulsar a los demonios del hombre gadareno, Jesús le ordenó: «Vete a tu casa [oikos], a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti» (Mar. 5:19). Este hombre transformado, hasta ese momento poseído por demonios, fue enviado para influir en su familia con el mensaje de Jesús.

Hay más ejemplos de conversiones de oikos en el Nuevo Testamento: Cornelio, el carcelero de Filipos, Lidia, Esteban, etc. La referencia a estas conversiones de oikos en el Nuevo Testamento no significa que la conversión del padre se aplicaba a todos los integrantes de la familia. Tampoco es una promesa de que la presencia de un cristiano en la familia garantice la eventual conversión de toda la parentela. Cada persona confió en Jesús para su propia salvación personal, y todos se convirtieron individualmente. No obstante, es común que cuando el padre confía en Cristo, el resto de la familia siga su ejemplo y lleguen a creer personalmente en Jesucristo.

En la actualidad, los misioneros en el extranjero conocen este fenómeno como un movimiento popular, en el que muchas personas adoptan la decisión individual de creer

en Jesucristo, pero todos toman la misma decisión simultáneamente y se convierten a Él. En nuestra civilización occidental, sumamente individualista, los movimientos populares son extraños porque la gente valora la individualidad y es cauta con respecto a dejarse influir por los demás y seguir su ejemplo. Por lo tanto, en la sociedad occidental, la conversión es una experiencia individual. Sin embargo, los movimientos populares todavía suceden entre tribus paganas primitivas. La mayoría de las veces tienen lugar cuando toda la tribu ha escuchado el evangelio y ha reflexionado detenidamente en el mensaje. Cuando el principal de la tribu decide adoptar el cristianismo, abre la posibilidad a que otros tomen la misma decisión.

La unidad familiar es la institución fundamental de la sociedad y la manera más efectiva de transmitir los valores básicos de una generación a otra. Cuando el evangelio produce la conversión de las familias, a menudo cambian los valores fundamentales de esa familia. Pablo les recordó a los corintios: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Cor. 5:17). Esta transformación de la cultura a través de la familia es evidente en dos fenómenos en particular que acompañan la conversión.

Los historiadores emplean la expresión «ética protestante del trabajo» para describir el impacto de la Reforma protestante y el ascenso de la clase media en Europa que siguió a este movimiento religioso. Los valores familiares cambiaron en muchos hogares protestantes y produjeron un cambio drástico en la actitud hacia el trabajo y el ocio. Los ministros protestantes enseñaron que el objetivo primario de la vida era glorificar a Dios, conforme a la exhortación: « . . . ya sea que coman, que beban, o que hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios» (1 Cor. 10:31, NBLH). Como resultado, cuando los cristianos se congregaban para adorar, la actitud pasiva de las celebraciones de la misa fue reemplazada por una participación activa, a medida que los creyentes procuraban glorificar a Dios mediante el canto congregacional y la predicación de las Escrituras. El resto de la semana, con la misma energía, glorificaban a Dios con su esfuerzo laboral. El impacto inmediato de la ética protestante del trabajo fue un incremento en la productividad.

Los sociólogos hoy describen el fenómeno de «redención y progreso» como un impacto secundario de aquella ética del trabajo. En una sociedad de libre mercado, quienes más trabajan son recompensados económicamente. Como los cristianos son quienes tal vez más trabajen, posiblemente prosperen más que los demás. Uno de los efectos adicionales de su conversión es una mejor moral. El dinero que antes gastaban en vicios, ahora lo dedican a su familia. A menudo, esto se plasma en la compra de una casa en un vecindario mejor, en la adquisición de un vehículo más seguro, en una alimentación más saludable y nutritiva para su familia y en la posibilidad de mejor educación y atención médica para sus hijos. Dicho explícitamente: «Cuando la gente se salva, su vida mejora».

Lo que sucede en una familia repercute en toda la comunidad. Cuando muchas familias en una ciudad atraviesan este proceso de cristianización, mejora la calidad de vida en la ciudad. En el primer siglo, cuando se predicó el evangelio en la ciudad de Samaria, lo aceptaron y hubo «gran gozo en aquella ciudad» (Hech. 8:8). Cuando el

mismo proceso abarca una nación, todo el pueblo experimenta la bendición de Dios. «Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová, el pueblo que él escogió como heredad para sí» (Sal. 33:12).

Salva al mundo de sí mismo

Dondequiera que el cristianismo influya significativamente en una cultura, habrá siempre progreso. Los verdaderos cristianos promueven la justicia solidaria en sus sociedades. La abolición de la esclavitud, las reformas carcelarias, el cuidado de viudas y huérfanos, la construcción de hospitales y escuelas, son solo algunas de las reformas históricas que tienen sus raíces en la fe original del cristianismo bíblico.

Esto no significa que la mera presencia de cristianos en una comunidad transformará la cultura. La transformación cultural solo tendrá lugar conforme los cristianos sean coherentes y practiquen lo que creen, cuando sus valores estén regidos por principios bíblicos. Si esto no es así, Jesús describe a esos seguidores como inservibles: «Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve insípida, ¿cómo recobrará su sabor? Ya no sirve para nada, sino para que la gente la deseche y la pisotee» (Mat. 5:13, NVI). Según Karl Marx, el cristianismo era «el opio de los pueblos» porque no vio que los cristianos se dejaran motivar por la fe para resolver los problemas sociales en Londres. Mahatma Gandhi estudió el cristianismo y las enseñanzas de Jesús en África del Sur, cuando muchos cristianos apoyaban el régimen de apartheid, y concluyó: «Yo sería cristiano si no fuera por los cristianos».

Qué diferente era eso del movimiento transformador descrito en el Nuevo Testamento . . . Entonces, los enemigos del cristianismo se vieron obligados a admitir: «Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá» (Hech. 17:6). La fuente del poder del cristianismo para transformar las culturas se encuentra en otra descripción de los primeros cristianos: «. . . les reconocían que habían estado con Jesús» (Hech. 4:13). Ese tipo de cristianismo siempre resulta en cambios sociales positivos. Como resultado, el cristianismo ha sido mayoritariamente un movimiento transformador. Las soluciones duraderas solo son posibles cuando la influencia de un avivamiento evangélico afronta los problemas morales y aplica principios bíblicos.

No se necesitan muchas personas para transformar una cultura, pero sí se requiere intensa dedicación. Cuando el avivamiento llegó a una iglesia anglicana de Clapham, en Londres, despertó a un hombre, William Wilberforce, indignado por la práctica generalizada de la esclavitud. Dedicó el resto de su vida a luchar por la abolición de la esclavitud en Inglaterra y sus colonias. Después de años de denodados esfuerzos, pudo organizar y convencer a otros de que la esclavitud estaba mal. Pocos días antes de su muerte, se ilegalizó el tráfico y la posesión de esclavos en el Imperio británico.

Más cerca en el tiempo, hay reformas sociales significativas promovidas por líderes cristianos. El nombre del Dr. Martin Luther King hijo es sinónimo del triunfo del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. El obispo Desmond Tutu brindó liderazgo moral en Sudáfrica hasta que finalmente cayó la doctrina del apartheid. En la actualidad, hay cristianos abocados en todo el mundo a proteger la vida humana, que procuran cambiar las leyes que legalizan los abortos y la eutanasia, que desean poner fin

a la pornografía y la explotación sexual de menores en algunos países, y que se oponen a la administración estatal del juego y las apuestas que dejan a tantas familias sin sus viviendas y sin recursos para satisfacer sus necesidades más básicas.

En el Antiguo Testamento, Jueces describe una serie de reformas culturales seguidas por una decadencia moral en Israel. Ese patrón es típico de la influencia transformadora del cristianismo e ilustra la relación entre avivamiento y reformas. Durante los períodos históricos de avivamiento, los cristianos fundaron escuelas y hospitales, construyeron viviendas para los pobres, alentaron reformas en los sistemas carcelarios, promovieron la abstinencia de bebidas alcohólicas y establecieron sociedades u organizaciones para cumplir estos objetivos. Sin embargo, una generación después, estas causas perdieron apoyo. El escritor de Jueces describe esta realidad: «Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel» (Jue. 2:10). La obra de Dios que motiva a una generación a la grandeza pasa inadvertida por la generación siguiente que no la vivió en carne propia.

El mandato de la Gran Comisión nos llama a hacer discípulos. Cuando muchas personas se convierten a Cristo durante un avivamiento, el compromiso renovado con Dios significa que los cristianos tienen más posibilidades que antes de asumir la responsabilidad de discipular a los recién convertidos. A medida que el evangelio transforma las vidas individuales, esas personas comienzan a cambiar la cultura en la que viven. Lo que sucedió en el avivamiento de Ulster y en la Reforma protestante es común a todos los grandes avivamientos de la historia.

¿Pero qué pasa cuando decrece el avivamiento? Por desgracia, sin la atmósfera renovadora, muchos cristianos se descuidan y adoptan normas inferiores a las cristianas. La cultura cristiana declina. Sin embargo, aun en las horas más oscuras de una cultura en decadencia, hay un remanente del pueblo de Dios. Aun hoy, en una época cuando el cristianismo parece tener poca influencia directa en la cultura occidental contemporánea, hay cristianos y organizaciones cristianas profundamente comprometidos en programas humanitarios de alimentación a los más pobres (para combatir el hambre a escala mundial o proveer desayunos escolares en una nación), en la atención médica (educación sobre el sida en África y programas de rehabilitación de drogas en los países occidentales) y la promoción de reformas sociales (mejores condiciones carcelarias y alfabetización). ¿Serán estas las semillas que germinarán cuando el Espíritu Santo vuelva a derramarse y dé inicio a la siguiente transformación cultural de la historia?



EL CRISTIANISMO ES UN MANDATO DE ALCANCE MUNDIAL

Durante el otoño de 1956, cinco familias misioneras, jóvenes de veintitantos años, se propusieron evangelizar a los indios huaorani (o aucas, como eran conocidos en aquel tiempo) de Ecuador. ¿Qué llevó a estos jóvenes, con estudios universitarios, a enterrarse en las selvas de América del Sur cuando tenían un gran futuro por delante? El gobierno ecuatoriano había decidido exterminar a la tribu por la agresividad con que se relacionaban con otras tribus vecinas. Los misioneros debían obrar rápido.

Tenían un avión Piper Cruiser amarillo y su plan era aterrizar en un banco de arena durante la época seca, antes de que las inundaciones del invierno cubrieran su pista de aterrizaje en medio del río Curaray. Los cinco jóvenes venían dejándoles regalos para hacerse amigos de las tribus. Los indígenas no comprendieron su ofrecimiento de amistad y mataron a los cinco hombres.

A menudo se dice que la sangre de los mártires se convierte en la semilla de la iglesia. Dios honró la fe de estos cinco hombres y el evangelio finalmente llegó a la tribu y la mayoría de ellos se convirtieron. En agosto de 2000, escuché a Mincaye¹⁶ hablar en la conferencia de evangelismo de Billy Graham en Ámsterdam. Reconoció que él había sido uno de los que mató a golpes a los misioneros. Mincaye explicó que ahora era anciano en una iglesia que había evangelizado a su comunidad.

Con el fin de ayudar en la predicación del evangelio entre esos pueblos nativos, Rachel Saint, esposa de Nate Saint, uno de los mártires, había regresado a aquella tribu, acompañada de sus hijos para que se criaran con los indígenas. En vez de regresar amargada a Estados Unidos, se propuso probar que su esposo no había muerto en vano. Su hijo, criado entre los aucas, fue el instrumento humano que transformó a los indígenas.

Transcribió la lengua de los aucas, y tradujo el Nuevo Testamento a su idioma. Los hombres que mataron a los misioneros aprendieron a leer, para poder entender la Palabra de Dios. Hoy hay una iglesia floreciente entre los aucas. La tribu ha sido civilizada y, una vez más, la luz ha triunfado sobre la oscuridad.

¿Qué llevó a cinco jóvenes a enterrar sus vidas en una selva pagana? El mandato de Cristo a sus seguidores de predicar el evangelio a todo el mundo (Mar. 16:15). ¿Por qué Steve Saint, el hijo de Rachel, habría de pasar su vida transformando una cultura pagana en una con valores cristianos?¹⁷ Porque Jesús lo dijo: « . . . enseñándoles que guarden

todas las cosas que os he mandado» (Mat. 28:20). Los primeros discípulos obedecieron la Gran Comisión de Jesús. Fueron a todas partes y predicaron el evangelio, y entregaron su vida por su fe.

Hacia fines del primer siglo, en los últimos años de la iglesia primitiva, la mayoría de los doce apóstoles que siguieron a Jesús había cumplido el mandato que Él les había dado y sufrieron una muerte violenta. La iglesia que habían establecido humanamente se había extendido por todo el mundo conocido de aquel tiempo. Según una tradición de la iglesia primitiva, los doce apóstoles se dividieron el mundo conocido y fueron testigos del evangelio «hasta lo último de la tierra» (Hech. 1:8).

Los eruditos creen que Andrés ministró en Asia Menor y que viajó hacia el norte, hasta Escitia sobre el mar Negro, en lo que hoy es el sur de Rusia, y que fue crucificado en Acaya. Como Andrés se consideraba indigno de morir en el mismo tipo de cruz que Jesús, aparentemente fue atado a una cruz en forma de equis, que es la cruz de san Andrés, la de la bandera nacional de Escocia.

Felipe también evangelizó en Asia Menor, aunque posiblemente la prioridad de su ministerio fue en Galacia y tal vez entre los galos de Francia. Felipe es el único de los doce apóstoles asociado de algún modo con Francia. Según la tradición, fue apedreado y luego crucificado en Hierápolis.

Bartolomé es posible que llevara el evangelio a Armenia y fundara la iglesia en esa nación. Armenia fue la primera nación cristiana de la historia y aún hoy existe una fuerte iglesia armenia cristiana. Bartolomé fue golpeado y crucificado en Albania.

Tomás parece haber predicado en regiones tan orientales como la India. Hay una fuerte tradición de que la iglesia Mar Thomas en la India fue fundada por ese apóstol en el 52 d.C. cuando arribó a Cranganore y fue instrumento en la conversión de varias familias de una alta casta hindú de la región. Su vida y ministerio aparentemente terminaron en el martirio cerca de Mylapore sobre la costa de la India.

Mateo aparentemente predicó en Etiopía y en Persia. Es probable que muriera en Egipto, después de haber sido condenado y martirizado por el Sanedrín. No hay acuerdo sobre la referencia en el talmud a la muerte de Mateo.

Jacobo, el hijo de Alfeo, evangelizó en Siria, pero murió finalmente como mártir en Jerusalén.

Simón el zelote predicó en el norte de África, en la costa atlántica de Europa, y llegó casi hasta Bretaña. Luego viajó a Siria y anunció el evangelio allí, hasta que fue capturado y cortado por la mitad.

Judas Tadeo, al parecer, predicó el evangelio en Odessa y Armenia y murió por heridas de flecha al pie del monte Ararat.

Los doce apóstoles obedecieron los mandatos de Jesús, como los cinco mártires de Ecuador, y como también lo han hecho millones de otros seguidores de Jesús. Aún hoy, hay misioneros apasionados por predicar el evangelio a todas las etnias y tribus paganas. Sienten que su labor no finalizará hasta que todo el mundo haya escuchado el evangelio.

El mandamiento era cautivar los corazones de todos los pueblos, no conquistar militarmente las naciones como los cruzados y los conquistadores enviados por naciones cristianas en los siglos XVI y XVII. El mandato no era imponer leyes cristianas sobre un

grupo de súbditos poco dispuestos, sino amar a todas las personas como Dios las amó, para que se sometieran voluntariamente al amor divino.

El mandato de Jesús: Vayan

Jesús no se entregó a la evangelización masiva, sino que se dedicó fundamentalmente a formar a Sus discípulos y capacitarlos para la labor de evangelizar. Todo comenzó con los aproximadamente «quinientos hermanos» (1 Cor. 15:6) que vieron a Jesús después de Su resurrección.

Cuando el Señor se apareció por primera vez a diez de Sus discípulos, reunidos en el aposento alto la tarde del domingo de resurrección, les adelantó los principios de la Gran Comisión: «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Juan 20:21). Los discípulos podrían haberse preguntado: «¿A dónde iremos?», porque Jesús todavía no los había enviado al mundo. También podrían haberse preguntado: «¿Qué predicaremos?», porque Él no les había mandado predicar el evangelio de Su muerte y resurrección. O podrían haberse interesado en saber qué conseguirían con eso, porque todavía no sabían que los creyentes se reunirían en la iglesia: el cuerpo de Cristo.

Una semana después, Jesús volvió a reunirse con Sus discípulos. En esa ocasión, reunidos los once en el aposento alto (Mar. 16:14), Él comenzó a responder sus preguntas y les encomendó: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Mar. 16:15). No tenían que ir solo a los judíos, sino a todo el mundo. Además de predicar el reino de los cielos del que habían escuchado hablar durante la vida terrenal de Jesús, debían predicar el evangelio, la buena nueva de que Cristo murió por sus pecados y que resucitó para darles vida nueva.

Dos o tres semanas más tarde, Jesús volvió a encontrarse con Sus discípulos cerca de una montaña de Galilea (Mat. 28:16). Allí les encomendó la Gran Comisión en su totalidad: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén» (Mat. 28:19-20).

La palabra Id podría traducirse literalmente como «mientras van». Jesús dio por sentado que irían. El mandato era «hacer discípulos». El término discípulo significa «seguidor». Así como los discípulos habían seguido a Jesús, ahora harían seguidores en todas las naciones.

Los que siguieran a Jesucristo deberían bautizarse según la fórmula trinitaria, «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». El último aspecto de la comisión era que debían transmitir a los nuevos seguidores de Cristo todo lo que Él les había enseñado a ellos.

Algunas personas se preguntan: «¿A quién está dirigida la Gran Comisión?». En el contexto, Jesús se la dio a los once discípulos. Sin embargo, la promesa final, «he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo», implica claramente que también estaba pensando en todos Sus verdaderos seguidores a lo largo del tiempo. Es decir, Jesús impartió la Gran Comisión a todo el cuerpo de creyentes y les encomendó evangelizar a los perdidos (los incrédulos).

Pablo entendió que la Gran Comisión abarcaba a todos los creyentes cuando afirmó: «Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2 Cor. 5:20). Fíjate en la palabra rogamos. Pablo les suplicaba que testificaran con pasión y que esperaran resultados, como él mismo había presentado el evangelio al rey Agripa, el que después de escuchar el conmovedor testimonio del apóstol reconoció: «Por poco me persuades a ser cristiano» (Hech. 26:28).

Al parecer, la iglesia primitiva entendió bien el mandato, porque «todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (Hech. 5:42).

Fíjate en los lugares donde evangelizaba la iglesia de Jerusalén: en los hogares, los mercados, las sinagogas, las cárceles, ante gobernadores y reyes, y por toda la ciudad. Difundieron tanto el evangelio que el sumo sacerdote los recriminó: «Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina» (Hech. 5:28). ¿Cuál fue el resultado de esta evangelización valerosa y contundente? «Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres» (Hech. 5:14).

Todos los creyentes deberíamos hacernos la siguiente pregunta: «¿Para qué estoy aquí?». «¿Por qué Dios no me llevó al cielo cuando me salvó?». Porque Dios quiere que testifiques de Cristo a otros, para que te acompañen cuando vayas a tu hogar celestial.

La tarea de ganar otras almas para Cristo no es solo para los cristianos individuales, corresponde también a las iglesias locales. La Gran Comisión incluye una ordenanza para la iglesia: bautizar «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». En el momento de la salvación, los creyentes pasan a ser parte del cuerpo universal de Cristo, y deberían identificarse con una iglesia local (el cuerpo local de Cristo). La iglesia es el instrumento que Dios usa para movilizar a Su pueblo en la evangelización, para animarlos a evangelizar y para motivarlos en la noble tarea de compartir el evangelio con todo el mundo.

La iglesia local lleva adelante su obligación evangelizadora cuando ora para que los perdidos conozcan a Cristo, cuando dona dinero para apoyar a los misioneros, cuando participa de proyectos de evangelización y encomienda sus jóvenes al campo misionero. Las iglesias locales realizan estas actividades por amor a Jesucristo y porque tienen compasión de la gente. Aunque para algunos es una obligación o una carga, el anhelo apasionado de evangelizar al mundo es una de las características que definen a la iglesia bíblica.

La Gran Comisión contiene dos imperativos. El primero es evangelizar, y el segundo, educar. Estas dos actividades están siempre en tensión. El mandato de «ir» significa que el lugar prioritario de la evangelización debe ser fuera de la iglesia. Mucha gente en la iglesia cree que el pastor evangeliza en sus sermones. Sin embargo, la Gran Comisión es un imperativo para todos los miembros, a salir del templo e ir hacia donde desarrollan su vida a diario.

Numerosas iglesias se han dedicado a un sólido ministerio educativo, tanto en grupos pequeños como desde el púlpito, pero el mandato principal de la gran comisión es «hacer discípulos», lo que implica ayudar a los hombres y las mujeres a ser seguidores consagrados de Jesucristo y a servirle a través de la iglesia.

Un problema contemporáneo es que el cristianismo ahora parece enfocarse en una «evangelización centrada en el templo». El mundo occidental gasta mucha energía evangelizadora en la «evangelización por invitación». Esto significa que solo se ganarán para Cristo aquellos que fueron expresamente a la iglesia y se expusieron voluntariamente a recibir el mensaje del evangelio. Pero ¿qué pasa con la vasta mayoría de gente que no pisará nunca una iglesia y no oirá nunca el evangelio?

La iglesia en la actualidad debe seguir el principio neotestamentario de ser un cuerpo congregacional y un cuerpo disperso. La iglesia debe congregarse para enseñar, para tener comunión fraterna y para adorar, pero también debe dispersarse para propagar la Palabra de Dios a sus familiares, sus vecinos, y sus colegas y compañeros de trabajo. Fíjate lo que hacía la iglesia primitiva: «Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio» (Hech. 8:4).

Jesús enseñó dos parábolas sobre el reino de los cielos, y ambas son aplicables a la estrategia de la iglesia en la actualidad. Comparó la evangelización a los invitados a una boda (Mat. 22:1-14). En el versículo 9, el mandato es que vayan, encuentren a la gente y la inviten a la fiesta. La segunda parábola trata sobre un hombre que ofrece una cena y reparte muchas invitaciones (Luc. 14:16-24). Sin embargo, cuando los convidados no vienen, el anfitrión ordena a sus siervos que vayan e inviten a otros (Luc. 14:21). Cuando vio que aún había lugar para más gente en la fiesta, ordenó: «Vé por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa» (Luc. 14:23). Significa que la iglesia debe salir hacia la comunidad y anunciar la salvación a la gente.

El mensaje

Cuando Jesús comenzó Su ministerio, Su invitación fue muy simple: «Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres» (Mar. 1:17). Los discípulos, entonces, se convirtieron en seguidores de Jesucristo con el propósito de persuadir a otros para que también lo siguieran.

Después de la muerte y resurrección de Jesucristo, estos sucesos se convirtieron en el núcleo del mensaje del evangelio: la buena nueva de que Jesús murió por todos y resucitó para darnos vida. La palabra evangelio aparece 75 veces en el Nuevo Testamento. El evangelio es el maravilloso relato de Dios que vino a redimir a la humanidad.

El verbo evangelizar significa anunciar o proclamar buenas noticias. Aparece 56 veces en el Nuevo Testamento y es la forma verbal del sustantivo evangelio. Evangelizar a una persona implica derramar el evangelio sobre ella.

Otra palabra relacionada con la evangelización es testigo. Justo antes de regresar al cielo, Jesús anunció: « . . . y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hech. 1:8). El término testigo tenía un sentido legal para los griegos del Nuevo Testamento; se usaba para referirse a la verdad sobre los hechos y acontecimientos que habían observado. Ser testigo implicaba comunicar personalmente a otros lo que uno había vivido. Cuando alguien testifica sobre Jesucristo, refiere cómo se convirtió y lo que Cristo significa hoy en su vida.

Si rastreamos la palabra testigo en el libro de Hechos, vemos que significa más que

simplemente transmitir lo que una persona observó. Es atestiguar personalmente el mensaje de la muerte y resurrección de Jesús con demostraciones del cambio operado por el evangelio en la propia vida. Por eso, testificar implica una combinación de hechos sobre el evangelio y la experiencia personal. Así como Jesús explicó el mensaje del evangelio: «Y vosotros sois testigos de estas cosas» (Luc. 24:48), el creyente da testimonio con su manera de vivir. Si manifiesta el fruto del Espíritu, tendrá amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio (Gál. 5:22-23). Cuando alguien está controlado por el Espíritu Santo, los demás pronto se dan cuenta de que tiene algo especial, y que es una persona agradable. La meta del testimonio silencioso es que la gente anhele tener el mismo tipo de vida que tiene el cristiano.

El creyente también da testimonio con su manera de hablar. Las groserías, los chismes, las burlas hirientes, los chistes obscenos, las quejas constantes y otros pecados verbales alejan a la gente de Cristo. Pero no es solo cuestión de evitar lo negativo; desde el punto de vista positivo, el creyente debe hablar sobre buenas cosas, especialmente sobre las bondades del Señor y Su Palabra. Los recién convertidos con frecuencia no pueden dejar de hablar de su experiencia de salvación. En cambio, quienes hace años que han sido salvos con frecuencia tienen dificultad para decir algo sobre su experiencia. Para los cristianos, dar testimonio debería ser un hábito de toda la vida.

Testificar comienza con un testimonio: describir lo que Dios hizo por ti y cómo te cambió. Explicas cómo era tu vida antes de convertirte y cómo llegaste a conocer a Cristo, y lo que Él significa hoy para ti. Tu testimonio puede ser una manera natural de presentar el evangelio y posibilitar el ganar almas para Él.

Recuerda que evangelizar, en última instancia, es un encuentro directo entre la persona que busca a Cristo y el cristiano que le señala el camino. Todos los creyentes deberían saber cómo conducir a una persona a los pies de Cristo.

La evangelización también conlleva la idea de tomar la iniciativa y buscar a quienes necesitan la salvación. Jesús afirmó: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas» (Juan 10:11). Como el pastor, el cristiano debe dar su vida para encontrar a las ovejas perdidas y anunciarles el evangelio. Jesús refirió la parábola de un hombre que tiene cien ovejas, pero pierde una. ¿Qué hace, entonces? « . . . deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla» (Luc. 15:4). ¿Qué significaba esto para Jesús? «Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento» (Luc. 15:7). ¿Qué hace el pastor cuando encuentra a la oveja perdida? « . . . y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido» (Luc. 15:6). Es una ilustración de cómo Dios espera que Sus hijos lleven a cabo la evangelización.

Por lo tanto, evangelizar es el esfuerzo intencional de alcanzar a los inconversos. Si a alguien se le cae la llave mientras intenta abrir una puerta, buscar las llaves no es suficiente. Debe buscarlas hasta encontrarlas, o no podrá abrir la puerta. Algunas «ovejas perdidas» no desean ser encontradas; el creyente debe hacer todo lo posible por encontrarlas y ganarlas para Cristo. ¿Qué implica esto? Es necesario hacer buenas obras

para ablandar sus corazones. Requiere tener una vida consagrada para que vean al Salvador y los frutos de la justicia reflejados en la vida de una persona. Es también orar por ellos, para que Dios los traiga a la salvación.

La evangelización es una tarea urgente. ¿Por qué? Porque hay muchos perdidos y les espera un castigo real en un infierno real. Además, deben aprender que Dios los ama y que tiene un maravilloso plan para su vida.

Para pensar

Pregunta: El cristianismo se extiende a medida que los creyentes anuncian la buena nueva a los incrédulos. ¿Cuál es la principal motivación para evangelizar a los incrédulos?

Respuesta: Cada uno estará motivado por diferentes respuestas a Dios, las que podrían ser resultado de distintas necesidades en la vida del creyente. Primero, el creyente debería proclamar a todos que Dios ama al mundo, porque el amor de Dios es grande. «El amor de Cristo nos obliga a anunciar el evangelio» (2 Cor. 5:14, paráfrasis del autor). Segundo, es un acto de obediencia al mandato de Jesús (Hech. 7:8). Tercero, brota del amor hacia la persona a quien testificamos. Cuarto, responde a las recompensas que el cristiano recibirá cuando se reúna con Cristo en el cielo (1 Tes. 2:19-20). Esto supone también una razón negativa: los cristianos perderán sus recompensas en el juicio de Cristo si no han sido fieles testigos de Él en esta tierra (2 Cor. 5:10-11).

Sea cual sea la razón, los cristianos deben alumbrar con su luz para influir en los demás (Mat. 5:14-16). Una característica dominante del cristianismo es que implica evangelizar en todo el mundo.



EL CRISTIANISMO ES UNA GRAN ESPERANZA

En lo profundo del corazón, todas las personas anhelan vivir después de la muerte y creen que hay un paraíso más allá de la tumba. Aun aquellos que niegan la existencia del infierno hablan sobre el cielo. Hace alrededor de cien años, había una canción que señalaba: «Todo el mundo habla sobre el cielo (aunque no terminen ahí)». [18](#)

Abraham, el hombre que vivió por la fe, «esperaba la ciudad [. . .] cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Heb. 11:10). Abraham no poseyó esa ciudad en la tierra, pero murió «conforme a la fe». A lo largo de su vida, esperó la ciudad, como una familia que se muda a un nuevo vecindario y espera conocer su casa nueva y a los vecinos. La mayoría de los cristianos no solo esperan una vida después de la muerte, sino que desean conocer cómo será el lugar donde pasarán la eternidad.

La noche antes de morir, Jesús les dijo a Sus discípulos que se iría, pero ellos no entendieron a dónde. Entonces, Él les explicó que se iba al cielo. «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; [. . .] voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Juan 14:2). Aunque esta morada en el cielo puede ser un lugar perfecto para vivir, la Biblia solo la describe brevemente. Lo que más importa no es ni el mobiliario ni la construcción del hogar en el cielo, sino el hecho de que los creyentes vivirán con Dios. Jesús prometió: « . . . vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:3).

Pablo describe la venida de Jesucristo y el cielo como la «esperanza bienaventurada». Es la esperanza de todos los cristianos. Cristo regresará y los llevará al cielo para que vivan con Él. Pablo exhortó a los creyentes a aguardar «la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2:13).

Pedro enseñó que hemos renacido «para una esperanza viva [. . .] para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos» (1 Ped. 1:3-4). Escribió una carta y la llamó «una esperanza viva», porque esta certeza vive en el corazón de todos los creyentes. Quienes han sido salvos deberían tener la confianza de que al morir, irán a vivir con Dios.

Algunos definen el cielo en términos de una buena vida en esta tierra. Creen que el cielo son todas las cosas buenas que les suceden hoy a los cristianos. Interpretan la Biblia místicamente: el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» significan una vida mejor para el que se convierte a Cristo. Sin embargo, una interpretación clara de las Escrituras enseña que la esperanza del creyente no es para esta tierra, sino que se refiere a una

vida con Dios en el cielo después de la muerte.

¿Dónde está el cielo?

Nadie sabe a ciencia cierta dónde está. Sin embargo, si examinamos todas las referencias al cielo, encontramos que hay más de un cielo. Jesús «traspasó los cielos» (Heb. 4:14) y «subió por encima de todos los cielos» (Ef. 4:10). Pablo pensaba que había por lo menos tres cielos, y testificó que había sido «arrebataado hasta el tercer cielo» (2 Cor. 12:1-4).

El primer cielo es la atmósfera que nos rodea, el aire que cubre a los seres humanos y a toda la vida creada sobre esta tierra (Mat. 6:26; Sant. 5:18). El segundo cielo es el espacio estelar, donde están los planetas y las estrellas (Mat. 24:29; Gén. 15:5). El tercer cielo se describe como la morada de Dios (2 Cor. 12:2). Aunque no cabe duda de la existencia de dicho lugar, hay mucho que desconocemos sobre este cielo, salvo que allí está Dios (Apoc. 3:12; 20:9).

Se ha vuelto popular decir que este cielo no es más que un estado de dicha, pero esta concepción es incompatible con las enseñanzas bíblicas. La Biblia afirma explícitamente la realidad del cielo, donde gente real pasará la eternidad real.

La presencia física de Jesucristo es uno de los mejores argumentos a favor de la existencia del cielo. Cuando Cristo resucitó de entre los muertos, lo hizo con el mismo cuerpo humano que colgó de la cruz; sin embargo, era un cuerpo resucitado con nueva vida. Como la deidad y la humanidad estaban indisolublemente unidas en una sola persona, nadie puede afirmar que el alma de Cristo fue al cielo, pero no su cuerpo. Cristo tendrá un cuerpo a lo largo de la eternidad. «Jesús permanece para siempre» (Heb. 7:24, NVI). Por lo tanto, el cielo existe realmente, y allí habita realmente el Cristo físico por la eternidad.

Aunque Pablo se refiere a tres cielos, técnicamente las Escrituras mencionan un cuarto cielo. Este comenzará a existir en el futuro cuando pasen «el primer cielo y la primera tierra» (Apoc. 21:1).

La clave para entender este cielo nuevo es la palabra nuevo. El cuarto cielo será más que nuevo en el tiempo: será nuevo en sustancia. La presente tierra y cielo material no serán exterminados, sino transformados. La Biblia afirma que «los cielos pasarán con grande estruendo [. . .] la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 Ped. 3:10). Esto significa que esta tierra será quemada y transformada en algo completamente nuevo.

Nuestra esperanza

Nadie quiere morir; pasar de esta vida a la siguiente suele ser doloroso. ¿A quién le agrada sufrir? Sin embargo, todos esperamos algún tipo de vida en el más allá. Para muchos quizás sea una quimera, pero el creyente tiene una base empírica para su «esperanza» de una vida después de la muerte. La esperanza del cristiano no depende de sus deseos o anhelos, sino que viene de Dios mismo, que le ha dado al creyente el don de la esperanza.

Esta esperanza es más que la confianza en Dios, como afirmó el salmista: «Mi esperanza está en ti» (Sal. 39:7). Dios ha puesto esperanza en el corazón del creyente

para que viva anticipadamente en Dios. Pedro se refiere a «la esperanza que hay en vosotros» (1 Ped. 3:15). Juan la describe: «Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1 Juan 3:3). Esta esperanza cristiana sobre el futuro proviene de Dios: «Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo» (Rom. 15:13). Además, cuando los creyentes la reciben, vuelven a depositar su esperanza en Dios, de quien la recibieron en primer lugar. Pablo había puesto su «esperanza en Dios» (Hech. 24:15).

El cristiano con esperanza se diferencia del incrédulo sin esperanza (Ef. 2:12; 1 Tes. 4:13). Esta esperanza está disponible solo para los creyentes, porque es una relación recíproca entre el cristiano y Cristo.

La esperanza que tienen quienes creen en el Señor no es una mera ilusión, el deseo de ir al cielo, sino la certeza firme de que Dios prometió estar con ellos en esta vida y darles la vida eterna en el cielo cuando mueran.

¿Cuál es el fruto de la esperanza del creyente? Nuestra esperanza es cierta porque tenemos vida eterna (Tito 1:2; 3:7); nuestra salvación está asegurada (1 Tes. 5:8); nos encontraremos con Cristo cuando Él aparezca (Tito 2:13); nuestros cuerpos resucitarán (Hech. 23:6; 26:6-7) y serán transformados y glorificados para vivir con Dios por la eternidad (Fil. 3:21; 1 Cor. 15:51-59).

La esperanza produce constancia en la vida presente (Rom. 5:4). Por eso se la compara con un ancla «segura y firme», que nos guarda de caer en el desánimo y la desilusión (Heb. 6:18-20). Si un cristiano no tuviera esta esperanza en medio de las adversidades y el dolor, tendría que darse por vencido físicamente o, peor aún, negar su fe. Sin embargo, la expectativa de un futuro glorioso lo mantiene fiel y firme en medio de las tribulaciones del presente.

Cuando llegue al cielo, todavía tendrá esperanza, porque siempre estará esperando cosas mejores. Fíjate en este pasaje: «Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres» (1 Cor. 13:13). Pablo antes había observado: «El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará» (1 Cor. 13:8). Algunas cosas pasarán, pero no así la fe, la esperanza y el amor. La palabra «permanecen» contrasta con «acabarán»; sugiere que la fe, la esperanza y el amor son actitudes eternas que se conservarán en el mundo futuro.

La permanencia de la fe, la esperanza y el amor en el porvenir no es fácil de entender. En realidad, sabemos muy poco sobre lo que los creyentes harán más allá de la muerte. Sin embargo, la fe, la esperanza y el amor son virtudes cristianas tan esenciales que es impensable la vida futura sin ellas. Significa que la vida en el cielo no será estática, sino que los cristianos tendrán oportunidades para el crecimiento ilimitado. La fe del creyente madurará en la eternidad y confiará aún más en Dios. Entonces, el creyente tendrá una esperanza más firme y profundizará su amor por Dios.

Los árboles en las márgenes del río que fluye del trono de Dios darán fruto doce meses al año y «las hojas del árbol [son] para el crecimiento de las naciones» (Apoc. 22:2, traducción del autor). En el cielo, los cristianos crecerán en su carácter personal y su respuesta a Dios. Crecerán en su fe, esperanza y amor. Será un crecimiento sin

pecado y, en ese sentido, serán perfectos, aunque nunca alcanzarán la perfección de Dios, porque solo Él es perfecto.

Una descripción del cielo

El cielo será un lugar perfecto, pero nadie comprenderá completamente esta perfección aquí en la tierra porque el entendimiento humano es demasiado limitado. ¿Por qué? Primero, la gloria de ese hogar eterno se describe en lenguaje humano, y las palabras son insuficientes para describir el cielo. Cuando Pablo fue arrebatado al tercer cielo, explicó «que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar» (2 Cor. 12:4). Al parecer, no podía expresar cabalmente lo que vio en el cielo, y Dios no quería que lo transmitiera a nadie; por eso Dios le dio un problema físico, para así recordarle constantemente que no debía referir a ningún hombre lo que había visto. «Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, [. . .] que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera» (2 Cor. 12:7).

La Biblia describe el cielo en término de tesoros y bellezas terrenales: perlas, diamantes, rubíes, etc. El esplendor y la hermosura del cielo superarán por lejos cualquier cosa que la mente humana alcance a comprender. Nadie será capaz de entenderlo hasta que llegue allí. Sin embargo, además de las cosas tangibles como el oro y la plata, las bendiciones inagotables del cielo incluyen:

- vida en abundancia (1 Tim. 4:8)
- descanso (Apoc. 14:13)
- conocimiento (1 Cor. 13:8-10)
- santidad (Apoc. 21:27)
- servicio a Dios (Apoc. 22:3)
- adoración (Apoc. 19:1)
- comunión con Dios (Apoc. 21:3)
- comunión con otros creyentes (1 Tes. 4:8)
- gloria (2 Cor. 4:17).

Lo más grandioso del cielo será la presencia de Dios. Juan declaró: «Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero» (Apoc. 21:22). La palabra templo simboliza la presencia de Dios. Juan lo describió: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos» (Apoc. 21:3). Como en el Antiguo Testamento, la nube de la gloria shekináh entró en el tabernáculo para indicar que la presencia simbólica de Dios habitaba allí; el cielo se describe como «teniendo la gloria de Dios» (Apoc. 21:11).

El cielo es eterno y estará habitado por quienes tengan la vida eterna (Tit. 1:2; 3:7). Dios ha prometido una herencia eterna al creyente (Heb. 9:15), por lo tanto, debe haber un lugar eterno donde los cristianos podrán disfrutar esa herencia.

No habrá día ni noche en el cielo, porque esas son secuencias de cambios para medir el tiempo. Pero en el cielo «no [hay] necesidad de sol ni de luna» (Apoc. 21:23).

Tampoco habrá muerte en el cielo. La muerte significa la separación entre el cuerpo y el alma. Por lo tanto, ningún creyente morirá en el cielo porque estará para siempre unido con Dios. Juan afirma que la muerte fue lanzada al «lago de fuego» (Apoc. 20:14).

No habrá desilusiones, fracasos ni lamentos. «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apoc. 21:4).

Con el curso de los años, nuestro interés y actitud respecto al cielo cambian. Cuando éramos jóvenes, pensábamos en vivir para Dios, pero nuestra vida se centraba en los desafíos cotidianos. A medida que envejecemos, se acerca el momento en que seremos trasladados al cielo. Por lo tanto, quienes tenemos más edad estamos muy interesados en conocer todos los detalles sobre la doctrina bíblica del cielo. Sí, todos los creyentes saben que irán al cielo cuando mueran. Sin embargo, a medida que nos acercamos a él, más real nos resulta. En última instancia, llegar al cielo no es tan importante como vivir con Dios por la eternidad. Esa es la gran esperanza de todos los cristianos.

Para pensar

Pregunta: ¿Por qué daría Dios a Sus hijos la seguridad de que vivirán con Él cuando mueran?

Respuesta: Si los hijos de Dios saben dónde pasarán la eternidad, tenderán a trabajar más para Él en esta tierra. Además, estarán más dispuestos a sacrificarse para agradar a su Señor en esta tierra. Seguros de su futuro, lo adorarán y alabarán más en esta tierra. Al fin de cuentas, esta vida es preparatoria para la siguiente. Las cosas buenas que Dios nos da aquí son solo una muestra de las bendiciones que nos aguardan en el cielo.

NOTAS



1. Flavio Josefo, The Works of Flavius Josephus [Obras de Flavio Josefo], traducido al inglés por William Whiston (Boston: Dewolfe, Fiske and Company, 1883), 474.
2. <http://www.why-the-bible.com/intellect.htm> (consultado el 4 de abril de 2005).
3. Elmer L. Towns, The Names of Jesus [Los nombres de Jesús], (Denver: Accent Publications, 1989).
4. A. M. Hodgkin, Christ in All the Scriptures [Cristo en todas las Escrituras], 6.^a ed. (Londres: Pickering, 1922).
5. Ver <http://www.wycliffe.org/>.
6. http://www.errantskeptics.org/Quotes_by_Presidents.htm#John%20Adams (consultado el 21 de abril de 2005).
7. John Dick, Lectures on Theology [Cátedras sobre teología], (Nueva York: Robert Carter and Brothers, 1878), 2:106.
8. San Ignacio, Carta a los Esmirneanos (Arquidiócesis de Argentina, Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa de Antioquía, www.acoantioquena.com).
9. Real Academia Española. Diccionario de la lengua española 22.^a ed. (Madrid: Espasa, 2001).
10. Elmer L. Towns, How to Pray: When You Don't Know What to Say [Cómo orar, cuando no sabes qué decir] (Ventura, CA: Regal Books), 2006.
11. Elmer L. Towns, Praying the Lord's Prayer for Spiritual Breakthrough [Orando el padrenuestro para la liberación espiritual] (Ventura, CA: Regal Books), 1997.
12. «En los lugares celestiales» es la frase clave de Efesios. La epístola comienza describiendo todos los beneficios que el creyente tiene «en Cristo» en el cielo. El cristiano debería «andar dignamente» en la tierra en virtud de todas las cosas que Dios tiene reservadas para él en el cielo.
13. Real Academia Española. Diccionario de la lengua española 22.^a ed. (Madrid: Espasa, 2001)
14. Westminster Shorter Catechism [Catecismo Abreviado de Westminster], <http://www.reformed.org/documents/larger1.html> (consultado el 31 de octubre de 2005).
15. Datos tomados de The Ten Greatest Revivals Ever [Los diez avivamientos más grandes de la historia] (Ann Arbor, MI: Servant Publications, 2000), 125-126.
16. Ver Arches Unbound, «Mysterious Ways», <http://www2.ups.edu/arches/2004Fall/featureMysteriousWays.html> (consultado el 14 de noviembre de 2005). Debo el relato de esta historia a Mary Boone.
17. Elisabeth Elliot, Through Gates of Splendor [A través de las puertas de esplendor] (Carol Stream, IL: Tyndale House, 1995). En este libro, relata la historia de los cinco misioneros que sacrificaron su vida en las selvas del Ecuador. Un documental basado en el libro, estrenado en 2004, Beyond the Gates of Splendor [Más allá de las puertas de esplendor] disponible en DVD, recorre el viaje original hasta los acontecimientos que

sucedieron 50 años después, <http://www.beyondthegatesthemovie.com>, (consultado el 27 de noviembre de 2005).

18. Letra y música: George Pendergrass y John Green © 1993 Anthony K. Music (ASCAP) / Clifty Music (BMI).

BIBLIOGRAFÍA



- Heitzig, Skip. Jesus Up Close [Jesús de cerca], Wheaton, IL: Tyndale House Publishers Inc., 2001.
- Little, Paul E. Know Why You Believe [Conoce lo que crees], Wheaton, IL: Victor Books, 1976.
- McDowell, Josh. Evidencia que exige un veredicto. Miami, FL: Editorial Vida, 1982.
- San Ignacio. Carta a los Esmirneanos. Arquidiócesis de Argentina, Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa de Antioquía, www.acoantioquena.com.
- Strobel, Lee. El caso de Cristo. Miami, FL: Editorial Vida, 2000.
- Towns, Elmer L. Concise Bible Doctrines [Compendio conciso de doctrinas bíblicas], Chattanooga, TN: AMG Publishers, 2006.
- Yancey, Philip. El Jesús que nunca conocí, Miami, FL: Editorial Vida, 1996.